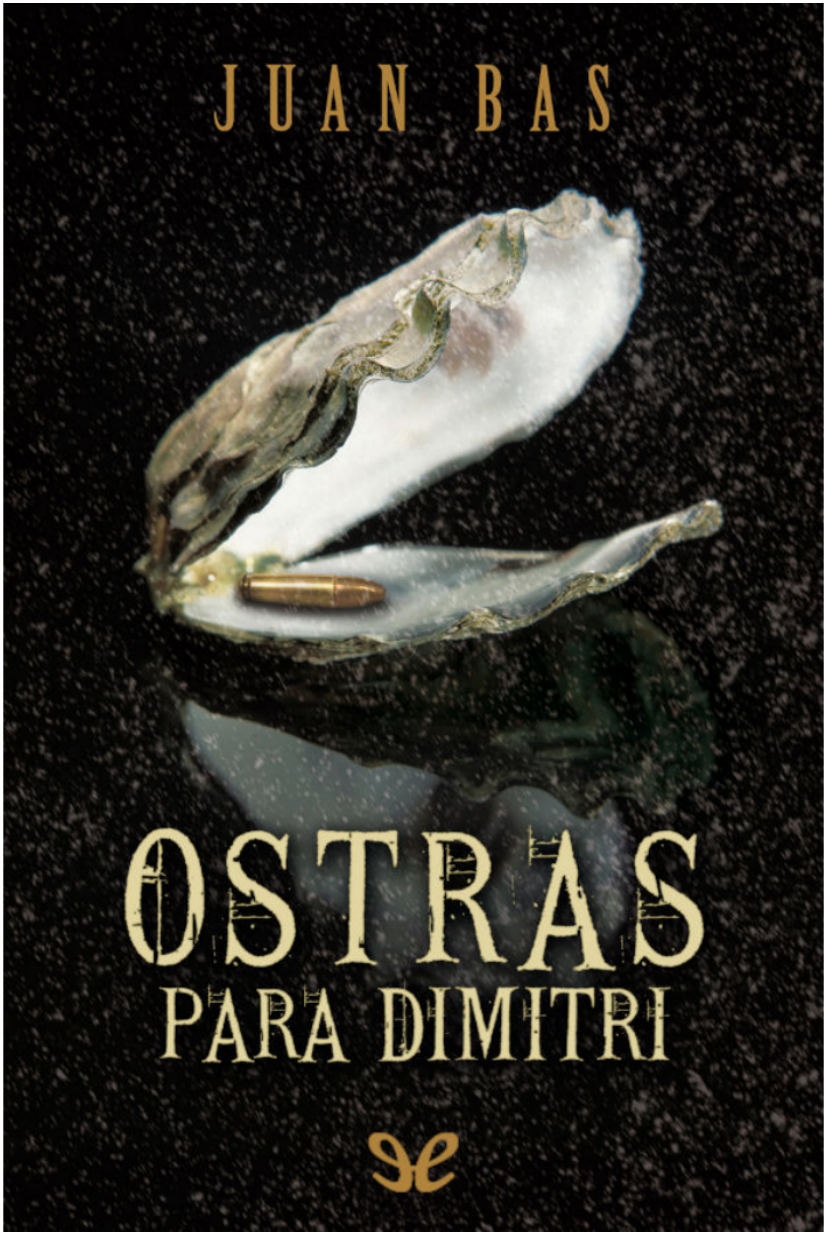
JUAN BAS



OSTRAS PARA DIMITRI

Pacho Murga, señorito bilbaíno pijo y amoral, muy venido a menos cumple condena en la prisión de Salto del Negro. Allí conoce a Dimitri Urroz, un personaje ambiguo y explosivo, mezcla de ruso y navarro, que se convertirá en su protector y le complicará la vida en una aventura itinerante con escalas en un surrealista marco rural del norte de Navarra y el Moscú más excesivo.

El tema de la novela, la permanencia de la culpa y su imposible exoneración, se articula a través de una trama oculta que se va revelando poco a poco, al igual que sucede con la traición, hasta un desenlace afilado como el borde de la concha de una ostra.

Juan Bas

Ostras para Dimitri

Trilogía del Exceso - 3

ePub r1.0
Titivillus 01.05.2023

Título original: *Ostras para Dimitri*
Juan Bas, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1
Aa

A mi querida amiga Tatiana Pigariova

Había canarios que regresaban a la jaula, sí, pero también había cangrejos que se lo jugaban todo a una carta, avanzando por el descampado en busca de su última aventura.

DAVID TORRES, *Niños de tiza*

El espanto y la risa son hermanos incestuosos.

GUILLERMO SACCOMANNO, *77*

¿Qué puede importarme mi salvación si mi hijo está en el fuego?

ALFRED TENNYSON, *Rizpah*

Primera Parte

Perros bípedos
o
Las encarnaciones
del *kitsch*

Antes de que se nos olvide, seremos convertidos en *kitsch*. El *kitsch* es una estación de paso entre el ser y el olvido.

MILAN KUNDERA, *La insoportable levedad del ser*

1

Mendigar en Gotham City

El cabronazo del niño me ha enganchado bien la pantorrilla, con ganas. La reducida alimaña no se limita a un mordisco, a clavarme un par de segundos los dientes negruzcos. Es un profesional: ha hecho presa y no la suelta. Siento un dolor agudo y profundo que me electrocuta la espina dorsal. Si me pusieran ahora una bombilla en la boca, se encendería.

Aúllo.

La descarga de adrenalina me marea, pero también sirve de paliativo a la tundidora resaca de acuerdo con el principio de que cuando te aplican un hierro al rojo dejas de sentir de momento el dolor de muelas.

La magna y desaforada bacanal fue ayer, en realidad hoy, hasta el amanecer. Tengo una resaca demoledora que me lacera las sienes y el alma y ha desvanecido cualquier atisbo de confianza en mí mismo. Hace buena pareja con el miedo rotundo que me embarga, un pavor sostenido que mantiene mis ojos tan abiertos que se me anquilosan los músculos faciales en una expresión llena de espanto.

Un microperro pilonero, al que han hecho un trabajo de peluquería que lo ha convertido en un ser de pesadilla cursi, se asusta por mi aullido, gime, salta del panorámico busto de su vasta ama —una repisa capaz de sostener a un oso de los Urales en letargo invernal— y se interna espantado en la calzada de siete carriles, tres por cada lado y uno central para los conductores más aguerridos. El tráfico es intenso. El perro logra pasar entre las ruedas de los dos primeros coches, pero con el tercero no lo consigue. En otro tiempo no tan lejano, la muerte de este asqueroso

perrillo me habría dado lástima. Ahora ya no. Tengo la escasa capacidad de conmiseración que me resta ocupada en mí mismo hasta el *overbooking*.

El grito de horror de la gorda tetona al ver a su adefesio lamecoños aplastado se impone sobre mi muestra de dolor.

Mientras tanto, el niño caníbal sigue a lo suyo, o sea, a mi pierna; es concienzudo; un perfeccionista con el futuro asegurado como genocida o torturador si alguien no lo remedia a tiempo a base de redención educativa o, en su defecto, plomo.

Para llevar a cabo la carnicería en condiciones, previamente me ha levantado la pernera del pantalón y, antes de hundir los dientes de mala leche —tiene que apestarle la boquita a sepulcro fresco— en mi carne trémula, se ha aferrado a la pantorrilla con sus garritas de uñas largas coronadas de jiña. Si no perezco desangrado, lo haré por la infección: tumbado por el tétanos, o con la pierna amputada a serrucho para intentar ganarle la carrera a la gangrena.

Así que llevo al desgraciado infante colgado de la pantorrilla cual reo con el grillete que lo encadena al bolón de hierro. Y es que no he dejado de andar a trompicones durante el prolongado mordisco, no sé si en un intento de librarme de la alimaña o por puro pánico ante el cruento ataque. Una estampa que estaría bien como gag de dibujos animados de la Warner, mas no en la realidad; si es que a toda esta delirante situación y a este escenario de gran guiñol se le puede llamar realidad.

La renga carrera al menos me sirve para huir de la gorda airada, que barrita mientras carga contra mí bamboleando las lorzas. Deduzco por su arranque de hostilidad que me considera responsable del óbito de su simulacro de can. Está tan torpe debido a las mórbidas adiposidades que, aun con engendro mordiente encima, le saco un décimo de versta de distancia y me libro de que me ejecute en un ojo por ojo aplastándome con su mole.

El niño es una especie de albino, tiene una cabeza lechosa que brilla en la noche como si fuera material radiactivo. Y luce un pelillo ralo con el cuero cabelludo cuajado de pústulas sarnosas; un perfecto calabacillas de los que pintaba Velázquez.

Someto a consideración meterle a la tierna fiera —tierna solo en edad, cinco o seis años tendrá el fenómeno— un patadón con el pie libre en la difícil testa y mandarlo volando por la amplia acera, pero

desisto al valorar que tanto al inmundo Boris como a mí nos vigilan todo el tiempo un par de hombres de Dimitri y los gemelos siameses. Y ya sé cómo se las gasta Dimitri Urroz con quienes maltratan a los niños.

¿Por qué el peligroso párvulo me ha atacado con tanto ahínco como saña? Pues por una bagatela, por una puta mierda: un asqueroso billete de diez rublos, de misérrimo valor, que he conseguido mendigar antes que él. La fiera infantil había ojeado también al dadivoso en potencia, pero yo he sido más rápido. Y mi mordiente competidor no acepta el resultado del duelo pedigüeño. Quiere el billete. Vaya si lo quiere, el muy hijo de perra.

Me rindo.

Al cambio de moneda, un euro equivale a unos treinta y cinco rublos, el precio, por ejemplo, de un paquete de Marlboro *Made in Russia*, es decir, altamente venenoso.

Detengo mi lastimero cojear —voy a desmayarme por el dolor de un momento a otro—, hago una pelotita con el billete de diez rublos y, con la esperanza de dejarlo tuerto, se lo lanzo a uno de los afiebrados ojillos de nictálope con los que no ha dejado de mirarme mientras me clava los dientes.

Le he dado en el entrecejo.

La bolita de diez rublos rueda por la acera.

El carnívoro deja de morderme, me suelta la pierna y trota a cuatro patas tras el dinero rodante; por un momento me ha parecido que también ladraba. Lo atrapa de un bocado, se sienta sobre los cuartos traseros, se saca el billete de la boca y lo desenvuelve con las pezuñas preso de un ansia tal que parece que dentro va a encontrar el mejor caramelo del mundo, con sabor a hueso.

Me alejo del pequeño antropófago lo más rápido que puedo, no vaya a parecerle poco el magro botín disputado y trate de engancharme de nuevo para proceder al remate y desuello.

Intento recuperar el aliento cerca de los edificios, parado delante de uno de los emporios horteras plagados de agresivas luces y colorines. También me dispongo a evaluar la gravedad de la lesión. El mordisco se ha puesto tumefacto y sangra. Me da grima verlo; presenta peor aspecto que una llaga abierta de leproso. Al momento se me echan encima los gorilas, dos ortoedros tamaño armario

ropero de cuatro puertas que ofician de porteros del enésimo casino, bingo o bar de putas que invaden esta calle. Y gimnasios. Hay un montón de gimnasios. Supongo que los frecuentan los numerosísimos gorilas de portería para mantenerse en forma. Es decir, para poder arrancarle la cabeza con una sola mano a cualquiera.

Para colmo de malestares, estoy ensordecido. Cada establecimiento proyecta su propia música infernal a todo volumen, con altavoces que dan a la acera. Así, como están, cada uno al lado del otro, sin interrupción, los estruendos se solapan. Resulta insoportable y desquicia.

Los sosias de King Kong hacen algo parecido a golpearse el pecho y mostrarme los dientes para que me vaya *ipso facto* del pedazo de jungla que custodian.

Vuelvo al centro de la acera, todavía sin resuello. En una decena de metros a la redonda no veo más mendigos. Quizá pueda pedir durante unos segundos, tal vez incluso un par de minutos, sin bronca ni agresión asegurada. Porque lo más difícil aquí no es conseguir limosna de la gente, aunque desde luego sacarle un misérrimo rublo suponga una ardua tarea. Estos indocumentados de rostro esculpido por el embrutecimiento tienen el corazón encurtido en una solución al cincuenta por ciento de alcohol de quemar y salmuera, y no se echan la mano al bolsillo más que para rascarse los huevos. Lo realmente difícil es poder intentarlo: ejercer la mendicidad. Esta populosa y larga calle cuajada de tugurios de entretenimiento atrae a cientos de mendigos de pelaje variopinto. Acuden guiados por la lógica errada de que si los que la frecuentan disponen de líquido para gastos superfluos como el juego o los espectáculos eróticos, bien podrían entregarles un poquito de ese excedente a ellos, aunque a cambio no puedan corresponder más que dando asco o, en el mejor de los casos, pena.

La tropa más numerosa entre la legión de menesterosos está formada por el batallón de beodos babeantes. La mayoría farfulla mantras de idiotizado y todos ellos se tambalean y beben a morro vodka de ínfima calidad, ese deprimente licor insípido y propio de *mujiks*. Abundan los borrachos ciegos, con los ojos abrasados por las adulteraciones con alcohol metílico. Alguno lleva las cuencas oculares vacías a la vista —de los demás; pésimo chiste—, sin

cubrírselas con gafas oscuras o siquiera una venda de tipo prefusilado, y compone una estampa espantosa.

Después de los borrachos, el enjambre más nutrido es el de los niños, algunos muy pequeños. Siempre solos. Corretean como roedores entre las piernas de los viandantes y les tiran de la ropa hasta llevarse una limosna, un manotazo espantabichos o una hostia en condiciones.

Luego vienen los viejos, no por decrépitos menos agresivos.

Y por último, los monstruos y los tullidos. Una amalgama de *Freaks*, de Tod Browning, y *Los olvidados*, de Buñuel.

Todas las caras posibles de la adversidad; un gran fresco de la miseria y la desolación humana; un espectáculo extremadamente desagradable y antiestético del que formo parte, para colmo, como advenedizo.

Así pues, cada mendigo se ha ganado su trozo de acera en una carga a la bayoneta o pertenece a una red organizada que cuenta con resolutivos protectores que evitan las perturbaciones en el ejercicio de la industria del óbolo. Por tanto, la soberanía sobre cada palmo de asfalto conquistado se ejerce al más puro estilo de la ley del más fuerte, sin el menor atisbo de contemplaciones.

Como hasta el momento soy en esta particular carrera de Oklahoma un Juan Sin Tierra, aparte del mordisco ya me he ganado un par de hostias muy bien dadas, una patada en el culo y unos cuantos escupitajos por mendigar en territorio ajeno.

Se limosnea al paso —los que pueden andar, rodar o reptar—, yendo y viniendo constantemente por el dominio que, debido a la superpoblación mendicante, nunca supera los cincuenta metros cuadrados. Los que están impedidos mendigan quietos, de pie si se sostienen, aunque sea con andamiaje, o semiderrumbados. Lo que no permite la expeditiva policía rusa —se llama a los maderos *musorá*, «basura»— es pedir al estilo europeo, con el campamento montado en una esquina estratégica o sentado contra una pared. A no ser que se gane el privilegio con periódicas mordidas.

En esta ciudad es posible conseguir de todo, absolutamente de todo, hasta lo inimaginable, si se paga por ello.

Nadie toca la flauta ni instrumento alguno, pues no se oiría en el fragor de la calle, aunque se tratara de un estremecedor bombo, una obsesiva *txalaparta* o una lacerante gaita gallega.

Se permite tender la mano a cualquier hora, pero de noche es cuando hay más limosneros. Aparecen cuando se oculta el sol, como los vampiros y las bestezuelas noctámbulas. El famoso verso de Góngora parece pergeñado ex profeso para estas piltrafas del arroyo: «Infame turba de nocturnas aves».

Como ya he anotado, en este momento y en este sector no hay chusma mendicante a la vista. Quizá acabo de encontrar una plaza libre, una parcela sin dueño en la que voy a poder hincar mi bandera y salvar todavía la noche.

Y la vida.

La ocasión la pintan calva y con risa de *clown*.

Para Jacques Tourneur, la mayor causa de un susto terrorífico sería que sonara el timbre de tu casa a medianoche y que al abrir la puerta te encontraras a un payaso de circo perfectamente vestido y maquillado, serio e inmóvil.

Pongo mi mejor cara de pena y desolación, y extiendo la mano a todo transeúnte que se me cruza. Ya no tengo que fingir la cojera. El mordisco me arde. No puedo caer más bajo, a no ser que excave.

Pasado un buen rato, solo he conseguido unas pocas monedas: dos de cinco rublos y tres de uno. Y en todo el tiempo que llevo mendigando a salto de mata no he juntado ni doscientos rublos.

Estoy jodido.

Noto que los pelillos del cogote —el único cabello que me queda— se erizan por el incremento de miedo.

De repente, oigo hablar en español, cosa nada habitual por estos pagos. Un mortecino rescoldo de esperanza se convierte en tímida llama que me dispongo presto a avivar.

Es un grupito de españoles, media docena, todos disfrazados de turista según el ridículo uniforme globalizado. Los seis están parados en la acera y dudan a la entrada de un casino cuya fachada luce el fuselaje azul cielo metalizado de Mazinger Z, un robot de dos pisos de altura copiado de unos viejos dibujos animados japoneses; buena imagen para un mal sueño. Me acerco a ellos con timidez. Por su corta estatura y el generoso volumen de la cabeza podrían ser extremeños: comedores de garbanzos y, por lo tanto, gente árida de pesadas digestiones que acarrean mala leche.

Me parece improcedente extender la mano o entrelazar las dos en ademán melodramático. Opto por lo peor: alzo las zarpas sobre

mis hombros con las palmas por delante, como si estuviese anunciando el segundo advenimiento de Dios es Cristo. Recuerdo lo que decía Bogart cuando pide dinero al propio John Huston al comienzo de *El tesoro de Sierra Madre*. Se me antojan las palabras adecuadas para entrarles a estos paletos.

—Por favor, señores. Amigos. Una pequeña ayuda para un compatriota en apuros, muy lejos de la patria y muy venido a menos.

El grupúsculo de miserables cabezones criadores de marranos me escudriña un instante con una mezcla de asco y temor. Acto seguido todos se arraciman para cerrar mejor su círculo de iniquidad —como si fueran los carromatos de una caravana de cuáqueros cercada por los comanches—, darme la espalda y pasar de mí. Es increíble. Qué hijos de puta. Me alejo de la mezquina escoria con paso titubeante, aturdido por la humillación. *Quel dommage!*

El tráfico se detiene por el sempiterno atasco y distingo mejor en la acera de enfrente al inmundo Boris, que pide limosna a los transeúntes utilizando la técnica machacona de rendirlos por agotamiento. Va persiguiendo a cada uno lo que sea necesario, soltándole una inacabable retahíla, y al final todos terminan por darle algo para quitárselo de encima. Yo también he intentado esta estrategia, pero enseguida, al poco de mosconear, me han enseñado unos puños semejantes al martillo de Thor.

El inmundo Boris no tiene problemas con la hostilidad de los demás mendigos por invadir sus territorios. El belicoso es él. Aunque se trata de un desperdicio de paritorio que mide metro y medio y pesará como mucho cincuenta kilos, su marrullería y explosiva capacidad para la violencia suplen con creces el enclenque físico.

Un mendigo grandón, al que se le nota la capa de mugre desde mi distante acera y que parece por la traza contemporáneo de Iván el Terrible, le corta el paso al inmundo Boris, le increpa y le da un empujón que lo derriba. No sabe el infeliz lo que acaba de hacer ni lo que le espera.

El inmundo Boris parece que lleva muelles en la espalda y que rebota en el suelo, tal es la velocidad con la que se ha puesto de pie. Visto y no visto: ya le está repartiendo leña al pobre grandón, nunca

mejor dicho. Se ha debido de calzar la manopla de hierro. Da saltos para llegar al rostro del gigante y sacudirle mejor los tremendos puñetazos herrados. El grandón cae entre dos contenedores de basura y el inmundo Boris se ceba con él en el suelo. Dejo de contar cuando lleva asestados doce puñetazos y ocho coces. Nadie los separa.

En mi acera también reinan la paz y la filantropía. De un McDonald's adosado al casino —al que deseo que hayan entrado por fin los tacaños paisanos del genocida Hernán Cortés para que pierdan hasta la memoria—, sacan a hostias y empellones a un borracho desnudo de cintura para arriba que aferra una botella terciada y brama como si lo estuvieran capando con dos ladrillos. Se parece al Saturno de Goya que devora a sus hijos.

Los dos empleados de McDonald's parecen más familiarizados con las labores de gorila portero que con los aros de cebolla: le arrean con ganas. Saturno recula dos pasos, toma distancia, le pega un largo trago a la botella y acto seguido la rompe contra la cabeza de uno de los empleados, que cae como fulminado por la ira del dios mitológico.

Un *lunakhod*, o coche de la pasma, se sube a la acera con los pirulos encendidos y la sirena puesta, que apenas se oye frente a la colisión acústica de un rap coral en alguna lengua ignota de más allá del Don y lo que parece la banda sonora de un juego de batallas entre carros de combate. Del vehículo bajan otros dos armarios roperos, uniformados y porra en ristre, que dejan a Saturno para el arrastre, según pretenden, precisamente para arrastrarlo sin problema hasta el coche patrulla y llevárselo al secadero.

Como se ha juntado gente para ver la escaramuza, aprovecho para hacer una rápida ronda mendicante antes de que la masa se disuelva. Me saco un billete de cincuenta rublos que me suelta una rubia algo equina pero maciza y una moneda de diez que me da un marinero de la Armada —en esta ciudad se ven más uniformes que en un desfile militar—. Algo es algo.

De repente, por encima o más bien más allá de la contaminación acústica, oigo el desagradable sonido rítmico de algún tipo de mecanismo retráctil. Algo parecido a los muelles de una cama. Expresión onomatopéyica: *¡ñigu!, ¡ñigu!*

Me doy la vuelta, alarmado, y me encuentro con un tipo como de mi estatura, o sea, no muy alto, que me mira con odio y me pincha en el estómago con un gran destornillador.

Se sostiene con el titubeo de quien camina sobre zancos, ya que muestra las escuálidas piernecillas metidas en unos tremendos aparatos ortopédicos de poliomielítico que harían las delicias de un sadomasoquista y de Tim Burton. Viste pantalones cortos para que su tara quede bien a la vista y mueva a compasión o a temor.

He aquí al mendigo que regenta esta zona.

Retrocedo para evitar el destornillador y el poliomielítico avanza con pasos de autómata y los correspondientes *¡ñigu!, ¡ñigu!*

Muy enfadado, me pincha de nuevo con la herramienta —supongo que cuando no la utiliza como arma le sirve para apretar los tornillos de sus aparatosas prótesis—, me grita en ruso y hace gestos con la mano libre de que le pase lo que me han dado. El mangurrino se conforma con la moneda de diez porque no ha debido de ver el billete. Mientras le doy la espalda, lanzo un conjuro para que le pille un chaparrón y se le oxiden los hierros.

Me siento el pobre diablo más solitario, incomprendido y desdichado de este culo del mundo en el que me encuentro. Un visón sin pellejo sumido en una cloaca repleta de ratas grises.

Por supuesto, este infierno es Moscú, Moskva, Москва. Y los moscovitas la gente más borde que me he echado a la cara en mi vida y, además, orgullosa de serlo. Estoy en el corazón de esta terrible megalópolis de la que no se sabe ni el número de habitantes —dicen que pasa de los veinte millones—; en la que conviven el siglo XXI, la Edad Media y la prehistoria; donde todo es desaforado, irracional, vulgar, agresivo, feo, caótico y brutal. Una Gotham City a la que le pega un Batman encaramado a cualquiera de sus ciclópeos rascacielos del periodo soviético.

Y esta horripilante calle se llama Новый Арбат, jeroglífico que se transcribe Novi Arbat, una estentórea arteria incrustada artificialmente en pleno centro histórico de Moscú. Ya he plasmado con cuatro pinceladas descriptivas su aborrecible morfología y contenido. En comparación con Novi Arbat, cualquier calle de Las Vegas —por ahí van los tiros— resulta sobria y elegante. Esto parece el sueño de Bugsy Siegel pasado por
LSD

.

Novi Arbat fue una ocurrencia, una imposición del campesino Nikita Jrushchov, a quien se le antojó que le construyeran esta avenida al estilo norteamericano —reinventado según la opaca óptica soviética— tras su visita a Estados Unidos en 1959, el año en que me echaron a este inhóspito mundo.

Me contó Dimitri que, durante ese viaje, Jrushchov visitó Las Vegas en secreto y de ahí tomó el modelo para su calle soñada en Moscú. Pero Dimitri miente a menudo, por puro deporte y diversión. Está tan acostumbrado a mentir como aquella dama que citaba el poeta Charles Simic, que cuando se masturbaba a solas fingía el orgasmo.

Recorrer la calle Novi Arbat es una cruel tortura para un esteta como yo. Ahora estoy delante de un casino con forma de puente de trasatlántico con dos chimeneas y más lucecitas parpadeantes que el Titanic al zarpar.

En Moscú, el despilfarro de luz eléctrica en hoteles y todo tipo de antros es demencial. Se cubren no solo las fachadas, sino las cuatro caras del edificio —aunque supere los veinte pisos de altura— con cascadas de luces multicolores, como si fueran gigantescos árboles de Navidad. Aberrante.

Solo hay algo que supera la altiva antipatía de los moscovitas: su mal gusto estético y la pasión por lo ostentoso, por lo que hiere los sentidos. Mucho más allá del *kitsch*. Les chifla, por ejemplo, la quincalla de zíngaros, los dientes de oro y una ropa que parece escogida por su peor enemigo. Los árbitros de la moda. Y si se trata de los nuevos riquísimos, pierden el culo por lo más feo y estridente que haya, siempre que sea a la vez lo más caro. Como bien dijo Coco Chanel, el lujo no debe ser lo contrario de la pobreza, sino de la vulgaridad. Los rusos saben mucho de fealdad. Esa fealdad prefabricada, invento de las postrimerías del siglo XX, que amenaza con enseñorearse del XXI.

Un chiste que al parecer les hace mucha gracia a los millonarios moscovitas es el siguiente:

Dos rusos ricos conversan mientras permanecen sumergidos en un *jacuzzi* y dos putas submarinistas les comen los tronchos. Uno de ellos observa el ostentoso reloj, tachonado de brillantes, que luce el otro en la muñeca, y le pregunta:

—¿Cuánto te ha costado ese reloj, Fiodor Ivánovich?

—Cien mil euros, Grigori Mijáilovich. Es un Patek Philippe. Lo he comprado en París.

—Tú eres gilipollas, Fiodor Ivanovich.

—¿Por qué, Grigori Mijáilovich?

—Ese mismo modelo, tonto de la estepa, lo encuentras en Ginebra por ciento cincuenta mil euros.

Como dijo el gran poeta del torpe aliño indumentario, Antonio Machado, «solo un necio confunde valor con precio».

Noto que alguien deposita una moneda en la mano que mecánicamente llevo extendida mientras deambulo ensimismado. Es una monedita de cinco kopeks. Prácticamente nada. Valor casi cero. Un rublo: cien kopeks. Me la ha dado una anciana harapienta con un pañuelo negro en la cabeza, que carga sobre la encorvada espalda un atado de leña. Un personaje escapado de un cuento de Tolstói.

Aunque estamos a mediados de septiembre aún persiste el calor de agosto. Es ya de noche, pero la temperatura no baja de los veinticinco grados. La inmensa cúpula de contaminación sobre la ciudad mantiene el calor preso, pegado al asfalto.

La diminuta viejecita tiene cara de pasa y una piel terrosa en la que destacan por contraste cromático unos ojillos de un azul intenso. Me habla con dulzura mientras me cierra la mano para que retenga los cinco kopeks. Después, se va con su leña. ¿Para qué la querrá? ¿Para cocinar?

La miro hasta que se pierde entre la zafia multitud de Novi Arbat y me anega la congoja. Lloro con angustia, con gemidos y sollozos que no puedo controlar. Lloro por ella, mas no por lástima, sino conmovido por su generosa dignidad y el bien que emana de su frágil presencia; pero sobre todo lloro por mí.

¿Cómo he llegado a esta humillante y lamentable situación, a mendigar en Gotham City? ¿Por qué yo, Francisco Javier Murga Bustamante —Pacho para los amigos, cuando los tuve—, antiguo caballero bilbaíno muy venido a menos, intelectual, librepensador, dandi y *gourmet*, he dado con mi baqueteada osamenta de exciudadano de ninguna parte en Moscú, este verano de 2007?

Para poder contarlo desde el principio debo remontarme en el tiempo algo menos de un año, al otoño de 2006, y regresar a la

cárcel, desde luego solo con el recuerdo.

Necesito volver al día en que conocí a Dimitri Leonárdovich Urroz, el hombre que me ha cambiado diametralmente la vida y del que dependo como el feto depende de la madre, bien alimentado pero también sujeto por su cordón umbilical.

El contradictorio, cínico, generoso, manipulador, imprevisible, encantador, amoral, educado y salvaje Dimitri Urroz, quien esta noche, probablemente y a su pesar —quiero suponer—, se verá en la obligación de meterme una bala en la cabeza.

2

El hotel de Gran Canaria

Dimitri Urroz y un servidor —solo del diablo o de la incertidumbre— nos alojábamos en el mejor hotel de Gran Canaria, un auténtico cinco estrellas gran lujo.

El hotel, el trullo, la perrera, el capacho, el maco, la trena, el talego, el bote, la fresquera, el tubo, el hogar, el agujero, la nevera, el perol, la pensión barrote, el saco, la jaula, chirona… Es decir, la cárcel. Estábamos presos en el penal de Salto del Negro, que está situado en un páramo al nordeste de la isla de Gran Canaria.

Si Moscú es un infierno de grandes dimensiones, inagotable y en el que se sufre agorafobia, Salto del Negro es una cocinita del infierno, reducida, intimista, densa y que produce claustrofobia. Se trata de una cochambrosa penitenciaría en un estado de conservación ruinoso, dotada de unos servicios propios de las mazmorras de la época victoriana, en la que te dan un rancho repugnante que rechazarían las bestias carroñeras y que está a punto de reventar en todos los sentidos por un grave problema de hacinamiento. «La lata de sardinillas», la llamaba el Traqueotomías, un navajero tinerfeño que cumplía la pena máxima, treinta calendarios, por parricidio; uno por cada mojada que le metió a su viejo en un calentón.

Nos pudríamos allí dentro cerca de mil quinientos hijos de puta y yo, en un espacio pensado —con el culo— para no más de ochocientos. Mayor densidad de población que en Hong Kong: lleno como un tumulto o un nido de piojos; no había intimidad ni de pensamiento.

Para completar el cuadro de subdesarrollo y de cloaca del Estado

en una isla africana, la corrupción y negligencia de sus funcionarios eran modélicas. En Salto del Negro se trapicheaba con toda clase de drogas y de mercancías, con total descaro.

Los muros que demarcaban el perímetro de la prisión medían apenas seis metros de alto y solo había centinelas en dos de las cuatro torretas de vigilancia. El muro sur discurría paralelo a una carretera desde la que se lanzaba de todo al interior de la cárcel, y viceversa. Era extraño que no se produjeran apenas fugas. Quizá se debía a simple pereza, a contagio de la indolencia canaria. Y, por supuesto, dado el relajo y la vista gorda, había entre los presos más armas blancas que en la batalla de Guadalete. Las peleas con derramamiento de sangre eran habituales, azuzadas por la irritabilidad que produce el hacinamiento y la vida perra en general. También eran moneda corriente las venganzas y ajustes de cuentas, que no se limitaban a pinchazos o palizas y solían resolverse mediante asesinatos cometidos con ensañamientos espeluznantes.

Cuando Dimitri ingresó en Salto del Negro, en octubre de 2006, a mí me quedaban por cumplir solamente cuatro meses de una pena de tres años por auxilio al suicidio en la categoría de ejecutor. Cumplí la condena entera, no me redujeron ni media hora, y me soltaron en enero de 2007, con cuarenta y siete años recién cumplidos. El tercer grado me lo denegaron varias veces por mala conducta —calificación a todas luces injusta—, debido a trifulcas entre terceros en las que me vi envuelto por mi endémica mala suerte y con las que en realidad nada tuve que ver. Como sucedió cuando el Traqueotomías intentó cargarse a Dimitri. Aunque en ese caso el malentendido me resultó afortunado, al menos en primera instancia. Pero no adelantemos acontecimientos.

No obstante las deleznables condiciones del presidio, hasta poco antes de que apareciera Dimitri viví bastante bien, dentro de lo que cabe, pese a las obvias limitaciones de la falta de libertad.

En cuanto llegué a Salto del Negro, trasladado desde la prisión alavesa de Nanclares de la Oca —esa sí que es una auténtica nevera—, se encaprichó de mí Marcel Coloquinte, un respetado jefe de la mafia marsellesa al que le habían caído quince años por extorsión, blanqueo de dinero, tráfico de armas de guerra y asociación para el crimen organizado.

A Marcel, un sexagenario bien conservado y no del todo repugnante, le sedujeron mis exquisitos modales, amenísima conversación y esmerado francés. A pesar de la falta de espacio por superpoblación, teníamos un *chabolo* —celda— para los dos solos con todas las comodidades: cama de uno cincuenta, aire acondicionado, televisor de plasma con formato panorámico, DVD, equipo de música, ordenador con conexión a Internet de banda ancha, PlayStation 3, mueble bar con útiles de coctelería —Marcel estaba subyugado por mis perfectos *dry martinis*— y comida a la carta, traída dos veces al día —a Marcel le gustaba que el desayuno se lo preparara yo; lo tomábamos en la piltra leyendo la prensa del día— desde Las Palmas de Gran Canaria por un camarero de impecable esmoquin del restaurante marisquería Kraken, que preparaba a la sal unas doradas y lubinas salvajes gloriosas y servía unas perfectas ostras de Arcade, recién traídas de Galicia en avión.

Quién me iba a decir a mí en aquel momento, mientras despachábamos Marcel y yo una docenita de ostras por cabeza, regadas con un Chardonnay un grado más frío de lo que mandan los cánones de la temperatura justa —así lo preferíamos—, que de nuevo las ostras iban a ocupar un lugar importante en mi vida. O mejor dicho, en las quimeras de mi vida.

El síndrome de adicción a la comida basura que padecí un tiempo se disipó en la trena. Apreciaba de nuevo y me complacían sobremanera los excelsos yantares y las bebidas espirituosas de calidad.

Completaba mis rutinas de recluso con el cine, la lectura —Marcel me compraba por Internet todas las películas, libros y cómics que le pedía— y algunas partidas de póquer con colegas escogidos y boqueras solventes.

En la cárcel, y más en Salto del Negro, con dinero se puede conseguir de todo —no tanto como en Moscú, pero casi—. Y a la contra, sin guita estás aún más jodido que en la calle en las mismas circunstancias. El trullo es como una caricatura, perfilada con trazo grueso, del mundo exterior.

Si Marcel y yo disponíamos de una amplia celda solo para ambos, la base de la pirámide carcelaria se alojaba en un *chabolo* de treinta y cinco metros cuadrados en el que cohabitaban

veinticinco negros y moros piojosos. Esos sí que se daban bien por el *bul* unos a otros, más que nada para ganar algo de espacio y poder caber de pie.

Naturellement, y a propósito de la sodomía, a cambio de todos los privilegios tuve que ser el solícito amante de Marcel.

Las prácticas homosexuales no alteraron mi idolatría venérea y preferente por las mujeres, como pude comprobar nada más salir del tubo. Nunca en mi vida he follado tanto y a tan variadas diosas —aunque en general más frías que los testículos del yeti— como de la mano de Dimitri. A la mayoría me las he beneficiado en Moscú, donde no todo ha sido malo.

Pero mientras tocó rabo en el menú, procuré relajarme, hacer de tripas corazón y pasarlo lo mejor posible con lo que había. Y he de reconocer sin hipocresías ni falsas vergüenzas que en el fondo —exacta apreciación— no me desagradó que me dieran por el culo —salvo la primera vez: angosta vía— ni chupar pollas. «Todos somos griegos». Un hedonista de mente libre y sin prejuicios sabe obtener placer hasta de una sesión de azote y de un tarro de melaza.

Los sábados, a Marcel le gustaba disfrutar de un extra sexual y mandaba que nos trajeran a un travestí —cada semana uno distinto—, con el que nos montábamos un *ménage a trois* que no habría desmerecido entre los vídeos pornográficos de Internet. Le chiflaban los travestís atléticos, pero a la vez femeninos, con grandes tetas y buenos mangos. No siempre concurrían todos los requisitos. La isla de Gran Canaria disponía de una oferta limitada y en repetidas ocasiones apencamos con material de gasolinera y fenómenos de feria.

A pesar de que pedí infinidad de veces a Marcel que algún sábado nos tirásemos a una puta, para variar, o por lo menos que me dejara a mí comerme un coño, no me complació. Al marsellés le iba mucho más el motor que la vela y además era celoso. Supuse que en un mundo tan homófobo como el de la mafia se había visto obligado a cortarse y en la cárcel, donde está bien visto el mariconeo porque nadie está libre de pecado y cualquier agujero sirve de trinchera, aprovechaba para soltarse el pelo. En fin.

Pero en las postrimerías del verano caí en desgracia y se me acabó el chollo.

Metieron en nuestro mismo módulo a Abdelaziz el Baobab, un marroquí guapito de la hostia que además era un trípode; podía quedarse dormido de pie. Le habían caído varios años por camello reincidente. El voluble Marcel se prendó del puto moraco, que era un subnormal: la sangre no le daba para regar a la vez su gran tranca y el cerebrito de mico arborícola. El mafioso de pétreo corazón prefirió la cantidad a la calidad, me cambió por el priápico marroquí y me dio puerta.

¡Cuánto más penosa es la cochambre después de que se ha vivido en el confort! ¡Qué duras son las caídas desde lo alto!

Fui realojado en una celda para seis del módulo
D
—de detritus—; veinte metros cuadrados era el retrete atascado como mejor mobiliario.

El calor allí dentro era sofocante. Casi tan insoportable como los malos olores, entre los cuales el de heces, comparado con los de la constante transpiración de mis forzosos y poco duchados compañeros, era el menos innoble.

Todos hablaban a gritos para decir chorradas durante discusiones interminables —eran de una ignorancia pura, prístina, inmaculada— y emitían sonidos guturales, como de homínidos, amén de los repulsivos cuescos y eructos que soltaban sin el menor sentido del recato ni de la contención. Rendían culto al meteorismo.

Para colmo, tenían puesta la radio todo el día a todo volumen. Como es de imaginar, no escuchaban precisamente emisoras de música clásica. Parecía darles pánico el silencio —por otra parte, como a la mayoría de la gente de este atronador siglo XXI—. Tenían que producir ruido a todas horas, como fuera. Me imagino que era para no oír ecos de bóveda vacía dentro de sus cabezas si conseguían articular una palabra interior más larga que un monosílabo.

Aunque duró poco, estar metido en tan hediondo cuchitril, con aquella compañía infrahumana, fue el espanto, el peldaño más bajo de la degradación, creí entonces.

Compartía celda con cinco desechos del género humano. Cinco tipejos que con su vil naturaleza carente de evolución refutaban a Darwin.

Eran así. A saber:

El Mercromina. Un pederasta que había recibido tantas palizas de los demás huéspedes del hotel que tenía la cara deformada, estaba tuerto y se había vuelto lelo. Se le caía la baba. En general, solía permanecer en silencio —ofrendas de agradecimiento a los dioses—, pero de vez en cuando soltaba salmodias como esta: «Chiquita, bonita, soy el amo del mundo. Ven conmigo, que solo yo tengo la llave grande del cofre grande y te la enseño, chiquita, bonita». Lo repetía algo menos de un centenar de veces, canturreando, y después volvía al mutismo. Cuando los colegas del *chabolo* columbraban gracias a un titánico esfuerzo de meninges el contenido metafóricamente pedófilo de la cantinela de turno, le daban una mano extra de grasa.

El Cerillitas. Un pirómano que le había pegado fuego a medio archipiélago. Era un enfermo mental, un sádico a pequeña escala, quizá porque no tenía oportunidad de otra mayor. Habría que haber visto al muy psicópata, por ejemplo, de cabo —la mayor graduación imaginable en el Cerillitas— de las
SS
en Auschwitz. Su entretenimiento favorito era cazar lagartijas en el patio, atarlas a crucecitas hechas con palillos y quemarlas vivas y con lentitud valiéndose de una lupa y del sol. La reencarnación del inquisidor Torquemada.

El Pistón. Un negro de Camerún hipersexuado, con músculos hasta en los párpados, que había matado a su mujer a puñetazos, por celos. Solía hacer pesas con las literas mientras yo intentaba echar la siesta. Cuando no violaba al desgraciado Ojete de Oro, se hacía pajas; ambas expansiones a la vista de los demás. Se la meneaba seis o siete veces al día, sobre todo de noche. Su camastro estaba encima del mío. Salpicaba. Una vez me atreví a afearle su acoso y derribo al Ojete de Oro, pues el pobre chaval no podía ya ni sentarse. El negro cabrón se limitó a hacer una catapulta con dos dedos, de esas que se forman para disparar una pelotilla de moco, y a darme con la uña del dedo medio en la punta de la nariz. Estuve sangrando diez minutos.

El Ojete de Oro. Un alma de cántaro, tonto perdido. Un jovencito al que habían pillado en el aeropuerto haciendo de mula, con el intestino lleno de cocaína, procedente de Bogotá. Se pasaba el tiempo sorbiéndose ruidosamente los mocos, incluso mientras el

Pistón lo enfilaba con el palo mayor. Para matarlo.

Y por último, y desde luego el peor: el Comehostias. Un rumano ultracatólico e insomne al que habían metido en el perol por robo a mano armada con doble homicidio. Estaba en el camastro situado debajo del mío —sí, literas de tres pisos; otro tormento—, y por la noche, como no podía dormir, en vez de contar borregos en silencio rezaba el rosario. Todos los misterios, hasta los resueltos. Una y otra vez. Aquel mosconeo en su bisbiseante lengua estuvo a punto de volverme loco.

Para redondear el fondo de la sima, me hacían la vida imposible y me comía todos los marrones, que en la cárcel son muy variados pero con el denominador común de su alto grado de asquerosidad. Me cogieron manía por envidia cuando era el protegido del ingrato Coloquinte. Me acusaban de ir de señorito —en realidad decían de señorita— y de mirarlos por encima del hombro. ¿De qué otro modo podía dirigir la vista sobre semejante purria?

Afortunadamente, a mediados de octubre, como ya dije, Dimitri Urroz ingresó en Salto del Negro y mi suerte cambió.

Lo pusieron en una celda para él solo. Una *suite*. Lo nunca visto. Marcel Coloquinte perdió su título de *prima donna* del maco.

Dimitri Urroz pertenecía, al parecer, a la mafia rusa. Lo habían trincado en Lanzarote y entraba por auto de prisión preventiva, a la espera de juicio, bajo la acusación de blanqueo de dinero en España y de ser un destacado jefe del crimen organizado internacional.

Era un tipo alto y fornido, un poco barrigón, de unos cincuenta años —cincuenta y dos, supe después—, moreno y de faz agraciada. Tenía los ojos negros y una mirada penetrante, aunque afable, que acompañaba con una sempiterna sonrisa. Llevaba barba corta y el pelo casi rapado, lo cual dejaba a la vista una larga cicatriz sobre la oreja derecha, como de un sablazo, que iba desde la sien al cogote. Se le notaban pocas canas para su edad.

Hasta el día de la agresión en las duchas, no había tenido ningún contacto con él.

Aquella mañana, a los presos del módulo D nos tocaba la ducha semanal obligatoria. Estábamos bajo los chorros de agua colectivos, en dos hileras. Dimitri, que pertenecía al mismo módulo, estaba a mi lado. Observé que lucía bastantes tatuajes repartidos por todo el cuerpo. Resultaba feo, vulgar y algo repulsivo. La moda del

antiestético tatuaje, entre desorientados de todo tipo, es un signo más de la falta de criterio tanto ético como estético en los estólidos tiempos que corren.

Una noche en la que la desesperación había hecho que me agarrara un pedo muy gordo de sol y sombra de *brandy* saltaparapetos y chinchón dulce a granel, la chusma de mi *chabolo* aprovechó el desmayo etílico para mancillarme todavía más. Los muy hijos de puta mandaron venir al búlgaro Pinchaúvas, el tatuador oficial de Salto del Negro, al que pagaron a escote para que marcara mi piel de por vida.

Dejaron al descubierto mis albas y tersas nalgas, cuya visión, ¡ay!, enardeció al siempre salido Pistón, el cabronazo del negro. Después, el Pinchaúvas se puso a trabajar en mi culo. Me tatuó en cada cachete media diana circular cuyo centro está donde puede imaginarse. La visión de la diana todavía en carne viva volvió a enardecer al Pistón.

Cuando conseguí ver en un espejo del cuarto de baño común lo que me habían hecho, del choque sufrí una lipotimia. Al despertarme, noté un inequívoco ardor que certificaba que alguien había tomado el tatuaje como una invitación durante mi desmayo.

Mejor volvamos al día de la ducha.

Supe después sobre los tatuajes de Dimitri que cada uno tiene un significado en el código de los mafiosos rusos. Es su *curriculum vitae*. Verbigracia: el tatuaje más grande lo tenía Dimitri en la espalda. Era la catedral de San Basilio, reproducida desde un ángulo en el que se veían tres cúpulas. Cada cúpula significa un año de cárcel cumplido, los cuales en su escalafón equivalen a galones militares.

Al lado de Dimitri se duchaba el Orinal, un depravado yonqui que habría empalado a su madre por un pico de mayonesa.

Vi algo raro.

El Traqueotomías se acercó con una toalla en el antebrazo, a modo de muletilla, y ocupó la ducha del yonqui, que se retiró sin protestar. Dimitri se lavaba la cabeza y no se percató de la extraña maniobra. Yo me estaba enjabonando el cuerpo y se me escapó la jaboneta, que se deslizó rauda por el suelo. Pasó entre los pies de Dimitri y fue a parar donde el Traqueotomías, que iba a pisarla y a pegarse una buena talegada. Grité «¡cuidado!», para que no pisara

el jabón, pero en ese momento el Traqueotomías retiró la toalla y se dispuso a pegar una estocada baja a Dimitri con el largo y fino cuchillo que ocultaba. Dimitri creyó que la advertencia había sido para él. Se dio la vuelta y vio la cuchillada que iba a recibir en el estómago. Pero al Traqueotomías no le dio tiempo a asestarla. Pisó la jaboneta, levantó la pierna más rápido y mejor que una bailarina de cancán del Moulin Rouge, quedó un momento suspendido en el aire y se metió una hostia morrocotuda al caer de espalda, a plomo. Se dio con la cabeza contra el duro suelo embaldosado, puso los ojos en blanco y boqueó. Pero tenía un bolo muy sufrido y al instante volvió a su miserable y avieso ser. Dimitri le pisó la mano con la que el accidentado todavía empuñaba el cuchillo y con el otro pie tuvo tiempo de patearle la cara a conciencia antes de que los boqueras se percataran del lance y controlaran la situación.

Todavía allí, bajo los chorros de agua caliente y desnudos, Dimitri Urroz me habló por primera vez al tiempo que me obsequiaba con su eficaz sonrisa de seductor nato y extendía la mano para estrechar la mía con el vigor justo.

—Gracias, amigo. Me has salvado la vida. Nunca lo olvidaré, te lo aseguro. Estoy en deuda contigo.

Dimitri, aunque nació en Moscú, habla español perfectamente. Es su lengua tanto como el ruso. Su padre, Leonardo Urroz, fue un niño de la guerra acogido en la Unión Soviética.

—Has sido muy rápido y muy hábil al tumbarlo con la pastilla de jabón —añadió—. ¡Bravo!

Por supuesto, me libré muy mucho de explicarle que había sido un accidente, pura casualidad. En vez de delatarme, me encogí de hombros en un gesto de falsa modestia, como para quitarle importancia a mi intervención.

Al Traqueotomías lo metieron en una celda de castigo. El aislamiento no le libró de aparecer degollado de oreja a oreja. Previamente lo habían torturado; no mucho. Debió de cantar pronto.

Dimitri Urroz se rodeó del Culoprieto y el Lechuguita, los dos asesinos más duros y sanguinarios de Salto del Negro, a modo de guardaespaldas. Sin duda fueron los que hicieron hablar y después apiolaron al Traqueotomías.

Al cabo de un par de días vi en un telediario —no era frecuente

que en la sala de la televisión me dejaran poner las noticias— que en la terraza del restaurante de un club de golf de Marbella habían acribillado a balazos a un tal Stepan Lebiadkin y a su guardaespaldas. Dos tipos a cara descubierta, de quienes nadie supo dar más que una vaga descripción, los dejaron hechos un colador con pistolas ametralladoras y después huyeron en coche, sin prisas. Entre ambos cadáveres sumaban cuarenta y tres impactos de bala de calibre nueve milímetros. Un trabajo profesional.

Lebiadkin era un millonario ruso también sospechoso de pertenecer a la mafia. Supuse que era el rival o enemigo de Dimitri que había encargado su asesinato y a quien el tiro le había salido por la culata. Pero, como con respecto a tantas otras cosas referentes a Dimitri, que navegan entre la sospecha y la ambigüedad, en el banco de niebla tras el que siempre se oculta o al menos intenta quedar disimulado, me quedé sin saberlo con certeza.

Dimitri intenta hacerte ver e incluso te demuestra que la nieve que tienes ante tus ojos no es blanca, sino negra. Y él, por supuesto, no es un *paján*, es decir, un zar de la mafia rusa, sino un hombre de negocios, un empresario y un filántropo que destina parte de sus beneficios a obras sociales.

En una ocasión, me dijo:

—Que nadie descubra lo que realmente piensas. Eso es fundamental. Y que tus enemigos, en la medida de lo posible, ni siquiera sepan que lo son.

Después de la movida de las duchas, que tan bien me había salido, busqué la compañía de Dimitri para que pudiera mostrarme todo ese agradecimiento, previamente anunciado, por haberle salvado la vida. Sin embargo, apenas me hizo caso. Me trató con distante cortesía y me esquivó en cuanto pudo. Otro más de esos frecuentes hijos de puta desagradecidos a los que se les va la fuerza por la boca, deduje. Pero me equivocaba.

En el patio, el Culoprieto vino a buscarme con un recado.

—¡Eh! Tú eres el Patatita, ¿no?

Sin comentarios. No viene a cuento por qué me endilgaron tan ridiculizante apodo. Asentí al matón con la más leve inclinación de cabeza.

—Dimitri quiere hablar contigo. Ahora. Ven.

El ruso estaba al pie del muro jugando con el Perdigones, el

Compresa, el Cacerolo y el Grasillas a ver quién arrimaba más la moneda a la pared. A cinco euros la partida. Acababa de ganar.

Pronto sabría que Dimitri era un ludópata al que le gustaba apostar a cualquier juego o albur. Quizá solo había otra afición que superaba su gusto por el juego: gastar bromas; cuanto más pesadas, mejor.

El Lechuguita vigilaba el entorno con cara de dolerle el estómago y tener ganas de cascarle a alguien los remos por mera simpatía. Dimitri se apartó de los demás para hablar a solas conmigo. Sostenía en la boca un largo cigarro habano, un Montecristo del uno.

Se fuma unos diez habanos al día, un capitalito en puro humo, según feliz síntesis de Cabrera Infante. Calderilla para él. Es inmensamente rico.

—Gracias por venir, Pacho.

Me quedé sorprendido por el apelativo. Hacía años que nadie me llamaba así. Se me debió de notar la sorpresa en la cara.

—¿Te sorprendes? ¿Cómo sé que los amigos te llaman así? He averiguado muchas cosas acerca de ti. Procuro estar siempre muy bien informado. Es conveniente.

Me ofreció un Montecristo que extrajo del bolsillo de la camisa, donde lucía sus iniciales, y me dio fuego con un Dupont de oro.

—Pero bueno, eso ahora no importa —continuó—. A lo que iba. Mañana tengo que presentarme ante el juez, en Las Palmas. Si los cálculos no me fallan, creo que no tendré que volver a este hotel ni a ningún otro. ¿Cuándo sales tú? ¿Cuánto te falta?

—Algo menos de cuatro meses. Para enero.

—Eso me habían dicho.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Para confirmarlo. Estaré al tanto cuando salgas. ¿Tienes adónde ir? ¿Te espera alguien? Por lo que sé, creo que no.

Así es Dimitri: arrollador y prepotente. Que te haga una pregunta es pura formalidad porque ya sabe la respuesta o va a contestarla él y decidir por ti.

—Tengo un caserío en Vizcaya —dije con cierto orgullo de hidalguía terrateniente.

—Sí. Ya lo he visto. Me enviaron una foto al ordenador. Qué espanto. La verdad, creo que hasta esto es más acogedor. Ese

muerto de cemento no conseguiría venderlo ni yo. Ahí no puedes vivir, Pacho. Además, estás sin blanca.

—Durante la noche, la próstata me hace levantarme a mear dos veces. Por si no lo sabías, aunque supongo que también te lo habrá dicho tu servicio de información.

No sé a qué vino hacerme el ofendido. Resabios de otros tiempos.

Dimitri se rio con ganas.

—Me gusta tu sentido del humor. Hasta que salgas, quiero que aquí dentro estés lo mejor y más seguro posible. Te ruego que aceptes trasladarte a mi celda individual, donde dispondrás de todo tipo de comodidades. Y también me gustaría que el Lechuguita y el Culoprieto cuiden de ti, para que ningún pelagatos se atreva a molestarte. ¿Te parece bien, amigo?

Me quedé con la boca tan abierta que se me coló una mosca. Ni lo noté. Sonó en mi cabeza el coro del *Himno a la Alegría* y me vinieron a la mente las cálidas palabras de Gloucester al comienzo de *Ricardo III*: «Ahora el invierno de nuestro descontento se vuelve verano con este sol de York».

3

Solo los tontos se permiten ser optimistas

Me soltaron el viernes 26 de enero de 2007, a las 13:35. Como soy rigurosamente ateo, no pude parafrasear a Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, elevar el puñito al cielo y poner a Dios por testigo de que nunca volvería a la trena. Tuve que conformarme con hacerle un juramento laico al Papilomas, el pellejudo boqueras de la familia de los paquidermos que me acompañó hasta la puerta.

—Le juro, jefe, que a mí no me van a ver el pelo por aquí otra vez —le espeté con gran convicción.

—Lo que tú digas, Patatita. ¡Hala!, ábrete. No vayas a llegar tarde donde no te espera ni el gato.

Qué abulia funcionarial. Ni siquiera aprovechó el bovino cancerbero el tópico chiste que le dejé en bandeja de que sería imposible verme el pelo, dada mi alopecia.

Ni el gato. ¡Qué majo! Le deseé un futuro aciago, pero no hacía falta; sin duda ya lo tenía más que asegurado como mera prolongación de su presente.

Según crucé el portón de aquel antro, el infeliz Papilomas y Salto del Negro en su conjunto se desvanecieron en la tibia atmósfera de la superación. En el desagüe del olvido.

Ojalá fuera tan fácil. La cárcel marca para siempre; como un hierro al rojo, la circuncisión, ver *Sonrisas y lágrimas* o un intenso escarnio durante la infancia. En todo caso: hasta nunca, perol.

Pero disipadas las brumas de la trena por la brisa de la libertad, apareció un vertiginoso vacío que me saludó con calambres en el estómago. El rugoso Papilomas, además de su propio tonelaje,

cargaba con el peso de la razón. Yo, Pacho Murga, era un paria rumbo a lo desconocido, donde nadie me esperaba y era indiferente que llegara pronto, tarde o nunca.

¿Qué iba a ser de mí? ¿Qué me aguardaba?

Tenía en el bolsillo el pasaje de avión que me habían dado para regresar a Bilbao, en la cartera unos trescientos euros, algo menos de tres mil en el banco y la propiedad del inhabitable e invendible búnker de Lemona. Y tenía miedo. Eso era todo. Podría haber sido peor.

Mas, como decía Confucio o alguno de su cuadrilla, no cuentes tus penas a los amigos, que les divierta su puta madre.

Tampoco tenía amigos a los que divertir. Más solo que Robinson Crusoe en la isla hasta que acogió a su servicio al simpático negrito Viernes.

Pero acepto de buen grado mi soledad; me resulta obligado admitirla y preservarla porque es una cuestión de estilo. Una idea que expresa magistralmente el viejo indecente y dipsómano, es decir, Charles Bukowski: «El estilo supone una naturalidad definitiva. El estilo supone un hombre solo con miles de millones de hombres en torno».

Naturalmente, pensé en lo que me había dicho Dimitri antes de su salida de Salto del Negro: que estaría al tanto de la mía.

En efecto, no volvió a la cárcel. Leí en la prensa que el juez lo había soltado por falto de pruebas para instruir el sumario. Unos meses después, ese mismo juez fue acusado de prevaricación y cohecho.

Durante el resto de mi condena viví de vicio en la celda de Dimitri, a todo tren y sin la obligación de tener que chupársela a nadie. Por cierto, encargué al Lechuguita y al Culoprieto que le acariciaran un poco la entrepierna al moraco de Marcel para que no trempara en una temporadita. Se les fue un poquitín la mano y casi lo capan. Después me arrepentí, avergonzado por mi bajeza. O al menos me planteé que debería estarlo.

Así que con lo que Dimitri había hecho por mí ya le estaba muy agradecido. Pensé que su munificencia terminaría ahí, de puertas adentro del tubo.

Durante esta última década de espinosa vida me he acostumbrado a no esperar nada de nadie y a prepararme para

encajar la peor de las posibilidades de cada asunto. Solo los tontos se permiten ser optimistas.

Sin embargo…

Todavía no me había alejado de la puerta de la cárcel cuando vino a mi encuentro un hombre corpulento, vestido con una horrible camisa a cuadros, como de mantel de mesa de *batzoki*, que me recordó a Dimitri. Después comprendí por qué.

Tenía más o menos la edad del ruso, el pelo y la barba también oscuros, más largos y canosos, la expresión dura y cejijunta, y estaba más gordo, aunque era fornido.

Por la pinta a bruto primitivo y el cuadriculado atuendo, podría haberse tratado de un aldeano vasco tragaldabas —valga el pleonasmo—, pero pronto supe que era otro moscovita: Iván Ivánovich Korol, consejero, primer guardaespaldas y primo carnal de Dimitri Urroz, de ahí el parecido. Al igual que este, hablaba perfectamente español, sin acento ruso.

—El señor Murga, supongo.

¿Me estaba vacilando aquel cavernícola?

—Desde luego, el doctor Livingstone no soy. Y usted, ¿se llama Stanley, por un casual?

Suspiró resignado, como en demanda de paciencia, me miró con expresión imperturbable, no me contestó y me cogió de la mano la bolsa de viaje con mi magro equipaje.

—Permítame. Tenga la bondad de acompañarme. El señor Urroz le espera en el coche.

Señaló con la zarpa sin impedimenta un rotundo Mercedes 500 S, de color negro y con los cristales tintados.

Mi acompañante me abrió una de las puertas de atrás. Dentro, Dimitri me sonrió y me tendió la mano. Se la estreché mientras me sentaba a su lado, al tiempo que acariciaba con la palma de la otra el fresco y fino cuero granate del asiento.

—*Na svobodye*, que quiere decir «salir del trullo». Ya te han soltado. Bienvenido a la libertad —me dijo Dimitri—. ¿Qué tal estás?

—Gracias. Estoy bien. Y sobre todo encantado de verte. La verdad, creí que no te acordarías…

—Cuando un ruso da su palabra, la cumple… Casi siempre. Y como además soy medio navarro, cuando la da un navarro,

también. Así que a falta de una, tengo dos palabras.

Se rio y me dio una cariñosa palmada en el hombro. Dimitri tiene una forma de reír acogedora como un abrazo; infunde seguridad y ganas de vivir.

El ruso con el mantel por camisa se sentó en el asiento del acompañante. El coche lo conducía otro tipo. Arrancamos.

—Además, he decidido no separarte de mí —por supuesto, mi voluntad contaba tanto como la de un ficus—. Creo que me das suerte. Vas a ser mi talismán. Como una pata de conejo con la que te haces un llavero.

Volvió a reírse con ganas. La estúpida comparación me mosqueó, pero no estaba en posición de hacerme el tiquismiquis.

En la radio del salpicadero sonaba a volumen medio *Take a Walk on the Wild Side* cantada por el viejo Lou Reed. Procuré relajarme. Tocaba dejarse llevar.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Al puerto. Nos largamos de esta mierda de isla cuanto antes. Le he cogido manía desde la visita a su hotel.

»¡Primo Iván! Recuérdame que venda la marisquería que tenemos aquí, en Las Palmas. ¿Cómo se llama…? No me acuerdo… Tiene nombre de bicho… De monstruo marino…

—¿No será el restaurante Kraken? —deduje.

—Eso es: Kraken. ¿Lo conoces, o qué? —me preguntó mientras se quitaba un hilo de la manga de la chaqueta. Vestía un ligero traje beis de lino, sin corbata.

—Indirectamente.

No le interesó ese conocimiento indirecto. Dimitri rara vez escucha. Sus diálogos suelen ser monólogos.

Era el dueño del Kraken, qué casualidad. No le pegaba tener un negocio de hostelería, aunque supuse que los tendría de todo tipo. A modo de tapaderas y para blanquear dinero ilegal. ¿O era que estaba yo demasiado influenciado por haber visto todas las películas que se han hecho sobre la mafia?

—Hemos venido de Lanzarote solo para buscarte —declaró, cambiando de tema—. Los coches son alquilados.

—¿Los coches?

—Sí, en el de atrás van dos empleados míos.

Efectivamente, nos seguía un coche. Un aplastado modelo

deportivo cuya marca no identifiqué, también de color negro.

En el Puerto de la Luz nos aguardaba una lancha. El chófer se quedó en tierra y embarcamos Dimitri, el primo Iván, yo y los dos tíos que venían en el deportivo. Estos eran dos cuarentones adustos, atléticos, también barbudos, con el pelo rizado, largo y mal cortado, y aros de pirata en las orejas. Vestían ropa deportiva. Cultivaban esa estética, o más bien antiestética, entre monástica y patibularia, propia de los pistoleros de ETA. Después supe hasta qué punto estaba dando en el clavo. Llevaban colgadas en bandolera ligeras bolsas de cuero. Imaginé que dentro de ellas se ocultaban las pistolas ametralladoras que acribillaron en Marbella a Lebiadkin y a su guardaespaldas.

La lancha abordó un impresionante yate de no menos de ochenta pies —unos veinticinco metros; que se note que soy de ciudad portuaria— de eslora. Se llamaba Consolación II.

Consolación es el nombre de la esposa de Dimitri, una navarra de armas tomar.

Nos recibió en la cubierta un lacayuno camarero oriental que por el uniforme —un pijama negro de seda— parecía un jemer rojo. Por fortuna, en vez de un fusil de asalto
AK-47,
portaba una bandeja con dos *dry martinis* que brillaban al sol haciendo honor al sobrenombre del rey —o, mejor, presidente de la república— de los cócteles: la bala de plata.

Tras el camarero, el capitán, su tripulación y el personal de servicio del yate estaban dispuestos en formación, mirándome. Como si esperaran a que les pasara revista.

He de reconocer que estaba apabullado. Dimitri sabía hacer bien las cosas y agasajar a un invitado. ¿O habría sido más exacto en mi caso decir «mascota»?

Tomó los cócteles de la bandeja y me ofreció uno.

—No me digas que el *dry martini* es tu cóctel —aventuré, ilusionado por la complicidad.

—No demasiado. Pero sé que sí es el tuyo. Y este brindis por tu nueva vida a mi lado había que hacerlo con tu cóctel favorito. Espero que esté a tu gusto: una gota de vermut Noilly Prat, un océano de ginebra Bombay Shappire y una aceituna verde con hueso y sin palillo.

—Eso es. La madera está bien en los bosques, no en las copas.

—*Nasdarovie*.

Elevé la copa cónica para brindar y después di un buen sorbo. Estuve a punto de escupirlo. ¡Era un asco! Estaba salado.

Dimitri me señalaba y se partía de risa. Todos los presentes le acompañaron en la celebración de la broma. Me quedé perplejo, con la copa en la mano.

—Y también unas cucharadas de sal. ¡Ay, qué gracia! —le costaba hablar entre las carcajadas—. ¡Tendrías que haber visto la cara que has puesto al probarlo!

»Perdona, no he resistido la tentación de gastarte esta broma. No te enfades conmigo.

Yo también le reí la gracia y fingí desenfado mientras se me hinchaban las pelotas. Dimitri tomó de una mesa auxiliar una botella de agua Perrier y me llenó un vaso.

Dejé en la bandeja sostenida por el jemer rojo la copa de pega y bebí el agua con gas para quitarme el mal sabor. Apareció otro jemer rojo, yo diría que idéntico al anterior, con otra bandeja y otras dos copas de cóctel.

—Estos son los *dry martinis* buenos, palabra —aseguró Dimitri sin dejar de reírse.

Tomé una de las copas, con prevención.

—Tranquilo. ¿No te fías? Haces bien… Venga. En serio… De verdad, ¡joder! A tu salud, amigo mío. Por la libertad. *Nasdarovie*.

Bebí con cautela. El *dry martini* estaba perfecto, y así se lo hice saber a mi bromista anfitrión. Pasando por alto la gracia anterior, todo era perfecto. Demasiado perfecto.

—¿Vamos al comedor? Estoy hambriento. He encargado una comida informal de platos fríos. Espero que sea de tu agrado. Comeremos dentro. Hace un poco de fresco aquí fuera.

»Capitán, cuando usted disponga levamos anclas.

Dimitri tiene la habilidad de dar una orden como si su cumplimiento dependiera de la decisión del ordenado. Nada más lejos de la realidad.

El primo Iván no nos acompañó a comer. Su estatus respecto a Dimitri parecía confuso. No era un empleado, pero tampoco un igual, a pesar del trato de «primo». Dimitri siempre se dirige a él así: «primo Iván». Y el primo Iván le llama a él por el diminutivo

Mitia. Costumbre de la infancia. Crecieron juntos en las calles de Moscú.

El impreciso lugar del primo Iván en aquel extraño universo me recordó lo que decía el guionista William Goldman acerca de la posición jerárquica de los de su oficio en el mundo del cine: un guionista —cito de memoria— ocupa un lugar indeterminado entre el productor y el portero del estudio.

En el comedor nos aguardaban dos alucinaciones rubias: increíbles. Como criadas en laboratorio, en la probeta perfecta.

—Si te complace su compañía, estas dos damas nos acompañarán durante la comida. Y también después.

—Me complace. Te lo aseguro.

—He conseguido a dos chicas con un cierto aire a Angie Dickinson hacia los treinta y cinco o cuarenta años, tu prototipo erótico, ¿cierto? Me ha costado encontrarlas, pero creo que ha valido la pena el esfuerzo.

Las alucinaciones carnales sonrieron, se acercaron y me besaron. Se me cayó la baba como al lerdo Mercromina, mi antiguo compañero de celda. Qué lejísimos quedaba aquel infierno en ese momento de paraíso.

—Ciertísimo. Y ya lo creo que se parecen. A Angie Dickinson en la época de *La mujer policía* —me sentía fascinado—. ¿Te llamas Dimitri Urroz o eres en realidad un genio de la lámpara de *Las mil y una noches*?

—No exageres. Simplemente me gusta practicar el arte de cuidar bien a los amigos ofreciéndoles lo que de verdad les gusta. Dentro de lo que está al alcance de mi mano, claro.

—Larga y generosa mano. A fe mía.

—Gracias. Sentémonos a la mesa.

La comida informal se componía de ostras y percebes gallegos, caviar beluga, jamón ibérico —de un cerdo que más que bellotas tenía que haber comido pétalos de rosa y maná celestial— y *foie* de la oca sagrada. Todo ello regado con Dom Pérignon Vintage 1993.

Para colmo, las sosias de Angie eran dos damas cultas y con clase. A cuenta de su parecido con mi admirada, estuvimos hablando de los wésterns de Howard Hawks, por *Río Bravo*, y después de los de John Ford. Recuerdo que Dimitri confesó que «la más buena» le parecía *El hombre que mató a Liberty Valance*.

Aunque Dimitri no distingue las películas por directores, es bastante cinéfilo y tiene cierto buen gusto. Las películas de la mafia dice que no las soporta, ni siquiera *El padrino*. Sintomático.

Terminada la irrefutable comida, Dimitri me envió a dormir la siesta, como a los niños. Bueno, no exactamente.

—Te sugiero, querido amigo, que vayas a tu camarote a echar una siestecita con nuestras invitadas. Con las dos. Trabajan mejor en pareja. Les puedes pedir lo que quieras, aunque ellas ofrecen ya de por sí un programa muy completo y con buen guion. Que te diviertas. Yo tengo que trabajar un rato con el primo Iván. Luego nos vemos.

Aquellas dos diosas del Olimpo transportaron mi pobre cuerpo y mi sufrido espíritu al nirvana del sexo, con cada letra de esa húmeda y deslizante palabra esculpida en mármol de Carrara. ¡Qué bien olían! ¡Cómo sabían! ¡Qué coloridas! ¡Qué majas! ¡Qué limpias! ¡Qué gracia de movimientos!, seguro que hasta en los peristálticos. ¡Y qué habilidades! Sabían latín, del que hablaba Catón. Eran perfectas. Y educadas. Unas señoras putas de elite. Incluso tuvieron la delicadeza de no hacer comentario ni pregunta alguna sobre la bochornosa diana tatuada en mi culo.

Se ve que mis prejuicios e impotencia funcional del pasado con las profesionales del sexo solo se aplicaban a las baratas. En cuanto dejé de llorar por la emoción que me embargó desde que empecé a desnudarlas, me corrí. Hacía más de tres años que no cataba mujer. «*Voglio una donna!*», gritaba el cuarentón virgen Ciccio Ingrassia en *Amarcord*, de Fellini, como condición para bajarse de un árbol al que se había encaramado. Yo también había gritado mentalmente muchas veces lo mismo en el talego. Tenía tantas ganas acumuladas que me había pasado ya del límite y parecía que se habían esfumado. Pero qué va. Como un tigre. ¡Y vaya calidad de cata para la *rentrée! Oh là là!* Con aquellas reales hembras, no padecer en el primer encuentro eyaculación precoz habría sido una descortesía.

Pensé que en algún lugar tenía que estar el truco de todo aquello, la trampa o la intención secreta. El nuevo *dry martini* con sal y el palo detrás de las orejas. O la cámara oculta del programa de televisión basura. Era demasiado bueno para ser cierto y los ángeles de la guarda no existen. Sin embargo, los demonios, sí.

¿Para qué me quería en realidad Dimitri Urroz a su lado?

En todo caso, hasta que me despertaran del dulce sueño con un balde lleno del agua de fregar los suelos de las letrinas del módulo después de que hubiera pasado por ellas el Incontinencias, o de alguna manera aún peor, decidí aprovechar que la mar estaba en calma y la navegación era tranquila para jugar un poco más al 969 con las arrebatadoras dobles de Angie Dickinson.

4

Una gruesa de ostras

—¡Ostras para Dimitri! ¡Las mejores ostras para el jefe! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Marchando! ¡Pero ya!

Y como había sucedido en los demás restaurantes de las distintas ciudades y en los respectivos idiomas, los camareros repitieron uno a uno en voz alta la consigna como si se pasaran un aviso o formaran parte del coro de una comedia musical. Solo les faltaba bailar abrazados a las bandejas con coreografía de Stanley Donen.

—¡Ostras para Dimitri! ¡Ostras para Dimitri! —Y así hasta cinco veces, tantas como camareros había en el espacioso comedor.

Los comensales de las demás mesas pusieron cara de extrañeza ante el insólito espectáculo. Dimitri, sin embargo y como de costumbre, mostró con una amplia sonrisa y saludos de político en campaña electoral lo mucho que le agradaba el rito que esperaba de sus empleados en cuanto entraba en uno de sus restaurantes, tomaba asiento e indefectiblemente pedía ostras. Sus ostras.

El *maître*, de quien había partido esa orden en tono de negrero o de pastor de ungulados, con el fin de apremiar a los camareros, estaba frente a nuestra mesa. Era de los que solo se pueden encontrar en Madrid. Le pegaba más un disfraz goyesco y una navaja de muelles en la faja que el traje oscuro y la corbata. Se trataba de un tipo aceitoso, grasiento de churrería. Esa mezcla de resabiado, canalla, fascistón, pelotillero, falso, escaqueado, charlatán y timador con aspecto entre trasnochado y rural que en la corte de los milagros es frecuente y asegura a Madrid estar gobernada a perpetuidad por la derecha. Este, que se llamaba Pepe, como no podía ser de otro modo, era un tipo puro de castizo

reaccionario: más madrileño que el madroño de los cojones junto al que se yergue el plantígrado del escudo de la ciudad.

A los madrileños castizos como Pepe se les llama, en argot popular, «gatos». Pepe, además de ser gato, y probablemente maricón, llevaba uno en la cabeza, un bisoñé infame de color canela que habría llamado la atención hasta en la calle Novi Arbat.

Intuí que era muy probable que el castizo Pepe tuviera la misma talla humana y perteneciera a la misma escuela hostelera que Perico Amarrategui, dueño del Txatxarkeria, un restaurante del Casco Viejo de Bilbao al que iban una vez al mes, y lo hicieron durante más de treinta años, mi padre y sus amigos del Frente de Juventudes.

Para Amarrategui la humanidad se dividía en dos partes, formadas por los que ya han pagado la factura y por los que todavía no. Durante una comida, la última en el Txatxarkeria, a uno de los amigos de mi padre le dio un aparatoso síncope. Lo taparon con manteles, ya que el pobre hombre se había quedado frío y con la cara de color gris. Parecía en las últimas. Cuando por fin llegó la ambulancia y se disponían a llevarse al enfermo al hospital, Amarrategui se acercó a mi padre, que era el último en salir, le mostró la factura como si lo estuviera despidiendo con un pañuelo y dijo muy serio:

—¿Y de esto qué? ¿De esto no se va a hacer cargo nadie?

Volvió el untuoso Pepe —le pegaba apellidarse Calleja o Pacheco o algo por el estilo— para descorcharnos una botella de Dom Pérignon, 1999. Lo hizo con excesivo ruido y ademán más propio de un bodorrio de bajo pelaje —sí, lo reconozco; no llevo bien lo de mi calvicie— en comedero a granel que de una marisquería con ciertas ínfulas, como era esta, otrosí de ser un comportamiento agresivo hacia tan excelso vino, que ha de ser tratado con sosiego, mimo y respeto.

El restaurante se llamaba Casa Contreras —tampoco le iba mal como apellido al gato Pepe—, fundada en 1909, ponía en la entrada. Estaba situado en la calle Arenal, muy cerca de la Plaza Mayor y de la Puerta del Sol. Como los demás restaurantes que habíamos visitado en una gira de inspección por París, Londres y Berlín —solo nos faltaba Barcelona—, Casa Contreras, al que no había querido cambiar su nombre original, era propiedad de

Dimitri.

Como anunció el día en que me fue a esperar a la salida del trullo, había vendido el Kraken de Las Palmas de Gran Canaria. Se lo pulió en Berlín, en el barrio turco de Kreuzberg, a un otomano de aspecto cruel y depravado que podría haber sido descendiente del bey que mandó torturar y se calzó a Thomas Edward Lawrence.

Y también tenía una marisquería en Moscú, «la más lujosa», pero no quería ir en aquella época, durante el riguroso invierno ruso.

Seis en total. Envidiable. Algo más que una tapadera de la mafia, pues parecían negocios prósperos. O en todo caso, la tapadera de una cazuela muy grande con un guiso inmenso dentro.

Una vez le pregunté a Dimitri que por qué no era propietario de una marisquería en Roma, la única gran capital de Europa que le faltaba. Puso cara de que la respuesta era evidente.

—Pacho, por favor. Italia no es un país serio. No se puede hacer negocios allí. Los italianos son unos comediantes, como su primer ministro Vitelloni, el césar gondolero. Se parecen a los personajes que interpretaba Alberto Sordi.

—Yo creo que Silvano Vitelloni entiende a su país —sentencié—. Un personaje como Il Cavaliere aporta la grasa necesaria, el sebo preciso para que los engranajes de un sistema tan corrupto sigan funcionando. Un gobernante íntegro paralizaría Italia.

—Es posible. Además, en Italia hay demasiados mafiosos por todas partes.

Si por lo menos hubiera dicho «y además ya hay demasiados mafiosos», habría significado que se sentía incluido y no contaba con Italia por sobreabundancia, porque no quedaba sitio para él. Pero qué va. Lo dijo con expresión inocente, de ciudadano probo. De haber llevado sombrero, me habría descubierto ante su desfachatez.

Antes de iniciar la ronda por el cogollito de Europa para inspeccionar los restaurantes de Dimitri, estuvimos descansando un par de semanas en Lanzarote. Tiene allí una preciosa villa, en la zona más escogida de Costa Teguise.

Fue una quincena de ensueño. Relax de auténtico lujo: yate, piscina, playa como si fuera privada, lo mejor de lo mejor en la mesa y la compañía de las dobles de Angie Dickinson. Por supuesto, aunque ahora mismo no recuerde sus nombres, terminé por

enamorarme, de ambas. Me era imposible concebirlas por separado. ¿Qué habrá sido de ellas? Allá donde ejerzan su ministerio de dar inmenso placer al prójimo, que los dioses las bendigan. Fui tan feliz esos días en Lanzarote que estuve a punto de suicidarme para perpetuar aquel éxtasis y así nunca descender de la cima del placer. Valga la hipérbole poética.

Una tarde, volví pronto con mis chicas después de haberlas llevado de compras al pueblo de Teguise. Dimitri, además de proporcionarme vestuario y complementos de las marcas que se pueden llevar, me había puesto en las manos una Visa platino para gastos y caprichos cuando no estuviera con él.

Al entrar en la villa interrumpí una bronca que sucedía en la mesa de comedor situada cerca de la piscina. Dimitri y el primo Iván discutían sin levantar apenas la voz con tres tipos, españoles. Por lo que pude oír en el momento, se trataba de una divergencia sobre la construcción de unos bloques de apartamentos.

Me acerqué a ellos, no sé por qué. Interrumpieron la disputa, guardaron las formas y Dimitri me presentó a los invitados. Eran: Cosme Orihuela, un mafioso local —me enteré después—, el cacique de la isla; Nacho Tinajo, concejal de urbanismo del Ayuntamiento de Arrecife, la capital; y Jesús Argamasilla, constructor, que no podía disimular su alteración y era con quien más enconados estaban los primos rusos.

Iba a tomar asiento con ellos, pero Dimitri me dijo:

—Pacho, ¿por qué no nos preparas en el bar del salón una ronda de tus famosos *dry martinis*? Les he hablado a estos amigos de lo bien que los haces y están deseando probarlos. No te des prisa, tómate todo el tiempo que necesites y un poco más. Anda, haz el favor.

Dudé si prepararlos o pasar olímpicamente e ir con las chicas al *jacuzzi*. Opté por las burbujas con sirenas. Seguro que nadie reparó en mi ausencia ni en la de los *dry martinis*.

A Dimitri lo encerraron en Salto del Negro, cuando lo conocí, tras detenerlo la poli judicial en Lanzarote, donde el juez que dictó la orden de busca y captura consideró que se daban los suficientes indicios de que el interfecto había cometido directamente, o por persona interpuesta, varios delitos de extorsión, amenazas de muerte y cohecho. Fue el mismo juez que después dictó el auto de

prisión y que más tarde soltó a Dimitri por considerar que no había pruebas para instruir el sumario. Al final, el que fue procesado por prevaricación y cohecho fue el juez.

Unos días después de la bronca en el chalé, leí en un periódico local que el constructor Jesús Argamasilla, que tenía un juicio pendiente por fraude en la calidad de los materiales empleados en la construcción de un inmueble, había aparecido ahogado en la desolada playa de Famara, al norte de Lanzarote.

Se considera que la burbuja inmobiliaria que desorbitó el precio de los pisos en toda España ha sido formada en buena parte por la mafia rusa y la Camorra de Nápoles, que así han blanqueado ingentes cantidades de dinero negro. Y también por la ´Ndrangheta calabresa, la mafia más desconocida y poderosa, que sirve de intermediaria entre todas las organizaciones criminales del mundo y es la de mayor ferocidad. «Demasiados mafiosos por todas partes».

El tiralevitas del *maître* dio a probar el champán a Dimitri y después de que este diera el visto bueno, nos sirvió. ¡Cómo es el Dom Pérignon! ¡Qué logro de la civilización y de la búsqueda del placer refinado! Tiene tanto cuerpo, presencia y personalidad que sirve a la perfección para regar una comida completa, por variada y compleja que sea. ¡Y cuánto más se disfruta cuando se bebe así, por el morro, sin pagar su doloroso precio! Aunque me estropeaba un poco el trago que quien pagara aquella botella y todo el resto de mi artificiosa vida muelle fuera al parecer el crimen organizado, tampoco se aguaba mi placer hasta el punto de rehusarlo. El desencanto que conlleva la experiencia de la madurez —la antesala de la senectud— y ser consciente de que todo es mentira, me han convertido en un cínico, no tanto que me dé igual todo, pero sí lo suficiente como para permitirme en aquel momento un cómodo refugio en ese «al parecer», blindado frente a los abrelatas de los ataques de escrúpulos. No recapacitar no duele. Mi sentido de la ética es tan elástico como un liguero de Dior.

Dimitri adora el Dom Pérignon. Es lógico y cabal. En comparación con las marcas de champán que he bebido durante los periodos boyantes de mi vida, como Möet Chandon, Veuve Clicquot, Henri Abelé, Ruynart, Deutz o Mum, el Dom Pérignon es como el caviar de esturión respecto al rojo de salmón o como una suntuosa ostra de Ostende frente a una birria de Arcachon.

Por cierto, un par de camareros trajeron las dos primeras docenas de ostras. Perfectas, de tamaño medio, las que prefiero. Grandes tienden a la bastedad —me recuerdan los labios vaginales mayores de la pánfila Mari Puri Calzachotos; abrigaban— y pequeñas, a dejarte insatisfecho: medio polvo.

Dimitri no llega a las cotas pantagruélicas de famosos comedores de ostras como Brillat Savarin, Dumas o Balzac, que como aperitivo se despachaban una gruesa de ostras —también lo hacía mi antiguo y obeso amigo Julito Currutaca, y después se quejaba de dispepsia—, es decir, una docena de docenas, ciento cuarenta y cuatro moluscos. Pero sí la mitad. Acaba con seis docenas sin problemas. Yo, con dos voy muy bien servido.

—Las he olido personalmente, una por una. Cómalas tranquilo, jefe, que son de toda confianza —dijo el gato Pepe casi genuflexo y con una sonrisa tan postiza como el pelucón y la mayor parte de la piñata que exhibía.

No me hizo mucha gracia imaginar el boniato que tenía por napia aquel cantamañanas lameculos olfateando de cerca, como un cerdo buscador de trufas, mis doce bivalvos.

Por fin, el cargante felpudo se fue y nos dejó comer tranquilos.

Durante su segunda y tercera docena, Dimitri me contó la historia de quién le descubrió las ostras y le enseñó a venerarlas como el manjar supremo.

—Fue mi tío Vladímir Fiodórovich Burdovski, el hermano mayor de mi madre. Que ambos descansen en paz en la tierra rusa.

»El tío Vladímir era lo que se llama en ruso un *vorzakonye*, un ladrón de ley; un príncipe de ladrones respetado por todos. Llevaba tatuada en la base del cuello la estrella, el máximo distintivo en su oficio. Y además era el hombre más cariñoso y encantador que he conocido. Y el más generoso. Le quise tanto como a mi padre. Y él a mí como a un hijo. También le tuvo mucho cariño al primo Iván, aunque no fuera de su familia.

»Cuando no estaba cumpliendo pena en la cárcel, lo cual no era a menudo, pues solían alojarlo cada dos por tres en un conocido hotel de Moscú que se llama Matróskaya Tishiná, que significa “silencio marinero”…

—Extraño nombre para un penal.

—Es porque antes de que lo construyeran había en la misma

calle un hospital para marineros. Bueno, como te decía, cuando soltaban a tío Vladímir de Matróskaya Tishiná, siempre venía a casa a verme y me traía regalos sorprendentes, fascinantes para un chaval.

—¿Por ejemplo?

—Pues… Por ejemplo, él me regaló mis primeros soldaditos de plomo.

Dimitri tiene una gran colección de soldados de plomo, parte de ella en Navarra y el resto en su palacio de Moscú. Le encantan. Asegura que vuelve a sentirse un niño con sus soldaditos. Por la cara que pone cuando los contempla y recoloca, podría ser cierto.

—Recuerdo que el primero que me regaló era un cosaco del Don, con uniforme de la Primera Guerra Mundial y el fusil terciado a la espalda, que lleva de la brida a su caballo blanco. Está muy bien hecho y muy bien pintado. Es precioso. Por supuesto, todavía lo conservo. En un lugar de honor. Ya te lo enseñaré.

Además del llavero talismán semoviente —la pata de conejo— que me quería hacer creer que era yo para él, y de otro fetiche que enseguida contará él mismo cuál es, a cuenta de la historia del tío Vladímir y las ostras, Dimitri suele llevar siempre en el bolsillo un soldadito de plomo de su impresionante colección. Tiene la costumbre de sacarlo —uno diferente en cada ocasión— durante las reuniones de trabajo, lo pone sobre la mesa y juguetea con él distraídamente mientras negocia con la dureza de Shylock. Al malcarado turco de Berlín a quien vendió el restaurante Kraken, le colocó delante un jenízaro de la guardia del Gran Turco al que fue dando golpecitos para derribarlo y volver a ponerlo de pie. Dudo si su compatriota de carne y hueso captó la sutileza, pero le ponía ostensiblemente nervioso el trajín de Dimitri con la figurita mientras hablaban.

Al soldadito de la bronca de Lanzarote con el constructor que después apareció ahogado apenas me dio tiempo de verlo, pero por la guerrera roja, el fusil Martini Henry y las cartucheras y el casco colonial blancos, juraría que era un soldado de infantería británico que podría haber participado en la batalla de
Rorke’s
Drift, cuando la guerra contra los zulúes.

—Pues bien —prosiguió Dimitri tras hacer desaparecer una ostra

en sus fauces a una velocidad pasmosa; yo creo que las engulle, como una aspiradora—, en una de esas visitas, aprovechando que mi padre no estaba, tío Vladímir nos invitó a comer al primo Iván y a mí. Es que mi padre, que era su cuñado, se llevaba muy mal con él. El camarada Leonardo, siempre tan recto, tan serio, tan eficiente funcionario y tan leal al Partido, lo consideraba una pésima influencia para mí y pensaba que nada bueno podía enseñarme. No sé si todo lo que me enseñó, que fue bastante, era bueno o malo, pero desde luego te puedo asegurar que me ha resultado útil a lo largo de la vida. Y mucho.

»Era el año 1969, la época de Brézhnev.

—Hombre de rigurosa fealdad. Un perrazo bóxer con dos escobones por cejas.

—Cierto. Cargas razón. Yo tenía por entonces catorce años, igual que el primo Iván. Mi madre había muerto ya, hacía tres años, antes de cumplir los cuarenta, de un cáncer extendido que la mató en menos de un mes desde que se lo descubrieron. Lo raro es que no muriera antes, con el espantoso trabajo que le había tocado en el paraíso proletario socialista. Era una obrera especializada, una operaria de altos hornos siderúrgicos, donde se fundía el hierro necesario para obtener el buen acero soviético —¿es necesario anotar que lo dijo en tono irónico?—. Mi madre, que se llamaba Nadiezhda Fiodórovna, trabajaba con una brigadilla dentro del alto horno cuando tocaba cambiar por desgaste el revestimiento interior de ladrillos refractarios. Hacía su labor en unas condiciones de toxicidad asesina. Como un alto horno nunca se puede apagar del todo, porque se estropearía, mi madre y sus compañeros trabajaban allí dentro a una temperatura de setenta grados centígrados, quitando y poniendo ladrillos a toda la velocidad que les permitía el insoportable calor, la falta de aire y los, cómo se les llama… Los miasmas, los miasmas mortales que respiraban sin ninguna clase de protección.

»Me acuerdo mucho de ella —dijo con tristeza—. Mi padre no volvió a levantar cabeza después de su muerte. Hasta que lo ha olvidado todo, incluso quién es.

»En fin. Que siempre me voy por las ramas y luego no sé de qué hablaba en realidad —alegró la cara y vació la copa—. Tío Vladímir nos llevó aquel día a comer a un restaurante muy clandestino

situado en el sótano de una casa que estaba bastante cerca de la plaza Lubianka, ya sabes, donde está el edificio del
KGB
, que ahora es del
FSB
, que viene a ser lo mismo. Sopa de letras sin más. Se decía entonces que el edificio de la Lubianka era el más alto de la Unión Soviética, pues desde el sótano se veía hasta Siberia. De hecho, mi tío nos dijo que seguramente el dueño de aquel restaurante clandestino era del
KGB
, como bastantes de los comensales que allí se ponían las botas con productos decadentes y burgueses, como champán, *armagnac* y *foie*. Solían tener ostras, muy difíciles de conseguir entonces en Moscú.

»Pidió ostras. Nos dijo que ya era hora de que probáramos una de las dos mejores cosas que un hombre puede llevarse a la boca: una buena ostra y un buen coño —volví a rememorar el pavo de Mari Puri; algo me retumbó por ahí abajo—. Lo segundo, también se encargó él de que lo catáramos —Dimitri miró al vacío y sonrió con nostalgia—. Decía que con los coños pasaba como con las ostras, que no hay dos que sepan igual.

»Era un fuera de serie el muy ladrón.

»Al principio, como a casi todo el mundo, las ostras me dieron asco. No quería meterme en la boca aquella especie de grumo con babaza. Pero pronto aprendí a dejarme de bobadas y disfruté de ese incomparable sorbo de mar que es masticar una ostra viva y tragártela. Sin embargo, el primo Iván no tuvo problemas para apreciarlas: le encantaron desde el primer bocado.

»Mi tío nos llevó varias veces a comer a aquel sitio. Y siempre comenzábamos con el ritual de las ostras. Tres o cuatro docenas para cada uno, con Moët Chandon. Fue allí, por ser incapaz de dejar tres ostras, donde encontró su fin.

»Un policía, el inspector Virginski, tenía un odio personal a tío Vladímir. Oí tiempo después que era porque mi tío había tenido alguna historia con su mujer. Seguramente una leyenda más, de las muchas que se contaban en Moscú del famoso *vor*.

»Aquel día yo comía a solas con mi tío. El primo Iván se había quedado en casa porque estaba enfermo, no recuerdo de qué.

»Cuando tío Vladímir y yo estábamos terminando nuestras sendas terceras docenas de ostras del Báltico, el dueño se acercó a toda prisa para comunicarnos que el inspector Virginski se acercaba corriendo por el patio interior de la casa, pistola en mano y al frente de sus hombres. Alguien le había delatado. En un minuto estarían en el sótano. Tío Vladímir tema el tiempo justo para escapar por la escalera de la cocina, que daba a un callejón que comunicaba con la calle. Mientras la bofia entraba, él saldría.

»Tío Vladímir se puso en pie al instante. "¡Corre, tío, deprisa!", le dije yo. Pero antes de huir, miró su bandeja de ostras. Todavía quedaban tres. No pudo evitarlo. Se las comió. Mejor dicho, las engulló. A toda velocidad, pero empleando en devorarlas un tiempo precioso. Le reñí, muy asustado, pero no me hizo caso. Con la última en la boca, me dijo: "Adiós, Mitia (él también me llamaba Mitia, como el primo Iván). Nunca hagas lo que acabo de hacer yo". Y se fue corriendo.

»El inspector Virginski irrumpió en el comedor a los diez segundos. Le seguían tres polis, también de paisano, todos con la Makarov en la mano. Virginski interrogó con un movimiento de cabeza al dueño del restaurante, quien señaló hacia la cocina sin dudarlo. Dos años después recibió su merecido. Él era el delator. Jugaba a todas las bandas.

No me atreví a preguntar a Dimitri si fue él quien dio su merecido al dueño del restaurante. Intuí que sí y que ese fue su primer asesinato, por venganza, a los dieciséis años. O no, y de hecho resulta que jamás ha matado a nadie con sus manos. Aunque sí haya ordenado muertes, ejecuciones, eso parece bastante claro. Pero como dije, con Dimitri jamás se sabe del todo nada y nunca se está seguro de algo o de su contrario.

—La jauría salió tras la presa. Oí tres disparos que venían del callejón, donde cayó muerto tío Vladímir. No me dejaron verlo. Uno de los malditos perros que lo mataron dijo que todavía tenía la última ostra en la boca.

—Es toda una historia.

—Lo es.

Dimitri hurgó en uno de los bolsillos interiores de su americana y extrajo una concha de ostra —la valva cóncava—, que sostuvo en la palma de la mano mientras la miraba pensativamente. Me

recordó a una suerte de Hamlet con una variante un tanto radical del cráneo de Yorik.

No se notaba la vejez de la valva, sus treinta y ocho años de antigüedad. Bien podría creerse que habían abierto esa ostra junto con las que estábamos comiendo. El nácar continuaba blanco y brillante.

—Esta es la concha de la última ostra que comió mi querido tío Vladímir un instante antes de que lo mataran por la espalda. La que se le quedó en la boca y no le dio tiempo a tragar.

Como si hubiera adivinado mi anterior pensamiento, comentó:

—No se le notan los años. Parece reciente. Sin embargo, es curioso —pasó un dedo por el borde irregular de la valva—, con el tiempo el borde se ha hecho más fino y se ha afilado. Como un cuchillo.

Volvió a guardarla en el bolsillo y se comió su ostra número treinta y seis.

—La llevo siempre conmigo para recordar la última enseñanza de tío Vladímir, la que él no siguió y le costó la vida. Para tener siempre presente que cuando toca huir para salvar el pellejo no hay que demorarse ni un segundo, ni por nada ni por nadie.

—¿Sin excepciones?

—Sin excepciones. Esta regla no admite ni una excepción que confirme la regla. Los que te persiguen tampoco la van a hacer contigo.

»Por eso no hay que aferrarse demasiado a nada, por valioso que sea. Todo es superfluo. Las mortajas no tienen bolsillos.

»Ni tampoco hay que depender sentimentalmente de nadie hasta el punto de que ese amor te haga dudar y te bloquee cuando hay que reaccionar rápido. O que te destruya si muere. O si lo matan, precisamente para eso, para destruirte.

—¿Por eso no tienes hijos?

—A veces, Pacho, podría creerse que no eres más que un chisgarabís y un chorrilla. Pero debajo de ese camuflaje hay un chico listo.

Me sentí muy a gusto durante esa comida. Valoré que Dimitri me hubiera contado aquella historia, importante y personal, y la enseñanza que le reportó, aunque también me pusiera en guardia ese código de frialdad inhumana; su dureza de corazón. Pero el

halago terminó de conquistarme: soy susceptible a su poder seductor cuando detecto que es sincero y no huera adulación.

—Así que no soy solo una cara bonita —bromeé.

Dimitri me rio con ganas la ocurrencia y, sin dejar de hacerlo, levantó la mano en demanda de atención. El *maître* acudió presto, inclinó la innoble cabeza y puso tiesas las orejas para mostrar la máxima entrega y actitud expectante. Solo le faltó sacar la lengua y jadear.

—¿Todo está a su gusto, jefe?

—No, Pepe, la verdad es que no —Dimitri podía pasar de la carcajada a fingir una seriedad sepulcral en un tris—. Estas ostras son una puta mierda. No me explico cómo has tenido el valor y la poca vergüenza de servírmelas. A mí. Es una falta de respeto, un insulto. Fuera de mi vista. Estás despedido —se lo dijo todo con calma, en voz baja y sin tono de enfado, lo cual contribuyó a la eficacia y sorpresa del rapapolvo.

Al alfombrón se le desplomó la mandíbula, se le cayeron las pelotas al suelo y rodaron por debajo de la mesa.

Disfruté.

—¡Pero por Dios, don Dimitri! ¿Qué me está usted diciendo? ¡Si no puede ser! ¡Si las he olido una por una!

Se le daba bien al gato Pepe el tono llorón de plañidera. Con el amago de llantina se le escapó la pluma.

—Sí, ya lo has dicho antes. Una por una —continuó, sepulcral, Dimitri—. Que es broma, hombre. Has picado. Están buenísimas —pero también lo dijo serio.

Pepe se puso verdoso y rompió a sudar. Con mucho esfuerzo consiguió dibujar una mueca a modo de sonrisa.

—¡Hay que ver! Qué cosas me hace usted, jefe, ¡qué bromista!

—Eres un pardillo, Pepe.

—Y usted un diablillo, jefe.

—Eres un pelota, Pepe.

—Qué va, jefe. La pura verdad es que a toro pasado ha tenido su gracia.

—¿Tú crees? Anda, anda. Tráeme una docenita más y otra botella, haz el favor.

—Usted sí que sabe, jefe. ¡Marchando al momento otra docena imperial!

A pesar de que Pepe era un servil y un felpudo que parecía estar pidiendo que le apagaran las colillas en la mano, no me gustó esa prepotente prolongación de la chanza. Es muy fácil humillar y burlarse de alguien que está claro que tragará lo que le echen para conservar su puesto de primer lacayo.

Dejé de disfrutar.

5

El lacónico primo Iván

La luz se me encendió en Chez Moncelet, el restaurante marisquería de Dimitri en la Rue Rivoli de París, cerca del Louvre. Un local céntrico —*le coeur du monde!*—, chic y de *qualité*. Caro, por supuesto. Exclusivo. Allí, el gato Pepe habría estado tan fuera de lugar como el caníbal de Rotemburg en un congreso de vegetarianos granívoros.

—*Huîtres pour Dimitri!*

Hasta para la exclamación ritual tenían los camareros más clase y gracia.

En México llaman ostiones a las ostras. Allí, el grito en cuestión sonaría decididamente agresivo a oídos españoles.

Pues sí, en Chez Moncelet prendió la bombilla de la asociación de ideas, el chispazo de la inteligencia, la posibilidad de dar una salida honorable a mi extraña y precaria situación a expensas del imprevisible Dimitri Urroz.

Su última broma pesada fue en Berlín —esa ciudad a la que, según el malévolo Philip Roth, nadie va voluntariamente al cien por cien—, cuando visitábamos el impresionante macromonumento al Holocausto, erigido entre Brandenburger Tor y Potsdamerplatz, que consiste en un sobrecogedor cementerio laberíntico formado por dos mil setecientos once ortoedros de hormigón gris de distintos tamaños y alturas. Sin que me diera cuenta, mientras recorríamos el gran laberinto, me pegó en la espalda del abrigo una esvástica nazi del tamaño de una hogaza de pan para familia numerosa. Así que yo no entendía nada cuando algunos berlineses comenzaron a insultarme en su inextricable lengua y una señora se animó a

arrojarme el contenido de su cesta de la compra que, tratándose de una alemana, incluía dolorosas patatas.

Mejor volvamos a París —mi ciudad, junto con Londres, a pesar de los estirados aborígenes de ambas—. Es evidente que un escenario lujoso y de buen gusto potencia mi capacidad de pensamiento. El hallazgo mental fue delante de unas espléndidas ostras normandas servidas al estilo tradicional: abiertas sobre un lecho de hielo picado y con el único acompañamiento de cuartos de limón. Utilizo solo un par de gotas cítricas, lo mínimo, para comprobar por su contracción ante el ácido que el animal —la ostra, el mejor animal de compañía, según Julito Currutaca— está vivo. Prefiero aliñarlas siempre a la francesa, al gusto de la Normandía, con una pizca de pimienta blanca recién molida.

En el Dodeskaden, un refinado restaurante japonés de Madrid, sirven las ostras con un toque de *wasabi* auténtico, que es en polvo, y no esa plasta verde pistacho hecha a base de rábano picante que suele acompañar al *sushi* y *sashimi*.

En los restaurantes de Dimitri las ostras se servían a la manera clásica. Él no las había comido más que de este modo esencial y en groseros escabeches, adecuados en la época del Imperio romano, cuando Apicio inventó una tosca técnica que consistía en freír las ostras y torturarlas en un largo baño de vinagre para que burlasen el transcurso del tiempo, es decir, su rápida descomposición. Una ostra en malas condiciones puede ser tan expeditiva como una bala entre ceja y ceja. Las que no están cerradas cual puerta de serrallo, hay que eliminarlas.

Fue reparar en la austera desnudez de las ostras en todos los restaurantes de Dimitri lo que me dio la idea. Resultaba evidente para quien sabe de gastronomía creativa, *comme moi*. A veces, tenemos justo delante de los ojos el reclamo —en este caso, para mí, por contraste— para poner en marcha la rotativa del ingenio y no nos damos cuenta, permanecemos en la inopia hasta el consabido «¿y cómo es posible que no se me haya ocurrido antes?».

Desde luego, me había centrado en el intento de dar con una buena idea hacía ya tiempo, desde antes del comienzo del viaje, aunque sin resultados hasta ese feliz momento en Chez Moncelet. La certidumbre de que algo tenía que hacer, y pronto, se me presentó de modo diáfano después del diálogo que conseguí mantener, no sin

esfuerzo, con el lacónico primo Iván en Lanzarote.

Gozaba precisamente aquella mañana en la isla de la relectura de ese inmarcesible clásico que es *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, de Edward Gibbon, recostado en una tumbona, a la sombra de una palmera de tronco corto que estaba plantada cerca de la piscina, mientras tomaba el *dry martini* de las doce y media y de vez en cuando posaba la mirada sobre la magnífica vista del océano que disfrutaba desde allí. Solo podía dar la razón a Paul Valery: «*La mer, la mer, toujours recommencée*». Ni tan mal. Como para firmar un contrato de inmortalidad allí mismo.

Leer alta literatura al aire libre, debajo de una clemente palmera, mientras escuchas el rumor de las hojas movidas por el viento y percibes la luz del sol tamizada por el verde filtro, es uno de los grandes placeres de la vida. No siempre se necesitan placeres costosos o complejos para ser un buen cultivador del hedonismo.

Me acordé de la concha de ostra afilada por los años que lleva siempre Dimitri consigo al leer lo que refiere Gibbon sobre el asesinato de la matemática y astrónoma Hipatia de Alejandría a manos de un grupo de cristianos fanáticos que, no contentos con descuartizarla, rasparon «la carne de sus huesos con cantos agudos de conchas de ostras».

Iván Ivánovich Korol, vestido con una de sus hirientes camisas a cuadros —tenía una colección de manteles completísima—, mataba el tiempo con un menester que correspondía a la servidumbre. Pasaba un cedazo por la superficie del agua para retirar los hierbajos y bichos que habían caído a la piscina. Que ocupara un rato de ocio en esa anodina labor decía mucho de su imaginación e inquietudes intelectuales. Aunque pronto pude comprobar que de tonto no tenía ni un pelo.

Durante la faena de limpieza, la brisa le levantó uno de los faldones del mantel y dejó al descubierto la culata de una automática que llevaba metida con dificultad, por la pugna con la panza, en la cintura del pantalón vaquero.

El primo Iván salía siempre bien abrigado. Cuando con el tiempo nos caímos algo mejor —intimar sería una palabra excesiva tratándose de tan granítico señor—, me enseñó de qué modo. La pistola era una Beretta M9 —la misma que utiliza el ejército norteamericano—, con cargador para quince cartuchos de nueve

milímetros. Bien oculto en una funda tobillera, llevaba un revólver, un pequeño Smith & Wesson modelo Horton Special, de cañón muy corto, setenta y seis milímetros, pero grueso calibre 44. Dos buenas máquinas de hacer agujeros. Y como arma blanca, un cuchillo de apertura automática de ancha hoja, terrible punta curvada y parte del filo en sierra, que guardaba en uno de los bolsillos traseros del pantalón. Y algo más.

Como a la mayoría de los rusos, al primo Iván le gustaba el oro; los complementos y las joyas de oro. No tenía un Dupont, como Dimitri, porque no fumaba, pero sí llevaba de oro el reloj, una hortera cadena tamaño calabrote al cuello, en el dedo meñique una voluminosa sortija con un rubí engarzado y un bolígrafo Cross en el bolsillo del pecho de la camisa mantel.

El bolígrafo no era un Cross. Ni siquiera era un bolígrafo. Tenía mayor longitud y, al pulsar el extremo superior, emergía automáticamente, por la punta de amplio diámetro, una gruesa aguja de acero de un palmo de longitud. Imaginé al primo Iván poniendo esa inyección definitiva en un cuello o un ojo y me agitó un escalofrío.

Si con Dimitri nunca las tenías todas contigo y no sabías a qué atenerte, con el primo Iván sucedía algo semejante, aunque articulado de otro modo. Ambos primos se asemejan, no solo físicamente. Supongo que tiene que ver, tanto como con el parentesco, con el hecho de que son amigos desde la infancia y, como ya dije, crecieron juntos en las calles de Moscú. No obstante, el primo Iván me parecía en todos los sentidos un burdo remedo de Dimitri. Por eso su lugar era el del eterno segundón.

Un detalle más que consigna la jerarquía entre ambos. Los dos llevan en la muñeca relojes marca Rolex del mismo modelo Oyster; pero mientras que el de Dimitri es de platino, el de Iván es de oro, como indiqué. Por cierto, lo de los Rolex me recuerda la desproporcionada gracia que le hizo a Dimitri el clásico chiste bilbaíno de las setas y los Rolex. Él me había contado el del millonario ruso que considera gilipollas a su colega porque ha pagado el Patek Philippe más barato pudiendo haberlo comprado más caro. Correspondí contándole el de las setas y los Rolex, chiste que se considera paradigma del carácter chulesco y desprendido hasta el despilfarro del prototipo bilbaíno.

Van dos de Bilbao por el monte, recogiendo setas. De repente, uno de ellos se agacha y exclama:

—¡Hostia! ¡Un Rolex!

El otro cabecea disgustado, mira a su compañero con aire condescendiente y le dice:

—Julen, un poco de seriedad. ¿A qué estamos? ¿A setas o a Rolex?

Al principio el primo Iván se mostraba hosco, distante y había que sacarle las palabras con tenaza. Después, también.

El primo Iván es el consejero de Dimitri. Es algo poco habitual el que a su edad ocupe ese cargo de confianza. En la mafia rusa los consejeros, los *sovetnik*, suelen ser hombres bastante mayores, en muchos casos septuagenarios.

El tipo imponía. Intuí que su frialdad y aparente punto de hervor alto era la contraposición de reacciones, sin que mediara transición alguna, de rápida y absoluta violencia.

Nunca vi al primo Iván sin camisa y por tanto no pude apreciar sus tatuajes de mafioso. Solo se le veía uno porque lo tenía en el antebrazo. Era una cabeza de gato, la cual indica que es mejor no meterse con su portador.

Allí estábamos. Él sacando mierdecillas del agua con su cedazo y yo con Gibbon y mi cóctel debajo de la palmera. Cada uno a lo suyo, pasando del otro. Universos paralelos sin tangencia posible. Pero era el único al que podía intentar sonsacar algo. Porque si el primo Iván era parco, Josu Aingeru y Kepa Mikel, los dos guardaespaldas —que nos acompañaron a Dimitri y a mí como sombras silentes en el periplo europeo por los restaurantes—, los monjes etarras, eran el paradigma del autismo. Nunca les oí pronunciar palabra. Hablaban solo entre ellos, cuchicheando brevemente casi a escondidas, lejos de los demás, y acataban las órdenes con hierático mutismo. A saber qué concretas piezas de artillería llevan esas dos silenciosas fieras en las bolsitas de cuero colgadas del hombro que forman siempre parte de su equipamiento.

¿Cómo pasaron armados Josu Aingeru y Kepa Mikel —rebuscados nombres entre lo rupestre y la cursilería— los estrictos controles de aeropuertos como Heathrow, Tegel o Charles de Gaulle? Muy fácil. No pasándolos. Despegamos y aterrizamos en pequeñas pistas de empresas e incluso en carreteras desiertas y bien

asfaltadas. Volábamos de una ciudad a otra en un pequeño *jet* privado, un Cessna Citation con capacidad para seis pasajeros, sobre el que Dimitri no quiso responderme si era de alquiler o de su propiedad.

Apuré el cóctel, dejé el libro, me armé de valor y fui a donde el primo Iván. Merodeé a su alrededor, observando la mar de interesado sus maniobras con el cedazo.

—Hay que ver la de cosas que caen en la piscina, ¿eh? Y eso que hoy no hace viento, que si hiciera… Seguro que peor… Más cosas —dije como un memo. Una manera estupenda de intentar romper el hielo. Mejor que el Endurance, el barco del obstinado Shackleton en la Antártida.

—¿Qué se le ofrece, señor Murga?

—¿Qué te parece si nos tuteamos?

—Si quiere, puede tutearme usted.

—No le caigo bien, ¿verdad?

—Lo cierto es que no me lo he planteado, señor Murga. Es usted un invitado de Mitia, del señor Urroz, quiero decir. Con eso me basta.

El primo Iván es una desesperante mezcla de orgulloso moscovita borde —valga el triple pleonasmo— con esa despectiva y distante altanería disfrazada de lealtad, eficiencia puntillosa y extremo sentido de lo servicial de un mayordomo inglés.

—Precisamente de eso quería hablarle, si me lo permite…, señor Korol.

Aproveché el mínimo resquicio para colar la punta de la palanqueta. Iluso de mí. La pared era lisa y sin grietas.

—¿De qué, señor Murga?

Estuve a punto de gritar por ansiedad. El cabrón del primo Iván permanecía con la mirada fija en el cedazo y una expresión tan seria que los pájaros, asustados, huyeron de los árboles del jardín.

—Pues de mi situación aquí. De ser eso, un invitado de Dimitri tratado a cuerpo de rey y en principio sin fecha de despedida.

—Todo tiene fecha de despedida. Y de caducidad.

Vaya. Era un filósofo de sobremesa.

—Ya me entiende —resoplé.

—¿Acaso no le agrada su situación?

—Sí, claro que sí. A quién no. Y más en un momento tan difícil

de mi vida; tan precario. Pero no sé por qué lo hace. Qué pretende de mí.

—Nada. Ya se lo dijo. Le está agradecido porque le salvó la vida en la cárcel y considera que usted le da suerte.

—Vamos, Iván, por favor. Eso de la suerte no se lo cree nadie.

El primo Iván sacó el cedazo del agua. Lo puso de pie, lo sostuvo como si fuera un centinela con lanza y por fin me observó. Era la primera vez que me miraba de frente, a los ojos. Tenía unos ojos marrones de mirada fría y apagada, pero en absoluto dormida. Una mirada de profunda, larga e irremediable tristeza, propia de quien enterró los sentimientos y toda esperanza hace mucho.

—Él sí, señor Murga. Como todo jugador es supersticioso. Y voluble.

Fuimos a casinos en todas las ciudades que visitamos. En Berlín, Dimitri batió el récord y perdió en una sola noche cerca de cincuenta mil euros. Sin embargo en Londres, donde íbamos ganando unas diez mil libras a la ruleta, decidió que nos marcháramos del casino en plena buena racha.

—No le busque tres pies al gato —prosiguió el primo Iván—. No quiere utilizarlo a usted para nada, o más o de otro modo de lo que ahora hace.

—Yo… No me malinterprete. No soy un desagradecido, todo lo contrario. Pero reconocerá que tanto agradecimiento no es habitual.

—Nada en Mitia es habitual. Pero, como le digo, no se preocupe —le faltaban todavía unos kilómetros para llegar, pero la actitud del primo Iván hacia mí comenzaba a ser próxima a la afabilidad—. No tiene ningún plan oculto para usted, ni lo va a usar de cabeza de turco, ni para un complot, ni de bomba humana, ni nada por el estilo.

Lo de bomba humana no se me había ocurrido. Me aterró.

—¿Me dice usted la verdad, Iván? ¿Puedo creerle?

He de admitir que a veces rozo el patetismo, por no decir que colisiono con él. Iván no se aprovechó de mis preguntas panolis para contestarlas con sarcasmo. Tenía cierto interés en que le creyera, lo cual no era el mejor método para disipar mi desconfianza.

—¿Para qué iba a mentirle? Por otra parte, no crea que es usted el primero en gozar de esta situación de agasajado. Antes que usted

ha habido otros protegidos, otros talismanes, incluso mujeres.

—¿Y qué pasó con ellos?

—Nada. Que cuando se cansó de su compañía, los echó. Como le dije, el señor Urroz es voluble. Cuando usted deje de divertirle o de entretenerle, lo despedirá.

—¿Y eso suele ser pronto?

El meollo de aquella conversación era surrealista.

—No hay plazo fijo. Algunos duraron bastante. Otros, poco. Eso sí. Hubo uno que se puso tonto y terminó mal. Muy mal.

—Lo tendré en cuenta. Muchas gracias por tan instructivas, valiosas y aclaratorias explicaciones, amigo Iván. No le entretengo más y no le robo más tiempo.

—No hay de qué. No es nada. Por cierto…

—Sí, dígame.

—No vuelva a llamarme amigo. Nunca. La amistad para mí es algo muy serio y detesto que se utilice conmigo la palabra «amigo» con tanta frivolidad y falta de acierto.

—Usted perdone, no volverá a suceder —dije acojonado.

—Será lo mejor, señor Murga. Buenos días.

No creo que la declaración de intenciones de Gengis Kan a las puertas de Budapest de pasar a cuchillo a toda la población de la ciudad sonara más amenazadora que la advertencia del primo Iván.

Así pues, debía tener la habilidad de aportar a Dimitri algo especial, algo que le resultara necesario o muy atractivo, y cuyo suministro, manufactura o logro dependiera directa y exclusivamente de mí. Todo esto, suponiendo que el primo Iván me hubiese dicho la verdad. Intuí que sí. Tenía que convertirme en imprescindible para el mafioso ruso. Esa especialidad a mí debida, cuyo exitoso reconocimiento supondría enfilar un sugerente y realizador rumbo profesional y, sobre todo, el no tener que estar a expensas y al albur de las caprichosas veleidades de Dimitri, estaba delante de mis narices, textualmente: se encontraba en sus queridas ostras. Si de algo sé un montón es de cocina creativa. Descubrí a Dimitri un nuevo y sofisticado mundo gastronómico que, si se incorporaba a sus restaurantes marisquerías, haría que subiera la puntuación culinaria del aprobado actual al sobresaliente.

La primera perla del collar que iba a dar empaque y rango a la oferta de ostras se la ofrecí a Dimitri en Chez Moncelet. Le pedí que

volviéramos al día siguiente, a las horas muertas entre la comida y la cena, para hacerle una demostración en toda regla. Escogí para el debut una de las creaciones de mi malogrado amigo y genial cocinero Antón Astigarraga: la copa de ostras en gelatina con crema de limón y sorbete de Campari.

Soy un gastrónomo teórico, un *gourmet*. Mi habilidad en los fogones como cocinero es limitada, pero hoy en día, con los modernos robots de cocina —y el hábil ayudante que Dimitri puso a mis órdenes—, es relativamente sencillo trabajar unas láminas de gelatina, lograr una crema cítrica y cuajar un sorbete. El plato me salió bordado. Lo importante era el concepto. Como mejor está una ostra es cruda —aunque bien tratadas por un mago de la brasa no resulten nada desdeñables—. Acompañamientos como el amargo y alcohólico Campari establecen un contraste que realza y potencia el inimitable, intenso y genuino sabor de estos moluscos. Viene a ser lo que decía el fotógrafo erótico Helmut Newton, gran maestre de la logia fetichista. Afirmaba que una mujer desnuda resultará más desnuda si se sube a unos zapatos de tacón de aguja.

Juliette Pâteux, la chef de Chez Moncelet, una exuberante francesona algo rotunda, pero guapota, maciza como La Bastille y apetecible como una *mousse de chocolat* al ochenta y cinco por ciento de cacao, no me quitó ojo mientras oficiaba mi alquimia en los fogones y no disimuló en absoluto unos celos que, procedentes de tan exuberante y carnosa dama, ojalá hubieran sido de índole sexual en vez de profesional. Fantaseé con poseerla en la encimera de aquella cocina, en la que había sitio de sobra para que oficiáramos ambos. Puedo ser ambicioso, firme y resolutivo cuando algo me interesa, como era el caso, pero no es mi estilo quitarle a nadie su silla de debajo del culo para sentarme yo. A no ser que resulte imprescindible.

Dimitri se quedó boquiabierto con el plato. No sospechaba que el potente y saciante sabor de una ostra podía enardecerse con sabias conjunciones como el ingenuo corsé de gelatina, el acidulante toque de la crema de limón y la estilosa amargura del Campari. No fue la única perla de esa primera fase de la misión epatar: mejor una escopeta de dos cañones que una espingarda de un tiro.

A Dimitri también le gustaban mucho los percebes. Los servía en

sus restaurantes españoles de Madrid y Barcelona, pero en ninguno de los europeos a excepción de este de París, donde había conseguido que tuvieran cierta aceptación entre la clientela más cosmopolita.

Siempre me ha resultado curiosa e inexplicable la indiferencia ante el delicado y sabrosísimo percebe que se padece en casi toda Europa —no digamos ya en América—, incluso la total ignorancia sobre su existencia.

Completé mi exhibición en Chez Moncelet con un impactante *gelée* de percebes aromatizados con laurel y acompañados de un sabayón de jerez andaluz. Utilicé un fino Quinta que tenían en bodega.

Madame Pâteux se negó a probar el manjar. Dijo, con muy mal disimulada mala leche, que por oficio podía llegar a hervir esa especie de monstruos de otro planeta, pero de ahí a comerlos, mediaba un océano. Pobre mujer. Qué oscuridad mental, aún más decepcionante al estar albergada en tan suculentas carnes.

En Londres repetí la jugada y volví a dejar al jefe con la boca abierta.

—*Oysters for Dimitri!*

El precioso restaurante, situado en Great Chappel Street, en pleno Soho —cómo me gusta dar la ubicación de lugares con clase enclavados en calles emblemáticas de las grandes ciudades—, se llamaba The Spleen House y el chef era un británico, más feo que una vomitona de *fish and chips*, que no atendía al nombre de Tom Manhole porque era antipatiquísimo. En un momento de mi brillante demostración me susurró algo amenazador al oído que no me molesté en intentar entender.

Preparé en The Spleen House dos platos con ostras de espectacular creatividad en los que cobra especial importancia el medio líquido. Ambos se deben a Max Atabal, el magno chef del restaurante Can Capipota, de Sitges, un dos estrellas Michelin. Primero, unas ostras crudas semisumergidas en una audaz sopa de coco picante y acompañadas por unos pequeños arrecifes de cuscús de coliflor. Y segundo, aunque solo en orden de aparición, una sopa de ostras con zumo de espinacas y perejil, oporto blanco y unos filamentos de champiñones silvestres.

Por primera vez, Dimitri, que mantenía conmigo un trato muy

afable pero paternalista y condescendiente, me miró con auténtico respeto. La pata de conejo se había convertido en garra de tigre.

Guardé el as de oros para Barcelona, la última etapa del viaje. Era el mejor plato, pero el de más difícil preparación. La obra maestra de Astigarraga: sus famosas ostras crocantes sobre migas crujientes.

Pedí a Dimitri que nos alojáramos en Barcelona en uno de los lujosos apartamentos del ático del hotel Arts, dotado de cocina. Quería afrontar el desafío de las ostras crocantes —decidí prescindir de las migas para la demostración— en un ambiente tranquilo y a solas.

La dificultad radica en conseguir un empanado tan firme como sutil que sirva de aislante para preservar la crudeza de la ostra, que va envuelta en una hoja de espinaca, cuyo propósito es contener los jugos del lamelibranquio y aportar un toque de amargor vegetal. Una vez armada esta suerte de croqueta de alta cocina, se sumerge en aceite de oliva virgen a ciento ochenta grados durante veinte segundos, ni uno menos ni uno más.

Me salieron decentes, superables y desde luego alejadas del punto de perfección que conseguía Antón Astigarraga, pero dignamente comestibles.

A Dimitri le parecieron sublimes. Se las comió todas. Después, mandó subir ostras del restaurante y me tuvo preparando ostras crocantes hasta quedar ahíto.

—Es lo mejor que he comido en mi vida —aseguró—. Pídeme lo que quieras.

El corazón se me aceleró. Pero tenía el breve monólogo muy pensado.

—Gracias, Dimitri. Lo que voy a proponerte creo que es bueno para tus intereses, porque me comprometo a realizar un excelente trabajo al que voy a dedicarme en cuerpo y alma, como un sacerdocio —me estaba pasando con la capa de grasa y las reverencias, yo, que ya se ha visto que desprecio a los pelotas. Al grano, pues—: me encantaría ir incorporando estas creaciones con ostras, que tanto te han complacido, a las cartas de tus restaurantes, dando preeminencia a las ostras crocantes.

—Eso, por descontado. Las ostras crocantes en todas las cartas.

—Quiero trabajar para ti. Me gustaría que me asignaras el

puesto de inspector y asesor gastronómico de todos tus restaurantes, para velar por su calidad y para que estas sofisticadas novedades se realicen de un modo óptimo y encanten a la clientela.

—Me parece una excelente idea.

Comencé a realizar en la mente el baile chapoteante de Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia* y se me puso una incontenible sonrisa tipo teclado de piano, como la del gato de Cheshire.

—Y, si no es demasiado pedir —agregué con tiento—, me haría muy feliz que me permitieras establecer el cuartel general de mi actividad en París. Creo que sería muy conveniente hacer de Chez Moncelet el buque insignia de tu flota de restaurantes y, para poder conseguirlo, debería dedicarle una atención continuada y especial.

Dimitri cogió la última ostra crocante con la mano, se la metió entera en la boca, la masticó despacio y, con los ojos entrecerrados como muestra de suprema delectación, la tragó, suspiró, me miró, sonrió en tecnicolor y panavisión y me dijo:

—Concedido.

Segunda Parte

Animal de cresta roja recién comulgado y bebido o Cómo meter a quince navarros en un seiscientos

En Barro City, matar hombres era normal, pero comer niños era intolerable. *Ogre* Jim había devorado ya a tres inocentes.

ALEJANDRO JODOROWSKY y FRANÇOIS BOUCQ,
Bouncer

6

No creo en Dios ni en el Licor del Polo

—¡Cerdos, cabrones! ¡Un poco de cooperación, joder! ¡Hala! ¡Encima! ¡Qué bien! ¡Ahora se me amontonan! ¡Esto no hay quien lo aguante! ¡Que os vais a ahogar! ¡Me voy a cagar en Dios y en todo lo más barrido! ¡Putos gorrinos de mierda!

—Hijo, te ruego que evites las blasfemias y las expresiones malsonantes o, por lo menos, no las grites. Se me perturban las vacas y bastante penitencia tengo ya con intentar ordeñarlas cuando les da por estarse quietas.

—No me toque más los cojones, páter —el bicharraco del curita sabía cómo sacarme de quicio—. A mí también me hace la hostia de feliz dar de comer a estos jodidos marranos —no me reconocía a mí mismo; yo, que nunca he sido malhablado por considerarlo signo de rebajada vulgaridad, me había convertido en la niña de *El exorcista*—. ¡Hágalo bien, cojones! Coja la ubre con más decisión, no en plan fláccido, como cuando da la mano de pajillero a alguien. Imagínese que es la pichita de un chaval, eso le inspirará para un manoseo vigoroso.

—Que Dios te perdone tanta barbaridad y desatino, hijo, porque yo no pienso hacerlo. ¡So imbécil!

—Ande, Celes cabrón, ¡váyase a tomar por el culo!

Lo peor no era levantarse antes del alba para darles las cotidianas inmundicias —¡qué asco!; procuraba no mirar el nauseabundo contenido de los baldes— a la piara de cerdos. Lo peor era coincidir con aquella ameba, el maldito cura —que para colmo era del Opus Dei—, en el apestosísimo establo con cochiquera. La mera presencia de Celes cabrón hacía que aflorara lo

peor de mí y me despertaba la agresividad como si me hubieran dado a beber a espuertas el cóctel de los tercios de Flandes: vino con pólvora.

El despreciable cura —valga también este otro pleonasmo— tenía la obligación de ordeñar a las cuatro vacas antes de sacarlas a pastar. Mis plegarias a las fuerzas de las tinieblas, rogando que lo cornearan mortalmente, no daban resultado.

Terminé de soltarles la mierda a los marranos, que dominados por su gula bestial se pisoteaban, empujaban y aplastaban unos a otros, al tiempo que soltaban agudos gañidos que terminaban de enervarme. Una parte de los desperdicios les cayó encima de los lomos y las jetas. Mal asunto, porque podían morderse para no perder ni un ápice de bazofia, y de rebote yo me la cargaría. Estaban recluidos en un espacio tan exiguo que en comparación con la porqueriza mi celda comunal en Salto del Negro era una *suite* del Palace y olía a violetas.

Escapé del establo no sin antes despedirme de la criatura del Opus.

—¡Adiós, páter! Aproveche la coyuntura y compruebe lo que nos decía en el colegio un colega suyo un poco zoófilo. Que si le levantas el rabo a una vaca, lo que hay debajo es igual que lo de una mujer. Qué sensibilidad tenía el hijo de la gran puta. Claro que como usted es maricón…

—Piérdete de una vez por ahí, hijo.

—Y recuerde que la iglesia, cuando de verdad ilumina al pueblo, es al arder.

En el jardín, un enorme prado con la hierba bien segada, lleno de robles, hayas, higueras y flores, y rodeado por un muro de piedra de tres metros de altura, erizado de puntiagudos cristales, Yeltsin pastaba hierba. Para matar el tiempo hasta el desayuno, del cual también estaba yo encargado. Su dieta diaria se componía de dos o tres barreños de sopas de pan en vino tinto. Yeltsin es un asno hispánico común, especie protegida en peligro de extinción, a diferencia de la del cura. Está alcoholizado, el asno. El apropiado nombre se lo puso Dimitri.

Visité en Moscú el hermoso cementerio Novodiévichi, donde están enterrados muchos próceres rusos —me recogí ante la tumba de Chéjov—. El mausoleo de Yeltsin parece el monumento a la

resaca. Es una gran bandera rusa, formada por pequeñas teselas, en posición horizontal y ondulante.

Yeltsin tiene mal carácter. Quizá debido a las resacas. Es el único animal de compañía de la casa. Anda suelto por el jardín, a su aire. A los perros que hubo se los fue cargando a coces. No es conveniente pasar por detrás de su rabo cuando lo tiene quieto. Su especialidad es la coz doble. A mí me encanta el animalito porque una mañana cazó al cura; le metió una buena coz en el hombro. Se lo dislocó. El baboso sufría horrores y daba chilliditos de roedor. Yo le sugerí que ofreciera ese pequeño calvario por la conversión de China, por ejemplo. El primo Iván le sugirió que se tumbara en el suelo y le colocó el hombro en su sitio pisándoselo al tiempo que le daba un enérgico estirón del brazo. El agudo graznido de dolor del cuervo fue música celestial, puro Haydn.

Al pie de una higuera, Josu Aingeru y Kepa Mikel, los monjes etarras, daban el coñazo como todas las madrugadas. Tocaban la monocorde *txalaparta* casi desnudos, con sus partes pudendas solo cubiertas con escuetos *slips* negros —pensé en regalarles unos tangas con estampado de piel de leopardo; resabios del periodo gay—. Tras dar la tabarra con los palitroques durante media hora, procedían a azotarse mutuamente y con entusiasmo sirviéndose de unos atados de ortigas y arbustos espinosos. Cuando ya se habían puesto como nazarenos, completaban el rito de purificación y ofrenda a las voces ancestrales de los vascos atizándose una ducha de agua helada con la manguera. Era para verlo. Acojonante.

La hercúlea Consolación salió del corral en pos de un pollo que se le había escapado. Lo atrapó por el cuello tras un par de rápidos zigzags, lo enarboló por encima de la cabeza y le dio unas cuantas vueltas como si fuera a tirar con onda. Tieso. Empezó a desplumarlo allí mismo.

Y apareció el que faltaba. Venía de la casa: un impresionante caserío de piedra con planta cuadrada y tres pisos. Lo más parecido al mío de Lemona.

—Buenos días, don Leonardo —se llamaba como mi padre—. ¿Ha descansado bien?

—Y a ti qué te importa, señorito. No he pegado ojo en toda la noche. Como siempre. Los nazis no me dejan dormir. Franco tampoco. Me dicen cosas. A veces hablan entre ellos. Y en español.

Cosa rara, ¿verdad? A Franco ya sé lo que voy a hacerle: voy a abrirle las tripas; voy a ahorcarlo con ellas. Me los cargaré a todos. Uno a uno. ¿Tú eres nazi, señorito?

Añadió una parrafada en un iracundo ruso, me apuntó con su reglamentaria Tula-Tokarev modelo 1933 y me pegó cuatro tiros. A la pistola le habían quitado el percutor y el anciano hacía el ruido de los disparos con onomatopeyas, como los niños. Al igual que cada vez que me mataba, me llevé la mano al pecho, solté un quejido gutural y me dejé caer sobre la hierba en una pésima interpretación. Esto le complacía, al igual que llamarme «señorito» —«nazis» nos llamaba a todos—. Sonrió. Guardó la inofensiva pistola en la funda de cuero del cinto, se puso firme, levantó el puño derecho, dio media vuelta y se fue en busca del siguiente nazi al que ejecutar.

El viejo Leonardo Urroz era un poema visual, como • el resto de la tropa residente, por otra parte; aunque desde luego el padre de Dimitri conseguía superarlos a todos en aspecto y tramoya demencial. Vestía la guerrera desabotonada y los pantalones de su antiguo uniforme de paseo de sargento del Ejército Rojo. En vez de camisa militar llevaba una a cuadros, modelo primo Iván, y las botas de caña alta las había sustituido por unas sandalias de franciscano que realzaban el perenne enyesado: calcetines de lana blancos que no se cambiaba demasiado a menudo. La cabeza solía cubrírsela con un pañuelo de bolsillo atado con cuatro nudos, al estilo albañil de posguerra, o con una *txapela* capada que le quedaba pequeña.

Dimitri se le parecía. Don Leonardo tenía igualmente barba, y el pelo también muy corto, tupido para su provecta edad y de una blancura luminosa que ponía en mayor evidencia la suciedad de los calcetines. Estaba muy delgado —comía poco; el único frugal de la casa— y el poderoso esqueleto parecía que le quedaba grande, al igual que sucedía con el ajado uniforme.

Como es obvio, aquel manicomio no estaba ni en la Rue Rivoli ni a las afueras de París. Aquello era el norte de Navarra, el Baztán, o cerca, o algo por el estilo. O sea, la quintaesencia de lo rural; la Navarra profunda —nuevo pleonasmo—. Eso sí, los paisajes preciosos, de postal. Unos espesos bosques de esos que hay que decir que están llenos de magia y misterio, unos valles que habrían

encantado a Walt Disney y el río Bidasoa atravesando pintorescas aldeas. Pero yo prefiero el Bois de Boulogne, los Champs-Elysées, el Sena y la Défense.

La casa navarra de Dimitri estaba cerca del origen de su apellido: Urroz, una diminuta aldea encaramada en la ladera de un monte. Don Leonardo nació en Ituren, otro cercano y minúsculo pueblo. Dimitri consideraba que allí tenía sus auténticas raíces, aunque a él lo echaron al mundo en Moscú.

Así que «concedido». Me vaciló a base de bien.

Después de la gira europea por sus restaurantes y de la conversación en Barcelona sobre mi puesto como asesor gastronómico volante con sede central en París, volvimos a Lanzarote. Yo, más contento que un tonto con un megáfono, me dediqué a hacer planes y a documentarme sobre las últimas creaciones culinarias con ostras. Me impresionó, por ejemplo, una electrizante fusión de Josean Martínez Alija, el joven y brillante chef del restaurante del Guggenheim de Bilbao —no me dejé influir por los malos recuerdos que me trae el museo—. Se trataba de unas ostras sobre *gin tonic* de cardamomo eléctrico perfumado a la lima.

Incluso había comenzado a buscar por Internet un apartamento o un ático en París, acorde con mi nueva categoría profesional, que se hallara cerca de Chez Moncelet.

Pero no llegaba el momento de mi partida. Dimitri la demoraba sin razón. Y yo, como en el fondo soy un pardillo, no sospeché. Estaba demasiado obnubilado por las ensoñaciones sobre la vida ultracosmopolita y sofisticada que se me avecinaba. Mis sueños de toda la vida se iban a hacer por fin realidad. Y antes de los cincuenta. Por poco, pero antes de cumplir los cincuenta. Ese detalle me parecía importante. Pobre de mí. Como cantan los borrachos en las bárbaras fiestas de San Fermín.

La que sí llegó fue la primavera. Y una mañana, mientas olfateaba el aire con exagerada inspiración pulmonar, Dimitri me dijo:

—Pacho, ya huele a primavera —en Lanzarote, isla volcánica africana, no se notaba en absoluto el cambio de estación—. Y eso solo quiere decir una cosa: que es hora de ir a Navarra. Te voy a llevar al hermoso rincón de donde provenimos los Urroz. Te encantará. Te lo aseguro. Es todo de lo más auténtico. Y gente muy

noble, ya verás. Tengo allí una casa estupenda.

Me quedé tan perplejo, tan planchado, tan presa de la desolación, que tardé en poder articular palabra.

—Pero… Pero, Dimitri, ¿y París? Mi trabajo… Las ostras crocantes. ¿No iba a irme ya? Me lo prometiste.

—Tranquilo. No te preocupes por eso. No hay prisa. Calma. Hay que saber disfrutar de cada cosa en su momento —cómo me irrita el paternalismo—. Siempre que puedo, paso la primavera en mi casa de Navarra. Aquel es quizá mi auténtico hogar. O, por lo menos, es donde vive mi mujer, la legítima. Vamos a una zona que se llama Malderreka, al lado del valle del Baztán, que es de una belleza sobrecogedora. Vas a disfrutar muchísimo. Y mientras tanto, París no se va a mover de sitio. ¿No te parece? Qué ganas tienes de abandonarme, ingrato. Haz el equipaje. Nos vamos mañana mismo.

Me regaló su sonrisa más encantadora —que en ese momento me pareció una mueca odiosa—, me dio una vejatoria palmada en el cogote, se fue y me dejó con la palabra en la boca y el ánimo en los pies.

Allí estaba, en Navarra. En pleno muermo embrutecedor. Rodeado de bestias cuadrúpedas y bípedas, aburriéndome como una ostra —desafortunada comparación— en ese incomparable paraje donde lo único que pasaba era el agua del río. Todo era estático, autista y anodino. Tan interesante como observar una carrera de caracoles.

Y, para colmo, la señora Consolación —una psicópata místico-rural— me obligaba a realizar infamantes tareas de campesino. A Dimitri, su marido, le hacía gracia lo que me vejaban y atosigaban esos menesteres de siervo de la gleba y lo consideraba una extensión de sus bromas pesadas. La aldeana cabeza de bodoque era cerril como una yunta de bueyes y no toleraba que nadie comiera en su mesa sin hacer algún trabajo a cambio. Por eso puteaba también a Celes cabrón, el mierdecilla del cura, al que no le libraba del establo ni de la huerta el hecho de ser su capellán particular.

Pensé en largarme a la francesa de aquel campo de concentración y volver a Bilbao. Pero si lo hacía, quizá iba a perder la mejor oportunidad de mi vida. Podía ser todavía que, después de aquel destierro, Dimitri cumpliera su promesa y me enviara a París. Podía ser. Ojalá lo fuera. Todo era posible con Dimitri Urroz.

Además, ya no me gusta Bilbao. No conservo ningún vínculo sentimental con esa ciudad que tanto quise, ni con nadie de allí. Salí de Bilbao física y mentalmente hace mucho tiempo y mi último recuerdo, el que perdura, es el de una bonita ciudad pequeña y provinciana, con ínfulas cosmopolitas y llena de gente encantada de haberse conocido a sí misma.

El Gobierno vasco sigue en manos de los nacionalistas, cuyo asentamiento en el poder parece vitalicio. El *lehendakari* es Gorka Txerkagarri, hombre de peculiar aspecto a medio camino entre un lémur desvalido y el tétrico vampiro de *Nosferatu*. Una especie de Moisés, un ente iluminado por las voces ancestrales cuya misión es guiar al pueblo vasco —el auténtico pueblo elegido— hasta lograr la independencia de España. Volver a soportar cotidianamente a los pesadísimos nacionalistas sería superior a mis fuerzas en declive.

Cada vez aguanto menos en general, escasea más mi paciencia y me gustan e interesan contadas cosas más allá de la curiosidad intelectual. He de reconocer que con los años mi visión del mundo en general se ha amargado, como un Manhattan con demasiada angostura, y la chusma que campa por doquier me ofende demasiado con su zafiedad. Será que el trullo agria el carácter. Y que estoy empezando a envejecer y, en vez de entibiarme, me radicalizo. Durante esta última década, mi misantropía se ha incrementado en progresión geométrica. Ya no tengo una alta opinión ni siquiera de mí mismo. Y no creo en nada ni en nadie. Me pasa como a aquel boticario, Salustiano de Orive, que hizo su fortuna en Bilbao después de la Segunda Guerra carlista, cuando inventó y patentó el hallazgo de su vida: un refrescante elixir dentífrico al que puso el nombre comercial de Licor del Polo. Todavía se vende. Ahora es propiedad de la empresa Schwarzkopf & Henkel, de Düsseldorf. Pues bien, en su lecho de muerte, las últimas palabras del boticario Orive fueron estas: «No creo en Dios ni en el Licor del Polo». Con ellas estuvo a punto de superar la talla de las de Paul Claudel: «¿Habrá sido por el salchichón?». Apenas quedó a la zaga el músico guerniqués Segundo Olaeta, que a punto de morir se puso a decir con afán: «Clicquot, Clicquot, Clicquot». Sus deudos creyeron que en el delirio agónico remedaba el tictac de un reloj a punto de pararse por aquello de *vulnerant omnes, ultima necat*. Y no, qué va, nada más lejos; lo que

demandaba don Segundo, gran amante del champán, era una última botella de Veuve Clicquot, su marca de cabecera, nunca mejor dicho. Atendida su última voluntad, el agonizante bebió, eructó mansamente y expiró.

Al menos, la madurez conlleva que uno ya no tiene que demostrar nada a los demás, tampoco a sí mismo. Te aceptas por fin como eres de verdad y sabes que ya solo cambiarás a peor. Por todo y por ello, decidí aguantar y permanecer en Navarra a verlas venir y de qué color pintaban, aunque me sintiera como una de aquellas berlinesas de la República de Weimar —según la visión de Alfred Döblin en *Berlín Alexanderplatz*— que se abrían de piernas a cambio de un plato de sopa. Porque, a pesar de mis amplias tragaderas, me mordisqueaba la conciencia mi sentido ético de la vida, acomodaticio pero no inexistente. Vivía a expensas de un mafioso, de los beneficios del crimen organizado, y quería trabajar en sus restaurantes. No me resultaba demasiado difícil admitir la corrupción, la extorsión o el soborno, incluso el tráfico de armas o de drogas y hasta el asesinato. Todo envuelto y difuminado por ese halo irreal y atractivo de la imagen cinematográfica de la mafia. Pero, probablemente, parte de los dividendos del crimen también provenían de la trata de blancas o del tráfico de órganos humanos extraídos a niños esclavizados que, después de agotar sus fuerzas en trabajos forzados, terminaban en el desguace.

¿Por qué me gusta la mafia en la ficción? Quizá por su impune poder fuera de la ley y la capacidad para tomarse una rudimentaria justicia, basada en el ojo por ojo, por su propia mano ejecutora. Y por el carisma personal. Pocos personajes hay tan atractivos y carismáticos como Michael Corleone.

Era obvio que el también carismático Dimitri Urroz presidía una poderosa red mafiosa. Una multinacional del crimen. Hoy en día, las mafias no son tan distintas a las empresas multinacionales dentro de la legalidad, o incluso forman parte de ellas. Y representantes de los tres poderes de los Estados están vendidos a las mafias o son miembros de las mismas. Y no hay que olvidar otro factor de la popularidad del mafioso: su arraigo en el pueblo llano con el fin de ser acreedor en el banco de los favores. Dimitri cumplía este capítulo con largueza e inteligencia. Hacía generosos donativos para las fiestas de cada pueblo, a asociaciones de todo

tipo de Malderreka y el Baztán, y había sufragado la reforma del frontón de Urroz y la ampliación de las piscinas municipales de Santesteban, entre otros ejemplos. En Lanzarote practicaba la misma política. Supongo que en Moscú, su principal residencia aunque fuera la menos frecuentada, las gabelas y sobornos serían de mayor entidad.

Un día por la mañana, apareció en casa de Dimitri una comitiva que, desde luego, no pertenecía a Greenpeace ni a Amnistía Internacional. Cinco grandes berlinas que llegaron con unos minutos de diferencia y aparcaron en el enorme garaje subterráneo. En cada automóvil iba un tipo con dos guardaespaldas. Presencié el recibimiento que les brindaron Dimitri y el primo Iván dentro del garaje. Hablaban todos en ruso. Cada uno de los cinco capos besaron al estilo ruso —tres besos, dos en la mejilla y el último en los labios, casi en el aire— primero a Dimitri y después al primo Iván. Con la diferencia de que después de besar a Dimitri le hacían una pequeña inclinación de cabeza a modo de reconocimiento de autoridad.

Dimitri y el primo Iván se reunieron con los cinco visitantes en una casita de planta única que hay en el jardín y hace las funciones de lujosa sala de reuniones. No salieron de ella hasta la tarde para irse por donde habían llegado con el mismo intervalo de tiempo entre uno y otro. Las dos doncellas de uniforme sirvieron allí los aperitivos y después la comida y las copas. Los diez guardaespaldas se quedaron en el jardín —a estos les dieron de comer en la cocina, por turnos—, rodeando la casita junto con los monjes etarras y los dos guardaespaldas fijos en Navarra, Boni y Nepo, elementos también peculiares. Ningún arma a la vista. Una más o menos discreta junta ordinaria de accionistas principales que iba a rendir cuentas al presidente del consejo.

7

Una paja no es una masacre

Si el carácter de los bilbaínos queda bien definido por el chiste hiperbólico de las setas y los Rolex, el de los navarros se aproxima al chiste del Seiscientos, también sustentado en la exageración. Sí, me refiero al Fiat 600 o su copia española, el Seat 600, aquel utilitario en miniatura con forma de insecto, de mariquita, que revolucionó la calidad de vida del españolito gris de los años sesenta. Se trataba de un coche de juguete adecuado al nivel económico y social del franquismo.

Recuerdo que en unas bárbaras fiestas de Bermeo vi cómo el mocerío ponía con toda facilidad un Seiscientos ruedas arriba y techo en el suelo, con el conductor dentro, porque había osado tocarles el claxon. En mi época de estudiante era frecuente que algunos compañeros condujeran viejos Seiscientos de segunda o tercera mano. Todavía me dura la tortícolis por el *cunnilingus* contorsionista que le hice en su Seiscientos a la promiscua *trotska* Josune Pelagra, el felpudo más exuberante de toda la Universidad de Deusto. Todavía tengo pelos en la lengua.

El chiste definitorio de la idiosincrasia navarra plantea la pregunta de cómo se puede meter a quince navarros en un Seiscientos. La respuesta es muy sencilla: diciéndoles que no caben. Esa fama bien ganada de burros, obstinados y cabezones tienen los navarros. No es casualidad que Navarra fuera la tierra más abonada para el desarrollo de una ideología —valga la hipérbole, en armonía con los chistes— tan reaccionaria, terca, esencial y a contrapelo como la carlista.

Le preguntaron en 1936 a un requeté por qué hacía la guerra

contra la legítima República. El carlista respondió con cara de mala hostia, como si le hubieran preguntado la mayor obviedad.

—¡Ay, que me cago en Dios! Pues ¿por qué va a ser? Que nos quieren quitar la religión, ¡joder!

Y Navarra es también el feudo del Opus Dei.

Se considera que los ejemplares más puros de arquetipos navarros se dan en el sur del antiguo reino. Dice la sabiduría popular que en Navarra los hay brutos, más brutos y de Tudela.

Consolación Saldías, la mujer de Dimitri, era nativa del norte, pero aventajaba a cualquier aborigen de Tudela. Se trataba de un ejemplar de navarra pura, con denominación de origen, como los famosos espárragos de la Ribera. Consolación no había querido que construyeran una piscina en el inmenso jardín de la propiedad porque pensaba que el vecindario de Urroz lo habría considerado cursi y poco viril.

—Quita de ahí, Poncho, sinsustancia, que tienes menos cuajo que no sé lo qué. Ya levanto yo, pues.

La señora de Urroz, al mejor estilo Bianca Castafiore con el capitán Haddock, distorsionaba mi nombre de todas las maneras posibles: Poncho, Pocho, Pancho, Pincho, Picho, Pencho, Pucho y variaciones aritméticas de ese tipo. Picha, nunca. Pichas en la boca, ni de palabra, dada su mojigatería. Era un tanto disléxica en castellano —su lengua vernácula es el euskera, lo habitual en el norte de Navarra— y además hablaba con algo de frenillo. Su obra maestra con mi *prénom de guerre* y apellido fue cuando nos presentaron. Al instante siguiente había transformado Pacho Murga en Macho Purga; notable. ¿Lo hacía adrede? Quizá.

El trabajo de Hércules del que me relevaba por falta de fuerza era cambiar de sitio un tiesto —con un tronco de Brasil de dos metros— de un tamaño tal que contenía más tierra que la que les daban a los legionarios romanos al licenciarse. El tiesto pesaría un quintal. Consolación lo alzó con técnica de *harrijasotzaile*, sin revelar el esfuerzo más que por un leve arrebol y una vena del grosor de un oleoducto que se le hinchó en la frente, y lo transportó cincuenta metros.

La mujer de Dimitri era una obsesa del ejercicio físico y de la religión. En el extenso jardín, además de la casita para reuniones había otras dos construcciones separadas. Una era el gimnasio y la

otra la capilla, un edificio más bien sobrio, apenas con un par de toques *kitsch*. En ambos lugares pasaba Consolación mucho tiempo todos los días. Sobre todo en el gimnasio, donde realizaba durante horas agotadores ejercicios de musculación sirviéndose de máquinas que parecían lo que eran: sofisticados artilugios de tortura. Hacer gimnasia me parece tan aburrido como ver cualquier deporte o cómo crece la hierba. Bernard Shaw decía que el único ejercicio físico que practicaba era caminar tras los féretros de sus amigos deportistas.

Por lógico efecto de esta pertinaz dedicación, la señora de Urroz estaba cuadrada. Tenía un cuerpo atlético y le faltaba poco para llegar a la morbosa musculatura de una culturista. Probablemente sublimaba con el deporte la falta de sexo.

En las últimas fiestas patronales de Urroz, conmemorativas del martirio de san Adoquín o algún otro santo con un nombre de parecida sonoridad, se dedicó una jornada a la exaltación de la dignidad de la mujer. Al consistorio rural le pareció que una buena manera de homenajear a las féminas del pueblo era realizar unas pruebas, solo para hembras, de corte de troncos con motosierra y con hacha. Consolación ganó la prueba de *aizkolari*, sacándole a su contrincante media docena de troncos de ventaja. Y en la exhibición que dio de levantamiento de piedra se pasó por el cuello —hacer la corbata, creo que lo llaman— la esférica de ciento veinte kilos una porrada de veces. Así que como para no mover un tiesto.

No obstante, a pesar de sus bragadas aficiones, no presentaba aspecto de lanzadora de martillo. Contaba unos cuarenta y cinco años, aparentaba una década menos y tenía cara de aldeana, pero guapa. Unos hermosos ojos de un intenso verde le iluminaban el rostro. Y he de confesar que ese cuerpazo esbelto, y a la vez musculoso, me ponía muy cachondo. También las mujeres del tipo andrógino me han atraído siempre. Me habría encantado follarme a la señora de Urroz —alguna sesión de cinco contra el calvo ya cayó a su cuenta—, pero no lo habría hecho ni aunque me hubiese tirado las bragas a la cara —y dejado fuera de combate por el golpe, supongo—. Antes la habría metido en una picadora de carne. Más que por miedo a su marido, por pavor a ella. Además, «hablar por no callar», como solía decir Consolación en el cénit de su sentido de la ironía, ya que había hecho voto de castidad. Lo profesó al hacerse

miembro numerario del Opus Dei. Era una fanática insoportable con un mal carácter insufrible. Una borde de una sola pieza, tallada en piedra. ¿Cómo se explicaba que una aldeana roma, primitiva, berroqueña y fanatizada fuera la esposa de un jefe de la mafia internacional rico, cosmopolita y seductor? Por supuesto, no me atreví a preguntárselo a Dimitri.

Dormían en habitaciones separadas. Dimitri la trataba con una mezcla de condescendencia y cariñosa ternura. Me contesté a mi pregunta suponiendo que, para el ruso, ella no era más que algo simbólico, otra de las que consideraba sus auténticas raíces navarras. Puesto que, además, Consolación se aferraba como una raíz a aquella tierra y a aquella casa. No salía de allí jamás y, por supuesto, nunca había querido ir a Rusia.

Pero asimismo, intuí que, en un pasado nada reciente, Dimitri quizá la había amado de verdad porque ella era de otra manera. Y quizá él también. Aunque por lo que cuenta de sí mismo y por lo que intuyo, creo que Dimitri siempre ha sido igual. No conseguí saber cómo se conocieron ni de qué manera llegaron a casarse. Tampoco la consideración de ella acerca de las actividades de Dimitri o si estaba informada de las mismas mucho o poco. En nula correspondencia al cariño que le mostraba Dimitri, Consolación trataba a su marido con desdén y frialdad. Sabía que no tenía que soportarlo en sus dominios más que unos meses al año, pero aun así no hacía el menor esfuerzo por contemporizar. Dimitri lo encajaba con la misma clase de aséptica paciencia con que seguía la corriente a su padre, en plena demencia senil.

Consolación nos daba a todos los demás de la casa un trato aún más despreciativo y hosco, sobre todo al servicio, con el que frisaba el despotismo. El servicio se componía de dos doncellas y una ayudante de cocina, ya que la que realmente cocinaba era ella. Y muy bien. Todo muy clásico y poco más que sota, caballo y rey, pero con materias primas de primera calidad y óptimos puntos de guisado, frito y cocción. No había jardinero. Del jardín se ocupaba también ella.

Al único que trataba Consolación con cierta deferencia era al estomagante cura del Opus, su omnipresente asesor espiritual. Aunque este no dejaba de ser, a la postre, otra especie de subalterno dedicado en exclusiva a su servicio; en vez del doméstico, al

espiritual. Dormía en una habitación contigua a la de su pupila y ambos cuartos se comunicaban por una puerta interior. Que estuviesen liados era tan probable como que el gazmoño del cura terminase por caerme bien.

Era frecuente ver a Consolación paseando sola por el jardín, ensimismada y bisbiseando. En realidad, rezaba el rosario. Con el dedo pulgar de la mano derecha se tocaba el índice de la misma mano, donde llevaba una de esas sortijas que se llaman rosario de dedo, o decenario, en cuyo anillo llevan diez bolitas y una pequeña cruz. Este era de plata y con una cruz templaría, recuerdo de su madre. Servía para llevar la cuenta del padrenuestro y los diez avemarías de cada misterio. Con el dedo, Consolación lo iba moviendo bola a bola, hasta llegar a la crucecita. El Comehostias, el rumano de mi celda comunal en Salto del Negro que se pasaba la noche atormentándome con el rezo del rosario, habría babeado por el artilugio de marras.

Este era el peculiar mundo cerrado y con olor a rancio de Consolación Saldías, la esposa por la iglesia de Dimitri Urroz. Deduje que el no haber tenido hijos había contribuido de modo decisivo al distanciamiento entre los cónyuges y a la fanatización religiosa de ella, probablemente ya de por sí predispuesta a caer en esa tupida red por su educación integrista y el lastre genético de una mentalidad atrasada generación tras generación.

Todos los días, antes del desayuno —que como el resto de las comidas hacíamos juntos Consolación, Dimitri, el primo Iván, don Leonardo, el pringoso cura y yo: ni un cromo raro repetido—, ella oía misa y comulgaba en su capilla. Después de atender a las vacas, el tegumentoso cura tenía que «oficiar la sagrada eucaristía», según decía con su vocecilla de pacta con todos.

La madre de Consolación estaba también presente en esa misa diaria. Para que esto fuera posible se movilizaba a todo el servicio, que tenía que llevar a cabo complicadas maniobras para el transporte de la impedida desde su alcoba a la capilla. La anciana vegetaba en el interior de una aparatosa y hermética burbuja de oxígeno, conectada a diversas máquinas. Llevaba quince años en un coma irreversible, dadas sus lesiones cerebrales —no quisieron explicarme la causa—, y con el sistema inmunológico destruido. El simple contacto con el aire le acarrearía la invasión de virus y

bacterias invencibles para su organismo sin defensa alguna. Pero, naturalmente, la devota Consolación se negaba a desconectarla o sacarla de la burbuja-celda.

—Hasta que Dios quiera llevársela a su lado.

Qué peligrosos son los fanáticos religiosos, sobre todo para los que están a su merced. Por razones de complicidad —«yo también fui un comatoso», podría ser mi lema de camiseta—, esta otra tétrica mascarada en aquella colonia de monstruos me produjo una especial repulsión.

El necio cura se hacía llamar padre Celestino. El padre Celestino Pindado Gocho. Yo prefería llamarle, con campechanía y llaneza, «¡Celes cabrón!». En cuanto nos echamos el ojo encima, nos repelimos con una aversión previa, atávica, irracional, de pura química. Así como al parecer hay en el mundo personas complementarias, medias naranjas de acoplamiento perfecto, también se da lo opuesto. El cura y yo éramos imanes que se repelen. Y eso que aún no sabía que el chupacirios soplapollas era del Opus Dei. Otro mafioso. Miembro de una poderosa mafia, a su manera tan siniestra como la Camorra. Por culpa de tipejos como el cabrón de Celes, el cardenal primado Rengo Varapalo y el capo de capos, Konrad Affenschwanz, el sumo pontífice, una especie de malo de Batman —el Pingüino Travesti— que llegó a vestir de joven el uniforme de las Waffen
SS
, la madre de Consolación seguía atada a una máquina en una chanza irrespetuosa contra la vida y la muerte. Me decepciona profundamente que el gobierno socialdemócrata de España, presidido por el melifluo y divagante Juan Luis Ramírez Zurraspa, alias Heidi, Bambi y Platero, no tenga cojones para cerrar el grifo y romper de una vez por todas el concordato con la Iglesia católica, esa poderosa empresa, también con ramificaciones mañosas, que es una de las grandes lacras de la evolución del raciocinio y la justicia social a lo largo de la historia.

Me encontré con el honorable padre Pindado después de la siesta. Estaba algo despeinadito, como agitado por un corto frenesí y con más jeta de culpable que de costumbre, si es que esto era posible. No le pasaba ni una. En cuanto lo veía se me disparaba algún cóctel químico en el cerebro que me despertaba unas

descomunales ganas de bronca y de buscarle la boca. Intentó esquivarme y aceleró sus pasitos de maricona cursi, pero lo seguí por toda la casa en plan mosca cojonera.

—Celes cabrón, le noto acalorado, un punto jadeante y con carilla de haber pecado hace nada.

—¿Por qué no dejas de una vez de darme la tabarra, hijo? Olvídate de mí, te lo ruego.

—No puedo. Es superior a mí. Y no me llame hijo, Celes. Si usted fuera mi padre, mi único pensamiento sería el parricidio. Déjeme adivinar a qué se debe su agitación. Ya sé. Viene de meneársela en su camastro pensando en algún recio chavalote de esos que le ponen.

—No proyectes en mí tus degeneraciones, hijo. Eres un obseso.

—Bueno, lo que usted quiera. Pero le pido que me haga el favor de no agobiarse nada de nada por esas poluciones fuera del tiesto. Ya sabe que, como bien decía el fundador de su banda, Escrivá de Balaguer, alias san Josemari, *semen retentum venenum est*.

—¡Ten más respeto por los hombres santos, puerco! ¡Y deja de seguirme de una vez o se lo digo a la señora!

—Celes cabrón; para colmo, chivatín.

Se escondió en el cuarto de baño de la planta baja y echó el pestillo. Continuamos a través de la puerta. Como ya se sentía a salvo de que le metiera un sopapo, se creció.

—¡Payaso! ¡Cretino! ¡Déjame en paz!

—Es usted insaciable. ¿Ya se va a hacer otra macuca? Por mí adelante. Disfrute, cochinito lujurioso. Y no le haga caso a su jefe, el Pingüino Travesti. Puede estar tranquilo: una paja no es una masacre. Se lo digo yo, que sé un montón de todas esas cosas.

8

El huesero

Los guardaespaldas de Dimitri son navarros de Malderreka o el Baztán por nacimiento o ascendientes directos. Parece que Dimitri se siente más seguro custodiado por estos variopintos pistoleros procedentes de la que considera su auténtica tierra. Una especie de aplicación peculiar y extensa del abrigo del útero materno. O, simplemente, una más de sus caprichosas excentricidades.

Con Josu Aingeru y Kepa Mikel, los monjes etarras, tuve ojo clínico: distingo a los cojos sentados. En efecto, los dos flagelantes son antiguos miembros de ETA militar. Cumplieron algo más de veinte años de pena cada uno por el asesinato, mediante tiro de pistola en la nuca, de dos guardias civiles y dos policías nacionales. Ambos son de Elizondo, la capital del Baztán. Antes de ingresar en ETA fueron seminaristas, como tantos otros de sus correligionarios. El pasamontañas y la sotana siempre han hecho buena pareja en Euskadi. Y son del mismo color, el del luto.

Me contaron que Dimitri conoció a los dos asesinos autistas cuando salieron del talego, por conocidos comunes. Les ofreció el trabajo de guardaespaldas y lo aceptaron con monosílabos, convirtiéndose así en sus silenciosas sombras personales. Y supongo que también eficaces ejecutores de aquel a quien el jefe ordenara eliminar. Se dice que Dimitri tuvo que comprar la manumisión de los esclavos. Pagó a la jefatura de la banda una cantidad de dinero para que los dos etarras fueran licenciados de su militancia, que se supone vitalicia. Abandonar ETA es muy difícil; se suman las dificultades de salir de una secta religiosa y de una banda de mafiosos juramentados en el fanatismo. Presos que se acogen a

medidas de reinserción, desencantados y arrepentidos, son declarados traidores y merecen la muerte.

ETA volvió al asesinato, la extorsión y el sabotaje después de su última declaración de tregua indefinida, que resultó ser solamente una treta para ganar tiempo y reorganizarse. En su regreso al terrorismo llevaron a cabo acciones tan revolucionarias como poner una bomba en una caseta de la Cruz Roja o asesinar a un empleado del peaje de la autopista Bilbao-Behobia que había sido concejal por el Partido Socialista en uno de esos pueblos infierno de Guipúzcoa.

Además de los monjes etarras, estaban los escoltas Boni y Nepo, adscritos perennemente al servicio de la casa navarra para velar por la seguridad de Consolación.

Nepo, diminutivo de Nepomuceno, se llama Arístides Nepomuceno Elgorriaga Cardiel, es un patagón de padre navarro y madre india. Un gigante de casi dos metros cuya impresionante envergadura contrasta con su cara de niño —ya ha cumplido los cuarenta— y su voz de tono suave e imperdible acento argentino. Dimitri se lo trajo de la Patagonia, pero no me contó la historia.

Boni, no de boniato, sino de Bonifacio, se llama Carlos Bonifacio Bozate Urroz y es natural de Ituren. Hijo y nieto de carlista; con un largo historial de contrabando en la muga con Francia antes de ser contratado por Dimitri. Es primo segundo de Dimitri y del primo Iván —tiene también el sello físico de los Urroz y el gusto para las camisas del primo Iván—. El abuelo de Boni y el de Dimitri eran hermanos. El abuelo de Boni era un feroz y despiadado asesino que se llamaba Luis Marciano Urroz. Era carlista; hizo la Guerra Civil con los requetés, en el Ejército del Norte del general Mola.

Creo que fueron los liberales de Bilbao —o quizá Pérez Galdós en los *Episodios nacionales*; cada vez soy más relajado para la comprobación de mis fuentes—, durante el sitio de 1835, quienes definieron al carlista como ese animal de cresta roja que recién bebido y comulgado es más peligroso que la hostia.

El abuelo de Dimitri —padre de don Leonardo— se llamaba José Venancio Urroz. Era un pobre hombre inofensivo que simpatizaba con los comunistas. Ya desde antes de la guerra, los hermanos Urroz tuvieron dispar suerte en la vida. Luis Marciano era propietario de una buena tienda de ultramarinos en Santesteban, el pueblo más importante de Malderreka, mientras que José Venancio apenas se

ganaba la vida como huesero, de aldea en aldea.

El de huesero es un empleo del subdesarrollo, desaparecido hace mucho. Una infrarrelación comercial entre pobres que consistía en lo siguiente. José Venancio llevaba en las alforjas de un burro huesos de vaca, de cerdo, alguno de jamón y trozos de tocino. Vendía los huesos y el tocino para hacer caldos. O los alquilaba a los que no les alcanzaba el dinero ni para eso. Era la transacción más barata, la misérrima. Huesos frescos, con tuétano y algo de carne adherida, que se alquilaban para ser sumergidos durante unas horas en agua hirviendo en un intento de darle al caldo cierto gusto y sustancia. Y que volvían a emplearse en el simulacro de caldo del siguiente menesteroso. Cada nuevo hervor a cambio de menos. Así hasta que los huesos de alquiler quedaban tan mondos como los del osario o los de Hipatia de Alejandría.

Luis Marciano era muy aficionado a los toros. Siempre que podía iba a ver corridas a Pamplona, San Sebastián y Bilbao. Su sueño habría sido llegar a ser matador de toros.

Los dos hermanos no se hablaban. Aparte de la radical divergencia política había algo más. Luis Marciano y José Venancio se odiaban. Ambos guardaban en secreto el porqué de esta animadversión extrema; no lo sabían ni sus mujeres. Se especulaba que el odio entre hermanos podía nacer de José Venancio hacia Luis Marciano, al que el primero consideró artífice de la acusación, debida a su labor de huesero, de ser un sacamantecas.

En el otoño de 1935 desaparecieron dos mujeres, madre e hija adolescente, de la aldea de Elgorriaga, sin que se diera con su paradero ni aparecieran jamás los cadáveres. Corrió el rumor de que José Venancio las había asesinado y descuartizado en el bosque. Y que había colgado los trozos de carne de ramas de árboles, sobre las llamas de velas, para extraer con esta paciente técnica toda la grasa humana de los cuerpos y confeccionar con ella bolas de sebo que también habría vendido para hacer caldos.

La Guardia Civil detuvo a José Venancio y lo torturó en el cuartelillo de Elizondo. Al final, lo soltaron por falta de confesión y de pruebas.

El 18 de julio de 1936, el día del golpe de Estado, los requetés y falangistas de Santesteban y alrededores, ayudados por los guardias civiles de Elizondo, tomaron la calle y redujeron y apresaron a los

pocos rojos del pueblo y de las aldeas de Malderreka. Entre los golpistas estaba Luis Marciano y entre los apresados, su hermano. Ese mismo día fusilaron a todos los republicanos que pudieron. Interrumpieron las ejecuciones porque se emborracharon, fallaban muchos disparos y dejaban heridos a los que luego costaba rematar. Quedaron con vida solo unos pocos. Entre esos pocos estaba José Venancio.

Al día siguiente, a las cinco de la tarde, a pleno sol, condujeron a esos pocos a un prado situado entre Santesteban y Urroz. El más llano que encontraron; el mismo sobre el que hoy se erige la casa de Dimitri. Un campo adecuado para jugar a toreros.

Luis Marciano dio unos artísticos capotazos a su hermano, obligado a hacer de toro a punta de fusil, y lo mató de una estocada muy poco limpia que le atravesó un pulmón y le llenó la boca de sangre y de angustia por respirar. Lo remató de un descabello. No se sabe dónde excavaron la fosa común en la que enterraron a José Venancio y a los demás toreados. La viuda de José Venancio huyó a Bilbao con sus hijos: Leonardo, de trece años, María Josefa —la que después sería la madre del primo Iván—, de diez, e Inocencia, de seis.

Esta atroz historia sobre su abuelo y su tío abuelo me la contó Dimitri. Supongo que es probable que sea cierta. Lo de torear al hermano me pareció demasiado espantoso y retorcido como para ser una de sus invenciones. Aunque ya se sabe que con él nunca se sabe. Además, en apoyo a la verosimilitud del relato, al terminar de referirme la historia, añadió:

—Así que por culpa de la mala bestia de mi tío abuelo nací en Moscú.

Antes de la caída de Bilbao, en junio de 1937, Leonardo y sus hermanas fueron tres de los muchos niños de la guerra embarcados por sus padres en el puerto de Santurce para que escaparan de la entrada de los fascistas, que se temía que fuera a sangre y fuego visto el precedente de la matanza de población civil en el bombardeo de Gernika. A los hermanos Urroz de esta nueva generación les tocó el Habana, un buque que atracó en el puerto fluvial de Burdeos. En esa ciudad embarcaron mil quinientos niños, de los cuatro mil quinientos que habían partido de Santurce, en el Sontay, que los llevó a Leningrado. La más pequeña, Inocencia,

murió durante la última y más larga travesía de unas altas fiebres debidas, quizá, a una meningitis. Leonardo y María Josefa fueron acogidos en una granja escuela de Yaroslav, no muy lejos de Moscú.

—Y conste que no me quejo de haber nacido en Moscú —explicó Dimitri—. Amo esa tremenda ciudad. Lo que me importó fue que aquel carlista hijo de puta torturara y se cargara de un modo tan cruel y humillante a mi abuelo, a su propio hermano. Quizá esté enterrado aquí, bajo nuestros pies —estábamos en el jardín. No pude evitar el simplón juego de palabras: los huesos del huesero—. En esta misma tierra que regó su sangre derramada por un Caín y sobre la que quise que se levantara mi casa en Navarra. La casa de los Urroz.

No era habitual en Dimitri ponerse tan ampuloso, épico y solemne. Enseguida rebajó el caldo aceitoso con una gota de cinismo concentrado.

—¿Qué fue de Luis Marciano después de la guerra? —pregunté—. El nombre se las trae.

Dimitri esbozó una breve sonrisa antes de contestarme. Cuando lo hizo, adoptó una pose de inexpresiva y distante indiferencia.

—¡Ah! Murió. Un accidente doméstico: se cayó del balcón de su casa de Pamplona. Muy tarde, ya viejo; pero no demasiado tarde. Fue cuando yo vine a España por primera vez.

Remarcó ese «yo» con la misma sonoridad amenazadora de una pistola automática al ser montada.

9

La descendiente del general Zumalacárregui

Según los cánones, todo grupo de mafiosos ha de tener su restaurante de confianza, donde se reúne en comedor reservado o a puerta cerrada para hacer negocios o planear vengativas ejecuciones mientras se pega las grandes *jamadas* —cómo detesto la vulgaridad de ese palabro—. Dimitri y sus muchachos disponen del suyo, en versión navarra, claro. Es el asador Zumalacárregui, que está en Ituren, en la carreterita entre Leiza y Santesteban que secciona el diminuto pueblo en el que nació el padre de Dimitri. Si será pequeño Ituren que solo cuenta con dos bares —el número de bares es el baremo que determina el volumen social de estos pueblos—. En la década de los ochenta tenía tres.

Cuenta la leyenda rural que por esos años apareció un león por las escasas calles de Ituren. Se había escapado de un circo que había acampado junto al cementerio de Santesteban. Era domingo al mediodía y el par de cuadrillas de Ituren tomaba sus vinos en los tres bares —un pote en cada bar y tres rondas por los tres, como mínimo—. Por supuesto, fieles al autismo aldeano, las dos cuadrillas no se hablaban entre sí por ofensas, de agravio concreto olvidado, que se remontaban a sus antepasados de la Primera Guerra carlista. Evitaban coincidir en el mismo bar.

Dicen que la aparición del león no impidió el rito etílico de los aborígenes de Ituren, que se saltaban el orden y entraban cada vez en el bar de la zona por donde no andaba la fiera o, si no quedaba más remedio, repetían pote en el mismo sitio —aunque eso es bordear el sacrilegio—. Las cuadrillas enemistadas, impasibles, siguieron sin dirigirse la palabra, pero tuvieron que compartir la

misma barra en un par de ocasiones, pues dos de los bares estaban bastante juntos y el león podía controlarlos a la vez. Una variante del chiste del Seiscientos.

Afirman también que el león nunca fue capturado. Huyó a los boscosos montes, donde sobrevivió matando ovejas y vacas. Se supuso que las nieves del invierno terminarían con él, pero al parecer no fue así, y todavía hay aldeanos que dicen que encuentran algún animal devorado de un modo como solo puede hacerlo la boca del rey de la selva.

Pues bien, además de los dos bares del presente, en Ituren hay un restaurante, el citado asador Zumalacárregui. La dueña y cocinera es Andone Lesaka Iturburugoitia, quien afirma ser descendiente directa del famoso general Tomás Zumalacárregui Imaz, el mejor militar con que contó el carlismo en la primera contienda, la del origen de la enemistad de las cuadrillas de Ituren.

No se sabe de qué manera la adusta Andone era descendiente del general guipuzcoano, pues ninguno de sus apellidos coincidía y los antepasados navarros de la hostelera se remontaban hasta las cavernas. Es evidente que esta zona de Navarra es fecunda en mixtificadores.

El parecido entre Andone y el tío Tomás —como llamaban a Zumalacárregui sus soldados— se limitaba a la corta estatura, el apetito desaforado, ser reaccionarios y las patillas en forma de hacha, que la varonil Andone se dejaba crecer rizadas y canosas.

El restaurante lo preside una copia en gran formato del retrato de Zumalacárregui que pintó Gustavo de Maeztu y que, desde luego, no es de lo mejor de su obra. Todo el comedor está decorado con objetos más o menos relacionados con el carlismo y con el tío Tomás. Entre otros: un largo fusil inglés de chispa, un Power, con su bayoneta calada, colgado en la pared junto a un sable de caballería en cuya hoja se puede leer una inscripción: «Por mi Dios y por mi honor»; también, un plano del Bilbao sitiado, pero perteneciente al asedio de 1874, no al de Zumalacárregui, que fue en 1835; una navaja albaceteña, abierta, de las de degollar mamelucos el Dos de Mayo, que quién sabe qué pinta en el conjunto; además de una fotografía del cura Santa Cruz, el feroz guerrillero carlista —también de la segunda guerra—, inmortalizado por Pío Baroja en la novela *Zalacaín el aventurero*. El cura asesino daba él mismo la

extremaunción a sus prisioneros antes de fusilarlos. Legó a la historia la edificante frase: «En esta vida se ha matado lo que se ha podido, hijo mío».

Pero la joya de aquel santuario carlistón es la improbable boina del general. Entre dos boinas rojas hay una de lana blanca —los generales llevaban boina blanca—, enorme, con un aro metálico para poder armarla y que no quedara como una medusa en la cabeza, dado su descomunal tamaño. Una boina como la que llevaba Zumalacárregui. Según Andone, la que le cubría cuando lo mataron en el sitio de Bilbao, como puede apreciarse por el balazo. Se refería a un agujero de grueso calibre, que más parece obra de la brasa de un veguero, en medio del boinón. Algo absurdo. Aparte de ser mentirosa y carca, Andone tiene la caradura de no haberse molestado ni en saber cómo fue la muerte de su héroe y pretendido familiar. A Zumalacárregui le alcanzó en una pierna una bala perdida mientras miraba con un catalejo, desde un balcón del palacio del marqués de Vargas, en Begoña, las defensas de Bilbao. Se negó a que sus cirujanos le sacaran la bala. Quizá conociéndolos y habiéndolos visto operar, no resulta tan extraña su decisión. En vez de ponerse en manos de los médicos ordenó que lo llevaran a su pueblo en Guipúzcoa, a Cegama, a que lo curara el *petriquillo*, el curandero de allí, en cuyas artes sanatorias confiaba.

Zumalacárregui fue transportado a pie, en una camilla, por cuarenta granaderos de su fiel batallón de guías de Navarra, que se iban turnando para cargarlo. Lo llevaron primero a Durango y de ahí a Cegama. Aunque la herida no era muy grave —un balazo de fusil en el muslo, a cinco centímetros de la rodilla—, murió de una infección generalizada por el tiempo perdido en el lento viaje. Fue el 24 de junio de 1835. Tenía cuarenta y seis años.

Se ha especulado históricamente acerca de que si el brillante general en jefe no hubiese muerto, la facción carlista podría haber ganado la Guerra Civil y la historia de la España decimonónica, e incluso de la del siglo XX, habría sido distinta. En todo caso, una muerte de lo más carlista. Reinhard Heydrich, el carnicero de Praga, murió por la misma causa. Se negó a ser operado por médicos que no eran alemanes.

En otro tiempo en que iba de listillo habría puesto en ridículo a la zopenca con mi erudición histórica. En otro tiempo más

inconsciente. La cocinera carlista se parece de cara a Edward G.
Robinson y masca los puros como lo hacía el gran actor cuando encarnaba a un gánster.

Fuimos varias veces de *jamada* al asador Zumalacárregui, pero hubo una muy especial por lo copioso y por lo que sucedió.

Invitaba Dimitri, como de costumbre —cada comida de aquellas tenía que costarle un capitalito—. Era un día de labor y Andone cerró el restaurante para nosotros. Ella, aunque cocinaba, también se sentó a nuestra mesa. Dio jornada libre a una de las dos camareras para que nos sirviera solo la otra, que era de confianza, su hija Amaia, escasamente más agraciada que la madre.

Los comensales éramos Andone, Dimitri, el primo Iván, Boni, Nepo y yo. A los monjes etarras no les importó cambiarles la guardia a Boni y a Nepo, que se desvivían por una buena comida, y quedarse en la casa. Los monjes etarras también comían mucho, pero cualquier cosa.

La zafia Andone se transformaba en la cocina; era una maga de las brasas, esa difícil técnica. Sabía insuflar en la parrilla el grado de calor exacto a pescados y carnes y durante el tiempo preciso para conseguir el punto excelso.

Nos metimos un atracón en condiciones: pantagruélico, de reventar. Todos comimos como termitas, pero especialmente Andone y Nepo. La cantidad de comida que se metieron entre pecho y espalda esos dos fue de dar respeto. O asco. El menú completo fue el siguiente. Primero cuatro kilos de percebes y las consabidas ostras —sugerí a Andone preparar algunas a la brasa y me gruñó—: dos gruesas. Después, dos besugos grandes, deliciosos, tersos, albos, de más de dos kilos cada uno, de los que ya no es fácil encontrar, y tres chuletas de buey, de buey de verdad —uno veterano que habían matado en Elizondo—, de más de kilo y medio cada una, con una carne entreverada de un color rojo oscuro que habría causado un ataque de nervios a un vegetariano, acompañadas de ensalada de lechuga y cebolleta, pimientos del piquillo y láminas de patata asadas también a la brasa. De postre, algo ligero: tabla de quesos navarros y franceses y canutillos rellenos de arroz con leche. Y claro, para despachar tan ingente cantidad de comida, bebimos. Bebimos como si llegara el fin del mundo o nos fueran a quitar las

copas. Doce botellas de Dom Pérignon con el marisco y el besugo, ocho de tinto Vega Sicilia Único con la carne y el queso, y dos de Pedro Ximénez con los canutillos. Para cuando llegamos al café y las copas —*whisky* y *armagnac*—, llevábamos todos un pedo tremebundo, enloquecido. Unos más que otros.

A Dimitri nunca lo había visto en ese estado. Se levantó para ir a mear y se cayó con silla y todo. Incluso el circunspecto primo Iván voceaba y sudaba como si estuviera en un baño turco. Dimitri consiguió volver solo del servicio. Se había lavado la cara y parecía haberle bajado algo la borrachera. No era así. Pidió silencio en la mesa y dijo con voz espesa pero autoritaria:

—¡A ver! ¡Quiero un revólver! El tuyo, Nepo.

Nepo se había quitado durante la comida la extensa chamarra vaquera y mostraba la funda sobaquera de cuero y la culata de un revolver bajo la axila. En contraste con su tamaño, el arma parecía el juguete de un niño pequeño.

A todo el mundo se le cortó el vacilón y nos quedamos expectantes. El primo Iván frunció el ceño con gesto preocupado.

Nepo desenfundó el revólver, un Ruger, y se lo tendió al jefe sosteniéndolo por el cañón, que era de longitud mediana.

Dimitri abrió el tambor y dejó caer sobre la mesa cinco de los seis cartuchos de calibre 38 especial. Colocó el tambor en su sitio con un brusco giro de muñeca y lo hizo girar con un golpe de la palma de la mano.

—Un poco de diversión fuerte —dijo Dimitri con la lengua trabada—. El momento lo pide. Vamos a jugar una partidita de ruleta rusa. Somos seis. El número perfecto para el juego perfecto. El juego en el que no se gana nada, pero se puede perder todo.

Los demás, menos el primo Iván, nos reímos con nerviosismo y le pedimos que se dejara de bromas. En ese momento, sacó de un bolsillo y puso sobre la mesa, al lado del Ruger, el soldadito de plomo que había llevado para la ocasión. Era un guerrillero bolchevique apuntando con su revólver, un reconocible Smith & Wesson calibre 44 modelo Russian, sostenido con una mano y con el brazo extendido.

—No estoy bromeando, me cago en Dios —bajó el tono de voz, algo que en él siempre resultaba temible—. Es una orden. Vamos a jugar de verdad. Me apetece mucho. En este momento es lo que más

me apetece del mundo.

Entre las brumas del exceso de alcohol, que más que mantenerme el cerebro oscurecido me lo habían apagado, atiné a pensar que o era una casualidad que Dimitri hubiera escogido un soldadito con revólver o que la locura de jugar a la ruleta rusa no era consecuencia e improvisación debidas a la borrachera, sino que lo tenía pensado y decidido de antemano. Si era así, resultaba aún más inquietante.

—Solo una vuelta —prosiguió Dimitri—. Se hace girar el tambor cada vez. Seguramente no le tocará la china a nadie. Un sexto de probabilidad. Y si le toca a alguno, o a alguna —miró a Andone—, pues mala suerte y uno menos. Se le entierra por ahí, al pie de un árbol, en noble tierra navarra, y en paz. ¿Vale?

—Mitia, estás muy borracho —dijo el primo Iván en tono tranquilo. Al parecer se le había pasado la cogorza de golpe—. Todos lo estamos. No jodas y tengamos la fiesta en paz.

—¡A mí no me digas tú lo que tengo o no tengo que hacer! ¡Ni tú ni nadie! ¿Quién manda aquí? ¡Yo! ¡Sobre la vida y la muerte de cada uno de vosotros!

Dimitri estaba desencajado, preso de un ataque de locura etílica. Aunque si el alcohol saca a la luz lo peor de cada uno y lo enajena, es porque todo eso existe y reposa larvado en la oscuridad interior, esperando a que se abra la puerta de la mazmorra para salir y morder.

—Es una locura. Nadie va a jugar. Olvídalo y tomemos otra copa —dijo el primo Iván.

—¿Es que tienes miedo, primo Iván? ¡Venga! ¡Tú y yo solos! ¡A ver quién es el más valiente de los dos! ¡Quién tiene más cojones! ¡Que se vea!

»Yo empiezo. Así, igual no tienes que jugar y de paso te libras de mí.

Dimitri y el primo Iván estaban sentados uno enfrente del otro.

Por primera vez, vi que la relación fraternal —pero jerárquica— entre ambos tenía algún poso podrido, importante y profundo del que puede que ni ellos mismos fueran conscientes. Quizá Dimitri, sí. Empuñó el revólver, le dio otro golpe de vueltas al tambor y se lo llevó con lentitud, con demasiada lentitud, a la sien. Tal vez estuviera pidiendo lo que sucedió.

El primo Iván le arrebató el arma cargada con una sola bala de un manotazo brusco y a la vez limpio. En un segundo empuñó el revólver, lo amartilló, se lo llevó a la sien y disparó sin dudar mientras miraba a Dimitri a los ojos, o más bien a través de él.

Sonó el percutor sobre la cámara vacía. Dimitri se quedó con la boca abierta, paralizado, sosteniéndole la mirada a duras penas.

—Este era tu turno —dijo el primo Iván con voz neutra y cara inexpresiva, privada de emociones.

El primo Iván dio una palmada al tambor, que volvió a girar. Se colocó otra vez el cañón en la sien y apretó de nuevo el gatillo. El chasquido del mecanismo del arma sonó magnificado por el absoluto silencio de los presentes, incluido Dimitri.

—Y este el mío —añadió el primo Iván—. ¿Es suficiente? ¿Estás ya satisfecho, Mitia? ¿O quieres que siga hasta que me vuele la cabeza? A mí me da lo mismo, ya lo sabes —dijo con una frialdad que a la vez albergaba cierta dulzura envuelta en reproche.

El primo Iván colocó el revólver sobre la mesa, pero sin soltarlo. Bajo su manaza solo asomaban los extremos del cañón y la culata.

—¿Por qué me haces esto?

Dimitri formuló la pregunta como si una repentina tristeza le hubiera consumido la energía.

—Porque soy tu consejero y tu escudo. Juré librarte de todo peligro y matar y dar la vida por ti si es necesario. Y también si no lo es.

Dimitri se levantó de su asiento, esta vez sin caerse.

—Levántate —ordenó.

El primo Iván acató la orden, pero primero devolvió a Nepo su revólver.

Dimitri rodeó la mesa, fue titubeante y muy serio hasta el primo Iván, que le miraba a los ojos sin fiereza ni mansedumbre, y lo abrazó con fuerza. El escudo secundó el abrazo.

—Eres un fuera de serie, cacho cabrón —le dijo Dimitri—. En el fondo, siempre has valido más que yo.

—No lo creo. Por algo tú eres el jefe.

Los demás aplaudimos y vitoreamos como buenos pelotas. Acto seguido, volvió a correr el alcohol.

10

La curiosidad de las vacas

A don Leonardo le gustaba frecuentar mi compañía y tenía por costumbre buscarme por la casa y el jardín. Quién sabe por qué. Quizá la razón era que a veces recordaba que soy bilbaíno. Dimitri me contó que su padre solía decir que le gustó ese año escaso que pasó en Bilbao de niño, con su madre y sus hermanas, en un mísero piso de la calle Iturribide, donde los acogieron los abuelos maternos. Fue el periodo entre el asesinato de su padre, el huesero, y la travesía en los buques que le depararon vivir en la Unión Soviética. Aunque le tocó sufrir los bombardeos sobre Bilbao, le encantó vivir en una ciudad. Santesteban era lo más grande y alejado de Ituren que había visto hasta entonces. Cuando llegó a Moscú, la impresión tuvo que ser tremenda. Se lo pregunté, así como cuándo empezó a darse cuenta del tamaño de la ciudad. Pero no hubo manera de centrar el tema y me respondió con cualquier cosa. Nuestros diálogos, después de que me llamara señorito —me hacía gracia la perspicacia de que atisbara todavía en mí al señorito niño de papá que fui— y nazi y me disparara con su Tula-Tokarev, eran caóticos y por lo general carentes de toda lógica, como los del capitán Haddock con el sordo profesor Tornasol. Pero de vez en cuando, el mal de Alzheimer concedía una tregua a su exangüe cerebro y me decía cosas llenas de lógica, alternadas con sinsentidos y saltos a cualquier momento de su vida.

En cierta ocasión me habló con lucidez y amargura de su hijo, de Dimitri. Y también de lo que él hizo durante la Segunda Guerra Mundial. Su participación en la contienda fue en el terrible sitio de Leningrado y en la toma de Berlín. Lo que me contó sobre

Leningrado deseé que se debiera solo a un capricho horrible de su alterada imaginación. Pero creo que era cierto y que constituía su infierno particular y vitalicio. Lo de Berlín tampoco era precisamente de comedia.

Fue en el jardín, temprano —el anciano dormía muy poco—, mientras yo daba a Yeltsin, el asno alcohólico, su primer barreño del día de sopas de pan en vino tinto. Me extrañó que esa vez no me disparara antes de hablarme. Don Leonardo se puso a acariciar la cabeza de Yeltsin y a rascarle las orejas por dentro; esto último encantaba al animal, lo dejaba en trance. Don Leonardo era el único al que el agresivo burro no intentaba cocear. Ni siquiera al tocarlo mientras comía.

Entonces me dijo:

—Vete de aquí, señorito de Bilbao. Aléjate de mi hijo —Dimitri es hijo único—, no es buena compañía. Será mejor para ti. También dicen que el camarada Stalin es mala compañía y mala persona. Pero todos dicen muchas cosas; demasiadas. Todos mienten y todo es mentira.

»Me da vergüenza mi hijo. Me avergüenzo de haber ayudado a traerlo al mundo. Por lo menos su madre no ve en lo que se ha convertido: un jefe de asesinos, una sanguijuela.

El anciano contrajo un instante el arrugadísimo rostro en un gesto de pena y dolor; aunque no parecía posible, las arrugas se le multiplicaron. Don Leonardo tenía ochenta y tres años.

—Mi querida Nadiezhda. Mi pobre Nadiezhda Fiodórovna. Mi mujer.

A continuación dijo un par de frases en ruso con una suave entonación. Sin duda estaban dirigidas al fantasma de su mujer, al que parecía estar viendo en ese momento.

—Mi padre, en invierno, asaba castañas y nos las daba a los tres. A Inocencia no le gustaban. La tiraron al mar. A mi hermana pequeña Inocencia. Los marineros rusos. Envuelta en una sábana sucia. No se puede tener un cadáver a bordo, me explicaron mediante gestos. Por las enfermedades. Cabrones. Qué enfermedades ni qué niño muerto. Era tan pequeña… Tan frágil…

»Mucho mejores las nueces que las castañas. Y el melón que la sandía. Y… Le quiero porque es mi hijo, qué remedio. Pero es un canalla sin escrúpulos. Sin conciencia.

—No diga eso, don Leonardo. Un hijo es un hijo.

Y una castaña es una castaña. Brillante por mi parte.

Don Leonardo siguió hablando mientras le quitaba las legañas y le espantaba las moscas a Yeltsin.

—Un hombre sin conciencia es un animal, una bestia. Un hombre tiene que vivir con su culpa hasta que muere. No hay perdón. Ni olvido. Bien lo sé yo. La niña se me acercó porque creyó que iba a darle algo de comer. Un mafioso es un bastardo del capitalismo. Y del fascismo. La mayor vergüenza para un socialista como yo es tener un hijo mafioso. Él dice que lo dejaría todo de buena gana, pero que las cosas son complicadas, que ha ido demasiado lejos y que no puede dar marcha atrás. Que demasiada gente depende de él y a todos les da trabajo. Que no puede dejarlos sin medio para ganarse el pan. Cuánto cinismo. Fíjate, señorito, si es cínico y sinvergüenza. Me dijo que es un empresario y, a su modo, un socialista que hace el bien, crea riqueza y la reparte.

Dimitri me dijo una vez que se consideraba a sí mismo uno de los últimos románticos de verdad. Una especie de Robin Hood.

—Trata a las personas como si fueran sus soldaditos de plomo —continuó el viejo comunista—. Los coloca y los mueve a su antojo. O los derriba.

La colección de soldaditos de plomo de la casa de Navarra estaba montada en una habitación grande, cerrada con llave, a la que solo accedía Dimitri o aquel a quien quería enseñársela, estando él presente. El polvo se encargaba de quitarlo siempre la misma criada, bajo su vigilancia. La muchacha limpiaba con unos pequeños plumeros que pasaba con mucha delicadeza y meticulosidad por las figuritas y todos los elementos del decorado bélico.

En Navarra no tenía grandes batallas con muchos soldados, como aquí en Moscú, donde en una sala enorme ha recreado la batalla de Borodinó y la de Stalingrado con todo lujo de detalles del terreno y de las casas en ruinas. «Casi tres mil hombres entre las dos», me explicó. Y cuando me lo dijo, recordé las palabras de su padre: «Trata a las personas como si fueran sus soldaditos de plomo».

En Navarra, donde la colección es menos numerosa, tiene más de un centenar de pequeñas escenificaciones de todo tipo: una

inevitable batería carlista, con su munición, servidores y oficial al mando; una patrulla de caballería de coraceros franceses de la Primera Guerra Mundial; el duelo de
OK
Corral; una decuria de legionarios romanos luchando contra galos en un bosquecillo; un helicóptero artillado transportando marines durante la guerra de Vietnam; un elefante de guerra cartaginés con arqueros; una partida de guerreros apaches a caballo persiguiendo la diligencia con los personajes de la película de John Ford, entre ellos John Wayne disparando con el Winchester; o un piquete de ejecución falangista fusilando a dos milicianos contra el paredón. Dimitri pasa horas en esa habitación y la llave puesta para que no puedan espiarle por el ojo de la cerradura. Sí, confieso que lo intenté.

—Me cago en su padre, que soy yo —concluyó don Leonardo la invectiva sobre su hijo.

A continuación, dijo unas palabras en alemán en tono burlón, sonrió e hizo un gesto obsceno con la mano.

—Qué barbaridades les hicimos a las mujeres al entrar en Berlín. Éramos muy jóvenes y llevábamos mucho odio y ansia de venganza dentro. Pero aquellas mujeres no nos habían hecho nada. Eran guapas. Y eran inocentes. Nos daba igual. El que sea inocente que tire la primera piedra. Como con la que me abrió Yuri, mi compañero de mesa, una brecha en la cabeza —se tocó la frente, pero era imposible descubrir una cicatriz entre las profundas arrugas—. ¿Cómo se llamaba? Se me ha olvidado, pero lo tengo en la punta de la lengua.

—Ha dicho Yuri.

—No, Yuri no es. Bueno, qué más da. Queríamos venganza, *miest*, después de lo que nos habían hecho pasar en Leningrado. Y lo que no hubo más remedio que hacer para sobrevivir. Eso también fue culpa de los nazis.

El sitio de Leningrado —San Petersburgo— es uno de los episodios más largos y cargados de horror de toda la Segunda Guerra Mundial. Y, desde luego, hay unos cuantos entre los que se puede elegir. El cerco a la ciudad duró desde septiembre de 1941 a enero de 1944, casi novecientos días. La idea de Hitler, asesorado por un equipo de nutricionistas, era acabar con la ciudad por

hambre. Exterminarla. No se iba a admitir que Leningrado capitulara. Otra aplicación de la ingeniería a la muerte masiva: otro Auschwitz. Al fin y al cabo, los casi tres millones de personas sitiadas, entre tropas defensoras y civiles, no eran más que eslavos, otra raza inferior. Y además, comunistas. Se esperaba que prácticamente todos perecieran durante el primer invierno. No fue así. Antes de que el cerco fuera completo, Stalin empleó parte de los medios de transporte, que llevaban suministros básicos, para enviar a la población de Leningrado cien mil ejemplares de *Guerra y paz*.

—Queríamos vengarnos de todos los alemanes. Nos gustaba ahorcar a los viejos en las farolas. Verlos mearse mientras pataleaban. Y a ellas nos las jodíamos bien, con ganas, a fondo. Por el culo también. Con grasa de los tanques. Por la boca no; podían morderte. En el suelo, contra las paredes. En cualquier sitio. Algunas eran muy guapas. Todas estaban aterrorizadas. Todas gritaban. Pero ni así se nos bajaba el miembro, porque estábamos muy calientes y habíamos ganado la guerra. Éramos el Ejército Rojo. Después se entregaban voluntariamente y se dejaban hacer. La pelirroja tan guapa me chupó el miembro a cambio de una patata y un fondillo de vodka. Sus ojos azules claros, tan abiertos. Nunca los he olvidado. Por hambre. Qué vergüenza. Qué asco. No soy mejor que mi hijo.

De repente, gritó muy enfadado:

—¡Mitia! ¡Soy tu padre! ¡Como vuelvas a levantarme la voz y a decir esas porquerías te doy con la hebilla del cinturón en toda la boca y te salto los dientes! ¡Maldito crío!

»Era a finales de 1941. Pasábamos ya mucha hambre en Leningrado. Todos. También los soldados. Era insoportable. Y el frío. El frío con hambre se hace mucho más intenso. Yo había ido voluntario. Acababa de cumplir dieciocho años. La niña era muy pequeña. Muy frágil, igual que mi hermana. Tenía unos cuatro años. Estaba sola. Perdida. Probablemente sus padres habían muerto. Estábamos solos. A mí me habían mandado de enlace. La radio no funcionaba. Nadie me veía. Cuando Mitia era pequeño, yo tenía mucho miedo de que cuando salía a jugar a la calle algún adulto le hiciese daño. Que algún monstruo le hiciese algo horrible. Como lo que hice yo. Mi niño. Mi niño pequeño.

El anciano se estaba alterando mucho y pasándolo muy mal al

rememorar todo aquello. Intuí el clímax de la historia y me espantó. Intenté calmarlo un poco.

—Don Leonardo, tranquilo. Mejor déjelo y hablemos de otra cosa. Venga. Tranquilícese.

Me dirigió un vago y a la vez amplio gesto con la mano, como para disipar el humo de un cigarro.

—La niña estaba llorando. La llamé. Vino confiada. Seguramente por el uniforme. La pobre creyó que le iba a dar algo. Comida. La comida era ella. Pobrecita.

Ocultó el rostro entre las dos manos y sollozó con angustia, pero en silencio.

Según el sitio fue avanzando y toda provisión se consumió y todo animal fue devorado, la antropofagia en Leningrado se convirtió en moneda corriente. Hay testimonios sobre madres que cocinaban a sus hijos recién muertos para alimentar a los que aún sobrevivían. Pero no solo se dio el canibalismo con cadáveres. Había bandas organizadas que perseguían a personas indefensas hasta atraparlas y despedazarlas. No sé si tendrían también conchas de ostras afiladas para raspar la carne de los huesos y que nada se perdiera. La carne humana se llegó a vender en el mercado negro.

Don Leonardo se recuperó. Se secó las lágrimas con los dedos y respiró a fondo mirando hacia las montañas del final del valle.

Aquella niña no fue su única solución contra el hambre. El resto de carne quedó resumido en una lacónica, espeluznante y elocuente frase.

—Una vez que empiezas, cuando ya lo has probado, es muy difícil parar.

»Me hirieron en Krasny Bor. En una pierna. Casi me la tienen que cortar. Los cabrones de los falangistas nos dieron para el pelo.

Se refería a la batalla de Krasny Bor, en 1943. Los soviéticos intentaron romper el cerco, pero fueron rechazados por la División Azul, formada por voluntarios españoles, en su mayoría falangistas, a las órdenes del teniente general Muñoz Grandes. En esa batalla la División Azul mató a más de once mil rusos. Los españoles sufrieron casi cuatro mil bajas. Tras perder la batalla de Stalingrado, los nazis no pudieron mantener el cerco mucho tiempo más. Leningrado no cayó. No hay cifras oficiales, pero se especula que murieron dentro de la ciudad cerca de un millón doscientas mil personas.

—Stalin nos llevó a la victoria. No me creo que fuera un asesino que envió a tanta gente al gulag o los mandó fusilar. Era nuestro padre. Nos quería.

Para muchos comunistas de la época de don Leonardo, dentro y fuera de la Unión Soviética, el descubrimiento de que Stalin era un asesino de masas, un megalómano paranoico y otra encarnación del mal fue un auténtico trauma.

Dimitri tiene en la mesa de su despacho de Moscú una bonita reproducción en bronce, fechada en 1968, de la famosa escultura de Vera Mújina *El obrero y la koljosiana*. Seguro que a su padre le habría parecido una falta de respeto hacia la simbología comunista. Algo parecido a que el gran dragón del Ku Klux Klan tenga sobre la chimenea un retrato de Martin Luther King. También se encuentra sobre esa mesa el primer soldadito de plomo de Dimitri, el cosaco del Don con el caballo blanco cogido por la brida que le regaló su tío Vladímir, el ladrón que murió con una ostra en la boca cuya concha se ha afilado con los años.

El original de *El obrero y la koljosiana* es una épica macroescultura, de veinticuatro metros de altura y forjada en acero, que fue después el logotipo de los importantes estudios de cine Mosfilm. Representa a un obrero y una campesina, guapos y esbeltos, que avanzan decididos y al mismo paso hacia el paraíso socialista. Él porta en alto un martillo y ella una hoz, que quedan emparejados.

Dimitri me contó que alguno de los chivatos que alimentaban la paranoia de Stalin le dijo a este que había oído que en la capa de la chica, de la *koljosiana*, fijándose bien podía encontrarse el perfil del rostro de Trotski formado con los pliegues. La estatua estaba ya terminada y esperaba el traslado a su destino: el pabellón soviético de la Exposición Universal de París de 1937. Se dice que Stalin se pasó una noche entera en el enorme almacén donde se guardaba la escultura, escudriñando la extensa capa de acero palmo a palmo. Por supuesto, no encontró el rostro de Trotski, su gran enemigo. Aun así, Stalin guardó rencor a Vera Mújina y después de la exposición de París la estatua fue colocada en una ubicación de importancia secundaria, a la entrada del Centro Nacional de Exposiciones de Moscú.

—Qué más da todo —don Leonardo se encogió de hombros y

sonrió con amargura—. Todo concluye y nada importa. Ya muy pronto. Eso espero. No puedo más —volvió a mirar hacia los montes—. Esta noche he soñado que de allí, de los montes con nieve, venía a visitarme a mi cuarto el viejo león. Tiene toda la melena blanca, como yo. A veces viene aquí, al jardín, ruge y quiere comerse al burro. Pero yo no permitiré que lo haga, no te preocupes —le dijo a Yeltsin.

Abrazó al asno, lo besó en las orejas, me ignoró y se dirigió al establo hablando solo.

Unos días después, Dimitri me pidió que lo acompañase a dar un paseo por los senderos, desde Zubieta hasta Ituren. Durante la caminata —para mí todo paseo por el campo lo es, por breve y llano que sea—, le pregunté si su padre le había contado alguna vez historias de su participación en la Segunda Guerra Mundial. Me respondió que jamás había hablado de la guerra, y que las veces que le preguntó, de chaval, se negó a contar nada. Mantuve punto en boca.

Como siempre, los monjes etarras nos acompañaban. Uno nos precedía por el sendero, media docena de pasos por delante, y el otro nos seguía, a la misma distancia.

Llegamos a un prado, flanqueado por el río, en el que pastaban unas cuantas vacas libremente. Dimitri dejó el sendero y se internó por el prado.

—Ven —me dijo—. Verás un comportamiento curioso de las vacas. Mejor dicho, las que muestran curiosidad son ellas. Me lo enseñó el bobo de Boni.

»Vosotros aquí quietos —ordenó a los monjes etarras.

Fui en pos de él por el prado. Nos quedamos como a unos veinte metros de las bestias. Dimitri siguió ordenando.

—Tumbémonos en la hierba, boca arriba. Y quietos. No tengas miedo, no hacen nada.

Me tumbé; qué remedio. No las tenía todas conmigo. Las vacas son muy grandes, pesan mucho y tienen cuernos. Se nos fueron acercando parsimoniosamente y nos rodearon. Hablé en voz muy baja. Él también:

—Dimitri.

—¿Qué?

—Estoy acojonado. Estos rumiantes me pueden arrancar la nariz

de un bocado. O pisarme la cara.

—Que no. Calla. Y estate quieto. No te muevas en absoluto.

Las vacas nos olisquearon con curiosidad. Los morros a muy pocos centímetros de la cara. Nos miraban absortas, como si observarnos allí tumbados, desde muy cerca, las hipnotizara. Una de ellas me dio una lengüetada en la mejilla. No me hizo falta afeitarme ese lado en varios días.

Después, cuando perdimos interés para ellas, se fueron con la misma cachaza.

Dimitri se estiró en la hierba como si lo hiciera en su cama, recién despierto.

Recordé el proverbio genovés que cita Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache*. «Dichoso el hijo que tiene a su padre en el Infierno».

Dimitri miró cómo corrían las nubes por el cielo y me dijo algo nefasto.

—Pacho, comienza el verano. Noto la lejana llamada de la santa y puta madre Rusia. Nos vamos a Moscú.

Tercera Parte

El balazo en el árbol
o
Los feroces gemelos siameses

Cada uno de ellos era fundamentalmente normal, pero juntos formaban un monstruo. En realidad, es extraño pensar que la presencia de una mera banda de tejido, un andrajo de carne no mayor que un hígado de cordero, pudiera transformar la alegría, el orgullo, la ternura, la adoración y la gratitud hacia Dios en horror y desesperación.

VLADÍMIR NABOKOV, *Escenas de la doble vida de un monstruo*

11

Si de verdad quieres ir a París, mátalo

—Así es como se demuestra la fidelidad entre los nuestros. Si de verdad me eres fiel, dispara: mátalo. Cumple mi orden.

Dimitri me hablaba desde muy cerca. Lo hacía con un tono tranquilo, pero inapelable.

—Si de verdad quieres ir a París, si de verdad lo deseas tanto, mátalo. Y yo cumpliré mi palabra. Esta es la única condición. El precio. No es caro.

Era como tener a Satanás hablándote al oído, tentándote para que le vendas el alma.

Dimitri bebió un sorbo de *whisky* y me pasó la botella de Chivas Regal. Bebí un largo trago que, al pasar por las fauces, hizo honor al sobrenombre de agua de fuego.

—No me obligues a hacer esto. Es terrible y no soy capaz. Te lo ruego —musité.

Me costaba respirar y notaba en todo el cuerpo los latidos de mi corazón acelerado.

—No es más que un chivato. Un mierda y un traidor que ha asesinado incluso a niños. Ha llegado su hora. Si no lo haces tú, lo hará cualquiera de estos.

Además de Dimitri, el condenado y yo, estaban presentes los monjes etarras y tres hombres de Dimitri, tres rusos grandes y toscos con caras crueles. Todos ellos se mostraban circunspectos y callados.

El primo Iván no estaba; había ido a San Petersburgo, la antigua Leningrado.

—Aprovéchate y saca tajada, querido Pacho. Si no, creo que

tendré que decirte adiós y que cada uno siga su camino. Esto es lo primero que te pido desde que nos conocemos. A tu edad yo no despreciaría subir al que con toda probabilidad es tu último tren a la gran vida.

El sudor me caía por el rostro y en reguero a lo largo de la espalda. Y tenía las palmas de las manos completamente mojadas. Me costaba aferrar la culata de la pistola sin que se me resbalase. Bebí otro trago y le devolví la botella.

—Si esa pistola es como de juguete —trivializó Dimitri.

Era una Peters-Stahl alemana, de calibre 22; un arma de tiro al blanco, pero también de asesino profesional, idónea para asegurar la muerte en ejecuciones a menos de cinco metros. Dimitri explicó por qué.

—Dispara una balita de nada. No tienes más que metérsela en la cabeza y ella hace el resto; no tiene fuerza para volver a salir, rebota dentro del cráneo un par de veces y listo: puré de sesos.

»Tú no eres más que la mano que aprieta el gatillo. Quien ha dictado la sentencia y ha ordenado que este hijo de puta muera, hoy y ahora, soy yo. Es mi responsabilidad. Decídete de una vez. No tengo todo el día para dedicarlo a esta minucia. ¿Vas a obedecerme o no?

Notaba mucho calor. Y no lo hacía en aquel desnudo sótano. Había aire acondicionado, como en el resto del palacio moscovita de Dimitri.

El tipo estaba maniatado al respaldo de la silla en que lo habían sentado. También le habían amarrado los tobillos, por separado, cada uno a una pata. Le cubría la cabeza una bolsa de plástico gris, una bolsa de basura a la que le habían hecho una sucesión de agujeros con un cigarro para que pudiera respirar, pero no para los ojos. Los agujeros en arco formaban una macabra risa. Seguro que los había hecho Dimitri con su Montecristo del uno. Era propio de su peculiar sentido del humor. Agujeros como los de la pretendida boina de Zumalacárregui del asador de Ituren, pensé por absurdo dislate o válvula de escape de la mente torturada por la extrema tensión.

El tipo se limitaba a gemir de miedo de vez en cuando y cabeceaba un poco. Dijo alguna palabra en ruso que sonaba a súplica o a plegaria. Se notaba por la bolsa, que se le pegaba y

separaba rápidamente en la zona de la boca, que respiraba de un modo agitado y aún con mayor dificultad que yo.

—¡Venga! —Dimitri subió el volumen de voz; me asustó y di un respingo por encima del miedo—. ¡Ya basta de blandenguerías! ¡Hazlo!

Elevé con lentitud la pistola, que mantenía paralela al muslo. ¿Qué iba a hacer? ¡No podía hacer eso! A veces he sido una rata y una piltrafa carente de toda moral, pero tengo límites. Un asesinato está mucho más allá de esos límites. Sin embargo, seguí subiendo el arma. Me temblaba tanto la mano que tuve que aferrar la pistola con ambas. Dimitri me miraba con la curiosidad de las vacas en el prado.

Sabía que si mataba a ese hombre estaba perdido, acabado. Cada día al acostarme y al levantarme, ese fantasma me perseguiría para decirme que yo estaba en París por haberle metido una balita en la cabeza. Me lo diría una y otra vez, hasta terminar conmigo. Entonces, ¿por qué no gritaba una negación y tiraba la pistola al suelo de una vez? ¿A qué esperaba? Desde luego, no a lo que sucedió. A lo que por fortuna para mi conciencia sucedió.

De repente, el condenado de la bolsa comenzó a bambolearse, preso de una risa histérica. Eso no me sorprendió. Pero sí que acto seguido esa risa se transformara en una carcajada y que comenzara a hablar en ruso entre risas.

Dimitri puso cara de juguetón fastidio y me dijo:

—Ya lo ha jodido este idiota. Qué pena. Con lo bien que estaba saliendo.

Los tres sicarios rusos explotaron también en carcajadas. Hasta los monjes etarras se permitieron algo parecido a una risilla. Solo entonces comprendí. Un segundo antes de que Dimitri le quitara la bolsa al falso condenado, que lloraba de risa y pedía disculpas. Era un cerdo. Quiero decir que nunca he visto a una persona con mayor cara de cerdo. Una cabeza grande y cuadrada de tez rosada, con ojillos pitarrosos, pequeñísimos y muy juntos, sobre una nariz aplastada, inexistente. Si en vez de taparle la jeta de cerdo con la bolsa me hubieran dejado vérsela, quizá me habría resultado menos difícil dispararle.

Sentí en ese momento una misantropía profunda, cercana al odio, metafísica, hacia toda la condición humana.

Dimitri reñía al cerdo, también entre risotadas, y le daba capones en la cabezota mientras lo desataban. Pensé en escupirle en la cara, pero ya tema una mano libre y era solo algo más pequeña que una pala de excavadora.

—Has estado a punto, ¿eh? —me dijo el sádico, el enfermo mental—. Lástima. Nunca sabrás si hubieras apretado el gatillo —Dimitri me quitó el arma y me disparó, como solía hacerme su padre, para que comprobara que la recámara estaba vacía—. Lo malo es que tampoco yo lo sabré.

»No pongas esa cara de torturado, hombre, que no ha sido más que una broma.

—¿Esto te parece una broma? —atiné a decir.

—Muy pesada, lo reconozco. Ten, bebe.

Di otro trago y estampé la botella contra el suelo de cemento. Los presentes me abuchearon un poco y soltaron otra risotada. Dimitri me cogió la cara con ambas manos. No osé zafarme, pero me costó mantener el contacto.

—Venga, no te enfades, hombre. ¿Me perdonas?

—No.

—Pacho, te lo prometo. Te lo juro por lo que tú más quieras. Cuando termine el verano irás a París y comenzarás tu trabajo en mis restaurantes. Ahora quiero que estés aquí conmigo. Tengo muchos líos que resolver en Moscú y tú sigues siendo mi talismán de la suerte. Pero esta vez te doy mi palabra de honor de que irás a París. Sin más demoras. Y yo iré contigo. A supervisar al supervisor.

Fue en ese momento cuando vi con claridad que nunca iría a París a hacer ese trabajo. ¿Por qué entonces no me marchaba de Moscú y ponía fin a esa vida demencial sometida a los caprichos de semejante psicópata? No lo sé. Por abulia, por derrota, por masoquismo, por ser un paria, un débil. Por la suma de todo ello. Y por comodidad. Me dejé llevar por la corriente a la deriva, disfrutando de todos los privilegios materiales, que fueron muchos.

La superchería de la ejecución fue mi bautismo de espanto al poco de llegar a Moscú. Creí que nada peor podía hacerme aquel cabronazo y en medio de todo respiré con cierto alivio. Estaba muy equivocado. No sabía que me faltaba jugarme la vida de verdad ejerciendo la mendicidad en la calle Novi Arbat.

12

Vera y el Cardenal Mendoza

El restaurante de Dimitri en Moscú estaba situado, como sucedía con los demás de Europa, en lo más céntrico de la ciudad. En este caso, por supuesto, cerca de la Plaza Roja. El restaurante pertenecía a un lujoso hotel, el Бородино —los rótulos y carteles en cirílico, el noventa por ciento del total, producen la sensación de que a uno lo han analfabetizado de repente—. Me enteré de que esa jerigonza significa Borodinó, y que no solo el restaurante, sino todo el hotel, eran propiedad de mi llamémoslo anfitrión, por no decir mi dueño y señor.

El lujo del restaurante y el hotel Borodinó obedecía al mal gusto ruso: una tarta rococó; recargamiento y opulencia hasta lograr lo chabacano. Las lámparas de araña del comedor eran del tamaño de la nave extraterrestre de *Encuentros en la tercera fase* y el oro estaba presente hasta en los mangos de las escobillas de los váteres. El criterio me lo explicó Dimitri.

—En Moscú no basta con ser poderoso y rico. Es preciso demostrarlo y mostrarlo. Hay que hacer ostentación de todo y hacia todos, especialmente competidores y rivales. Dar envidia con lo más caro es la consigna.

Dimitri me pidió, es decir, me ordenó, que preparara ostras crocantes en la cocina del Borodinó para que aprendiera a hacerlas Nikita Vladimírovich Levin, su chef, que se parecía a Andréi Chikatilo, el destripador de Rostov.

El plato me salió mal porque lo hice sin motivación ni ganas. Sin embargo a Dimitri, que en realidad tiene un paladar muy limitado, le pareció bastante bien. El doble de Chikatilo se encogió de

hombros.

La residencia moscovita del mafioso sigue el patrón del alarde continuo; es un suntuoso palacio con jardín —rodeado por el preceptivo alto muro— situado en Rubliovka, una zona residencial a las afueras.

Si para proteger la casa de Navarra, Dimitri consideraba suficiente contar con Boni y Nepo, el palacio de Moscú estaba custodiado por un pequeño ejército que portaba a la vista subfusiles, escopetas de repetición y fusiles de asalto.

El palacio tenía su princesa, al menos en apariencia. Se trataba de Vera Nikolayevna Zhukova —el mundo es un pañuelo sucio; Vera era nieta del mariscal Zhukova, el primer defensor de Leningrado—, la amante oficial o mujer oficiosa de Dimitri. Vera vivía en el palacio. Con esta sí cohabitaba Dimitri: dormía con ella. Si no lo hubiera hecho, la naturaleza del personaje me habría parecido inhumana del todo.

Vera era una rusa de unos treinta y cinco años de una belleza y un porte impresionantes. Ni siquiera su alcoholismo era capaz de empañar la limpieza de sus apabullantes ojos azul turquesa, la luminosidad de su piel y la vida del cabello rubio. Era tan guapa que dolía mirarla. Y tenía un cuerpo de escándalo público con riña tumultuaria. Mediría por lo menos uno ochenta. Con tacones era más alta que Dimitri. Y siempre los llevaba, maravillosos tacones de aguja que realzaban unas piernas frente a las cuales las de Marlene Dietrich parecerían troncos de abedul. Lo único que mermaba la incuestionable belleza de la inquilina del palacio era la inexpresividad habitual y congénita, el que solo hablara ruso y que siempre iba pedo. Por la costumbre, sobrellevaba con cierto aplomo esas borracheras sordas que intentan encubrirse con hieratismo, cabeza alta y un esforzado aire de imposible dignidad. Mantenía la mano derecha perennemente soldada al vaso —y la izquierda a un Winston extralargo *made in*
USA
—. Bebía *brandy* español, Gran Duque de Alba y, sobre todo, Cardenal Mendoza, siempre con hielo y soda. Otro paladar exquisito.

No hacía nada ni se dedicaba a nada, aparte de levantar vidrio, ir a fiestas y ver la tele. ¡Ah! Y practicar su afición, su juego, del

que ahora hablaré.

Solía llevar encaramada al hombro a su denterosa y agresiva mascota, un hurón siberiano con bozal al que llamaba Piotr. Al estricto carnívoro —los hidratos de carbono los obtienen los hurones del estómago de sus presas— le habían extirpado las uñas para que no arañara la sutil piel de su ama y lo habían capado. Piotr tenía un carácter odioso —no era de extrañar—, y además estaba loco a causa de una campanilla colgante del collar que lo estrangulaba —a estos bichos es difícil ponerles collar porque tienen el cuello tan ancho como la cabeza, igual que le sucedía al cerdo del simulacro de ejecución— y sonaba con un insoportable *¡tilín!*, muy agudo, a cada movimiento del capitidisminuido mustélido.

A Vera también le gustaban las apuestas y los juegos. O al menos participar en uno concreto, que es como reina por un día pero al revés y hace furor entre las ricas rusas que están muy buenas, que son la gran mayoría por razones consortes obvias.

A los moscovitas parece que también les gustan las mixtificaciones, como a los navarros del norte. Así que es lógico que la mezcla de sangres de Dimitri haya dado como resultado al sujeto más mentiroso del mundo.

Hay una empresa con sede central en Moscú que se llama Mister Game, cuyos clientes son millonarios que se aburren. Por un precio desorbitado te meten durante un tiempo en la piel de lo que quieras ser, en cualquier lugar del mundo. Con todo verismo y hasta el mínimo detalle de un guion prefijado hasta donde es posible, según las características del rol. Desde pintor bohemio en Montmartre a mercenario de Blackwater en Bagdad, pasando por *garimpeiro* sumido en un enjambre humano de la Amazonia. La responsabilidad de la empresa por desaparición o deceso del cliente es limitada, según especifica el pormenorizado contrato. Hay gente para todo.

El juego en cuestión al que es aficionada Vera es hacerse pasar por puta. Las prostitutas rusas están buenísimas, todas. Las de hotel, las de bar o las callejeras. Son bellezas eslavas altas y esbeltas, pelirrojas y rubias de ojos claros. Dimitri tiene un inmenso bar, con un centenar de putas, precisamente en la funesta calle Новый Арбат, sí, Novi Arbat.

Para hacerme olvidar —casi lo consigue— la atroz broma de la

ejecución del cerdo, Dimitri me dio en su bar de putas barra libre ilimitada en todos los sentidos. No voy a decir que a lo largo del verano terminara cansado de follar, pero casi. Durante la visita cotidiana, mientras escogía a la dama de la velada —conocidas bíblicamente ya más de la mitad, era lo que más me divertía—, solía recordar aquella promesa del *Atharvaveda*, que recogen los también mixtificadores Borges y Bioy Casares en el *Libro del cielo y del infierno*: «En el mundo celeste dispondrá de un ejército de mujeres y ni el fuego consumirá su miembro». El fuego no sé, pero me ponía bien a copas cada día —incluso llegué a la degradación de beber vodka—, y a veces no se me levantaba ni con aquellas mujeres de ensueño. Moscú, Moskva, Москва induce al alcoholismo. Por eso hay tanto borracho.

A Vera le gusta hacerse pasar por puta callejera. Es un juego con apuestas en el cual, teniendo en cuenta lo antedicho del alto listón físico general, la diosa beoda no partía con mucha ventaja. Además, Vera en realidad compite con sus homólogas. El juego consiste en que la amante de Dimitri y alguna otra amiguita maciza se mezclan con las putas de Yaroslávskoye Shosse, una de las salidas de Moscú. Los acompañantes que llevan las ricas juguetonas consiguen sin palabras que sean bien recibidas tanto por las profesionales como por sus proxenetas. El uso y costumbre de selección comercial en esa zona de prostitución es que cuando llega un coche con un posible cliente, este se coloca frente a un muro que ilumina con los focos del vehículo. Allí, como en una rueda de reconocimiento policial, paredón de ejecuciones o escenario minimalista, desfilan las putas de seis en seis. Un parpadeo de los focos indica que pase otra media docena. Así hasta que el cliente escoge a la que prefiere.

Vera y sus amigas se ponen juntas, en la misma remesa, para tener igualdad de oportunidades. Apuestan entre ellas fuertes sumas. Gana la primera a la que escogen. Cuando esto sucede, uno de los pistoleros de escolta indica sin más al cliente que elija a otra. Nadie pone pegas.

Natalia, una amiga de Vera bellísima y también alcohólica, que era mujer de un lugarteniente de Dimitri, ganó una de las apuestas. Le gustó el cliente y llevó el juego hasta el final. Montó en el coche y se fue con él. Debidamente informado el capo cornudo, tiró a Natalia de casa, no sin antes cortarle personalmente las orejas.

La mafia rusa es un mundo propio que está fuera del tiempo, de la civilización y de las leyes. Un mundo despiadado que venera los ritos arcanos y la crueldad antigua de los castigos con arma blanca.

Dimitri trata a Vera con amabilidad y cierta ternura, pero distinta y más distante que el cariño con que se dirige a Consolación, a pesar de la falta de contacto físico con esta. Pensé que Vera era para Dimitri poco más que un objeto de lujo, otra muestra de su estatus. La princesa con alma de puta que servía de acompañante, alimento de la vanidad y coartada para mantener un palacio en Moscú.

Creo que, hasta llegar a Moscú, no me di cuenta de algo que era tan evidente y estaba tan a la vista como sucedió con las ostras. Me refiero a lo solo que estaba Dimitri. Lo inmensamente solo. Es probable que se debiera a su opción vital de no anclarse a nadie para evitar ser vulnerable, o quizá era incapaz de amar y de dejarse amar porque esa soledad anidaba en la propia esencia de su alma impermeable y enfriaba su capacidad sentimental hasta congelarla. Estaba tan solo como yo.

Otro de los objetos de lujo de Dimitri era su Rolls-Royce. Aunque el poseerlo también obedecía a razones de seguridad. Estaba blindado y le habían puesto cristales antibala. Era como ir por la ciudad en un precioso tanque.

Una muestra de los contrastes y contradicciones del Moscú actual, donde se encuentran los ricos más ricos y un ingente número de pobres, se encuentra en la plaza Lubianka. Allí está el famoso edificio cuadrado y amarillo que, junto con otros dos que lo flanquean, fueron las sedes del
KGB
y hoy lo son del
FSB
. Cerca de allí situaba Dimitri el restaurante clandestino al que les llevaba el malogrado tío Vladímir al primo Iván y a él.

Pues bien, enfrente de los siniestros edificios, al otro lado de la plaza, hay hoy en día un espectacular concesionario de Rolls-Royce con un inmenso escaparate en el que se alinean no menos de diez modelos. En la matrícula provisional de cada uno pone: «Russian Rolls-Royce».

El Rolls-Royce de Dimitri es un Phantom gris claro metalizado.

Lo conduce una mujer, su chófer de confianza. Es una guapa cuarentona, un tanto obesa, que fue capitana de zapadores en el ejército y que apenas atiende al nombre de Valentina Stepánovna, haciendo gala de la consabida simpatía moscovita.

La noche que sucedió lo que quiero contar, nos dirigíamos en el Rolls-Royce a cenar al Borodinó. Como cuando lo conocí, el primo Iván iba de copiloto. Vera también venía, ocupaba el centro del asiento trasero, y Dimitri se sentaba en el lado derecho. Nos seguían los monjes etarras en un Mercedes deportivo descapotable.

Nos paramos porque nos pilló un semáforo en rojo o una de las frecuentes retenciones del tráfico, no recuerdo. En Moscú, en hora punta, los atascos son constantes en todo el centro de la ciudad pero también pueden producirse a cualquier hora y en cualquier barrio.

Dimitri vio por su ventana que en la acera de la calle un hombre abofeteaba a un niño mendigo de unos siete u ocho años. Le golpeó dos veces en la mejilla derecha, con la palma de la mano, bastante fuerte, y después le dio una patada en el culo, mientras huía, que lo despegó del suelo. El niño se alejó lloriqueando, cojo y frotándose el trasero. Sin perder de vista la escena y con voz tranquila, Dimitri dijo:

—Primo Iván, pásame por favor un hierro. El revólver.

Sin hacer preguntas, el primo Iván echó mano al tobillo y le tendió por la culata el pequeño pero potente Smith & Wesson.

—Ahora vuelvo.

Dimitri salió del Rolls, ocultó el revólver bajo el faldón de la americana, pasó entre los coches parados y llegó a la acera.

El monje etarra copiloto se bajó también del coche, pero permaneció al lado de la puerta, a la expectativa.

El tipo que había pegado al niño ya seguía su camino. Dimitri lo alcanzó y le tocó el hombro. El tipo se dio la vuelta. Sin mediar palabra, Dimitri le pegó un tiro en la rodilla. El tipo cayó al suelo y se puso a dar aparatosos gritos agarrándose la rodilla con las dos manos ensangrentadas. Con la rótula pulverizada por una bala del calibre 44, su cojera iba a durar un poco más que la del niño por la patada en el culo.

Dimitri volvió al coche con paso decidido, pero no acelerado, en el momento en que el semáforo se ponía en verde o el atasco cesaba.

13

Los hijos únicos

Aparte del tiempo que pasaba en el bar de putas de Dimitri y del que dedicaba a acompañarlo cuando lo requería, el resto lo tenía libre. Me dediqué a conocer sin orden ni concierto la inagotable ciudad en la que todo lo que encontraba ofrecía también su contraste, su negación, como en un espejo embrujado que devolviera la imagen despojada de protecciones; el reflejo del alma desnuda de toda coraza o disimulo. El oropel, su reverso y el reverso del reverso. La dialéctica.

Hablando de protección, Dimitri me puso dos guardaespaldas, dos silentes rusos de la escuela de los monjes etarras que me llevaban en coche —un confortable Saab— y me acompañaban a todos lados discretamente. Dimitri tenía enemigos en Moscú y extremaba las precauciones hacia su persona y los suyos. Supongo que yo estaba encuadrado en la categoría de mascota humana, solo un poco por encima de Yeltsin y Piotr, y velaba por que no me secuestraran o me liquidaran con el fin de fastidiarle un poco.

Disfruté del callejeo por Moscú, del metro, de todos los museos y de los monumentos y la arquitectura, incluso de la soviética. Me impresionaron las enormes siete torres de Stalin, conocidas como las Siete Hermanas, fantásticos rascacielos de estilo gótico soviético repartidos estratégicamente por la ciudad.

No pude visitar la momia de Lenin en la Plaza Roja porque estaban cambiándole el bálsamo, operación que al parecer se realiza con frecuencia para que no se descomponga la reliquia.

Una tarde hice turismo guiado por Dimitri. Un peculiar turismo.

Primero me llevó a lo alto de un edificio emblemático, el

llamado La Casa Rusia. Me contó que cuando eran chavales, al primo Iván y a él les gustaba subir allí, al tejado, para contemplar la ciudad que un día iba a estar a sus pies, como lo estaba desde aquella altura que permitía una vista panorámica con el Kremlin al fondo.

—Y también aquí le di por primera vez un beso a una chica —me confesó Dimitri—. La feuchilla Natasha, para mí en aquel momento la muchacha más hermosa de Moscú, o sea, del mundo entero.

—¿También te acompañaba el primo Iván en esa ocasión? —bromeé.

—No, qué va —se rio—. El primo Iván tenía sus propias novias por ahí. Siempre más guapas que las mías, aunque te sorprenda.

Dimitri me contó anécdotas de su época de chaval junto al primo Iván. Vivían con sus padres en pequeños pisos del barrio de Chístiye Prudi, poblado por obreros, funcionarios poco importantes y familias bien. En la etapa soviética todo estaba mezclado.

—Chístiye Prudi significa «estanques limpios». Antiguamente era un barrio de carniceros que arrojaban los despojos a esos estanques, que se conocían como los Asquerosos. De hecho, yo vivía en la calle Miasnítskaya, o sea, «carniceros». El primo Iván vivía muy cerca, en el callejón Potápovski. Luego se limpiaron, por eso le pusieron ese nuevo nombre.

Eran dos buenas piezas, los primos. Más que travesuras y gamberradas, sus correrías entraban en el terreno de la delincuencia juvenil. La forja lógica de dos mafiosos, supongo.

—Entre nosotros hablábamos en español, el idioma en el que siempre nos hemos comunicado el primo Iván y yo. A los chavales de nuestra banda del barrio eso les ponía nerviosos y les sentaba mal. Pensaban que usábamos nuestro otro idioma para conspirar contra ellos ante sus narices sin que se enteraran, lo cual por otra parte era cierto.

»Recuerda que la madre de Iván, mi tía María Josefa Urroz, es también española, la hermana de mi padre. Todavía vive. Los Urroz somos de buena pasta; sólida fabricación navarra. Sigue viviendo en la misma casa en que crio al primo Iván. A ver si voy a visitarla un día de estos. Siempre fue como mi segunda madre, sobre todo desde que perdí a la mía. El padre, Iván Serguéievich Korol, un pobre

hombre, murió ya hace años. Era obrero en la fábrica de coches Moskvich. Se pasó la vida en una cadena de montaje. Tanto él como mi madre, que se dejó la salud en la limpieza de altos hornos, como te conté, fueron el ejemplo de lo que no queríamos ser el primo Iván y yo. Ni tampoco funcionarios de la base del escalafón, como mi padre. No hay que malgastar la vida. Picábamos más alto.

—Sobre todo tú.

—Es curioso que ninguno de los dos tuviéramos hermanos. Somos hijos únicos.

—Y ninguno de los dos habéis tenido hijos. Tampoco el primo Iván, ¿no?

Dimitri respiró profundamente antes de responderme.

—El primo Iván, sí. Una niña. María Ivánovna Korol. Esa es precisamente nuestra segunda visita del día. Vamos allá. Cuanto antes, mejor.

14

La niña que jugaba al escondite

Dimitri me llevó al bulevar Novinski, una calle céntrica. Entramos en un amplio patio interior delimitado por las casas. En Moscú es frecuente que las grandes arterias y avenidas se vean compensadas por una disposición interior, tras las casas, que permite una vida urbana más apacible, protegida del ritmo frenético de la muchedumbre en las calles y del ruido del constante tráfico por los numerosos carriles de las vías. Es lo que sucedía en el bulevar Novinski. Ese patio era un lugar de reunión y esparcimiento a salvo del bullicio; una zona ajardinada con árboles, césped, bancos columpios y un tobogán para los niños.

Precisamente, los niños habían salido ya de las escuelas. Unos cuantos jugaban por allí, cerca de los consabidos ancianos impasibles como tortugas y alineados en un banco.

Dimitri se dirigió a un árbol, creo que era un tilo, que ocupaba el centro de la placita. Me pidió que me acercara y me indicó una marca en el tronco, una muesca, más bien una hendidura, como a un metro y treinta centímetros del suelo.

—Esta marca la hizo una bala, hace ya muchos años, pero a mí me parece que fue ayer —dijo Dimitri—. El árbol no se ha recuperado de la herida, igual que todos los que vivimos aquella terrible tragedia, aquella monstruosidad.

»El asesino sacó la bala disparada de la madera con la punta de una navaja o de un cuchillo para no dejar rastro. Fue en 1985, el 27 de agosto de 1985. Dentro de unos días se cumplirán veintidós años de lo ocurrido. Cada año, cada 27 de agosto, el primo Iván y yo venimos aquí, a solas, nos bebemos una botella de *whisky* entre los

dos, al pie de este árbol, y lloramos juntos. Pensar que la pequeña María tendría ahora casi treinta años.

Dimitri mantenía la vista fija en la hendidura del tronco. Los ojos se le pusieron vidriosos. Procuró rehacerse.

—En aquella época, el primo Iván y yo éramos capitanes a las órdenes de Irina y Arkadi Timoshenko, los siameses ucranianos, dos tarados en todos los sentidos a los que pronto conocerás. Estamos invitados a una de sus fiestas salvajes en el hotel Kosmos. Y no me queda más remedio que hacer acto de presencia por política de buena vecindad. Ahora han cambiado las tornas y soy más importante que ellos. Eso les jode. Son rastreros, envidiosos y acomplejados. Continúo.

»La pequeña María, la única hija del primo Iván, tenía siete años. Jugaba aquí, en este mismo parquecillo. El primo Iván y María, su mujer, vivían ahí —Dimitri señaló la trasera de una casa pintada de amarillo claro y cuajada de ventanas cuadradas e iguales.

»Los otros niños, los amigos de María, explicaron después que estaban jugando al escondite. María la llevaba y contaba los números en alto, de cara al árbol y con los ojos cerrados. El asesino hizo volverse a la niña, le apoyó la cabeza contra el árbol y le disparó en la frente. La bala atravesó la cabecita y se clavó en el tronco.

Dimitri se puso a llorar con las facciones contraídas. Las lágrimas le afectaron el timbre de voz, agudizándoselo. Lo intentó compensar hablando más bajo. Los monjes etarras se dieron la vuelta en señal de respeto para no ver llorar a su jefe.

—La madre —continuó Dimitri— oyó el disparo y se asomó a la ventana. El resto de la escena ya te la puedes imaginar.

»Cuando todavía no habían retirado el cadáver de su hija, la pobre María Matvéyefna, sin cesar de llorar a gritos ni un momento, echó a correr y no dejó de hacerlo hasta que llegó a una estación del metro, donde se arrojó bajo las ruedas del primer tren.

Comprendí perfectamente por qué el primo Iván era un muerto en vida al que no le importaba volarse la cabeza jugando a la ruleta rusa.

—¿Y el primo Iván?

—Me costó mucho evitar que se pegara un tiro. Nunca había

visto a alguien tan deshecho. Fue espantoso todo aquello —Dimitri dejó de llorar.

»Con mucho esfuerzo, conseguí por fin convertir su desolación en odio, en necesidad de venganza. *Miest* —dijo en ruso. Como su padre cuando me habló de la entrada soviética en Berlín.

—¿Quién mató a la niña? ¿Y por qué?

—¿Por qué? Para hacer daño a Iván. Para destruirlo.

Recordé la conversación con Dimitri en Casa Contreras, en Madrid, sobre la razón por la que no había querido tener hijos.

—De hecho —prosiguió Dimitri—, después de las muertes de su hija y de su mujer, el primo Iván perdió toda ambición e interés. Y habría llegado lejos, incluso más que yo. Se ha conformado con ser mi consejero y mi escudo, como él dice.

»¿Y quién lo hizo? ¿Quién asesinó a la niña? Por entonces, tanto el primo Iván como yo ya teníamos enemigos. Algunos porque éramos hombres de los siameses —pensé que lo de los siameses era algún sobrenombre o apelativo metafórico; la realidad superó cualquier suposición—. Otros, por motivos personales. Sumaban unos cuantos. El primo Iván fue democrático y no se olvidó de ninguno.

Recordé las palabras que se atribuyen al general Narváez cuando el cura que le daba la extremaunción le exhortó a que se arrepintiera y perdonara a sus enemigos. A lo que el espadón respondió que no podía porque los había matado a todos.

—En menos de dos años se los llevó a todos por delante sin sacar gran cosa en limpio. Al final hubo uno que confesó. Claro que con lo que le hizo antes de matarlo, cualquiera confesaría lo inconfesable, hasta la crucifixión de Cristo.

Dimitri metió el dedo en el agujero del balazo como quien hurga en una herida y dijo:

—Yo creo que el asesino sigue vivo y en Moscú, campando a sus anchas. Confiado. No creo que fuera un *gastralyor*, un asesino de otra ciudad. Tarde o temprano se sabrá quién es y recibirá su merecido. Tan seguro como que al día le sigue la noche.

15

Los cazadores de pobres

El del calzón rojo esquivó un directo de derecha y le metió al del calzón blanco a la contra un cabezazo en la nariz que me hizo daño solo con verlo. Las escorias orgánicas que rodeaban el pequeño cuadrilátero jalearon la escabechina. La nariz del púgil quedó hendida como por un hachazo, tan rota que parecía un colgajo. La sangre primero salió a presión, después le cubrió la boca y por último resbaló sobre el pecho. Quedó grogui de pie. El del calzón rojo rodeó al de blanco para ponerse a su espalda, dio una vuelta de trescientos sesenta grados sobre sí mismo, voló y asestó a su vencido contrincante una fortísima patada con el talón desnudo en la nuca. El del calzón blanco cayó de bruces a la lona como si le hubieran golpeado con un martillo pilón. Dos ganapanes lo sacaron del *ring*. Me pareció que estaba muerto. Sin pausa, otro par de desgraciados entró para protagonizar el siguiente combate de lucha extrema, cuyas reglas son sencillas: vale todo. Para animarse o calmar el nerviosismo, uno de ellos entrechocaba los guantes de boxeo de cinco onzas como los leprosos del Siglo de Oro hacían con las tablillas de san Lázaro.

No muy lejos del cuadrilátero, en una zona de tresillos, un grupo de distendidos invitados charlaba, bebía y fumaba mientras a cada uno le chupaba la polla una puta desnuda colocada delante a cuatro patas. De cuando en cuando las furcias se metían con cierta desgana maquinal un par de dedos en el coño o en el culo para ofrecer un complemento visual a los que estaban enfrente.

Calculé que en toda la planta habría en total cerca de doscientas putas. Unánimemente desnudas y con sandalias o zapatos de salón

de tacón de aguja. Comprobé enseguida que su consigna era hacer cualquier cosa que se les pidiera y con cualquiera que se lo pidiera, o entre ellas.

La música que sonaba de ambiente era *El tamborilero*, «ropopompón», cantada por Raphael, quien siempre ha sido muy popular en Rusia. Me contaron que a Irina y Arkadi, los anfitriones, les encantaba Raphael.

Pasé a la siguiente de las grandes *suite*. Era la zona de orgía clásica. Resultaba impresionante ver follar a más de un centenar de personas a la vez. Todo polvos de hombre con mujer, tríos heterosexuales o, como mucho, con toque de campanillas entre las damas. Allí nada de mariconadas, ni siquiera travestís —y no es que los echara de menos, que conste—. Todos en bolas y los tíos follándose con furia a las tías. Entre los mafiosos rusos es prueba de virilidad mostrar en público el brío y las ganas con que se tiran a una hembra.

En cada esquina se encontraban platillos de oro macizo con montañitas de hachís, marihuana, heroína, cocaína, morfina, mescalina, *speed*, peyote,
LSD
, opio, anfetaminas, éxtasis y pastillas azules de Viagra. Cada platito con el rótulo del género que contenía, por supuesto escrito en cirílico.

Había camareros por doquier y varios cocineros que preparaban cualquier plato caliente al momento. La comida y la bebida se ofrecían en cantidades industriales. De lo más caro a lo más barato, todo junto. Caviar beluga buenísimo al lado de groseras salchichas cocidas; champán Dom Pérignon —no iban a ser menos que Dimitri— en las mismas cubetas que vodkas y dudosos aguardientes.

La gente comía y bebía con ansia. Vi a un par de tipos, con pinta de matarifes especializados en el manejo del machete de destazar, que comían con las manos cangrejos de río en salsa. Mis gorrinos de la porqueriza de Navarra eran más pulcros.

Ya había bastantes borrachos, que comenzaban a jalearse a sí mismos y a dar la nota. A uno, que perdió el conocimiento, sus colegas le quitaron los zapatos —no llevaba calcetines; necesitaba un corte de uñas con guillotina— y le pusieron entre los dedos de

los pies papeles enrollados a los que pegaron fuego para ver cómo hacía el pedaleo de bicicleta cuando las llamas le llegaran a los pinreles. Pedaleó con ganas.

Como siempre, descollaba el amor ruso por los juegos y las apuestas. Los que allí se practicaban —dejando aparte el espectáculo fuerte, la escalofriante lucha extrema—, estaban a la altura de las circunstancias y de la sensibilidad media de los asistentes. Con la curda les había salido la vena infantil. Varios trompas hacían torneos con putas montadas sobre ellos a caballito, que se tomaban en serio la justa y se agarraban, incluso de los pelos, hasta el derribo. Y también se practicaba una variante cafre y masoquista de la gallinita ciega mezclada con una piñata. Otra dama en cueros, con los ojos vendados y un garrote en las manos, sacudía aleatorios palos a una cuadrilla de tontos que formaba un corro y andaba de rodillas y con la cabeza baja para facilitar el correcto estacazo.

Los *jacuzzis* redondos, de cinco o seis metros de diámetro, estaban de bote en bote y servían para la práctica del sexo submarino. Pero había uno para uso exclusivo de borrachos bragados. Lo habían llenado de vodka y los que flotaban entre sus burbujas alcohólicas estaban presos de la más desaforada locura etílica, debida a los efluvios, amén de tener la piel como si los hubiesen escaldado. Uno de los bañistas dipsómanos se había ahogado. Tardaron en percatarse y sacarlo del agua, perdón, del vodka.

Me dijeron que en las fiestas de los siameses solía haber más de una baja, por diversas causas. No sabía en ese momento que iba a tener grandes posibilidades de engrosar su número.

Sin contar las putas ni el personal de servicio, estaríamos allí, no sé, quizá cuatrocientos invitados: todos hombres.

La bacanal se celebraba en el apartado hotel Kosmos, un desaforado semicírculo acribillado de ventanas, de un tamaño tal que probablemente, como sucede con la Gran Muralla China, puede verse desde el espacio. Tiene mil setecientas setenta y siete habitaciones. Para su fiesta, Irina y Arkadi habían reservado la última planta completa, todas las *suite*.

Yo había ido allí con Dimitri y el primo Iván, que se marchó pronto.

Después de recorrer por completo el extenso escenario de la fiesta salvaje y de ver todos los actos posibles de que es capaz la naturaleza humana —había incluso un minoritario concurso de coprófagos, que se ayudaban para llevar a cabo la escatológica pitanza de un grumo de caviar y un buchito de vodka en la boca, colocada en posición adecuada para recibir directamente del ano de la dama la ofrenda intestinal; era de reconocer la versatilidad de aquellas chicas—, procuré localizar de nuevo a Dimitri.

Durante la prolongada exploración me puse bien de todo. Lo que estos cabrones de rusos llaman un *lavit kaif*, un buen colocón. Todo menos follar; estaba ya harto de follar —jamás imaginé que podría decir algo así—. A pesar de que la cocaína era muy buena, acusé el efecto del alcohol. Cometí el error, frecuente en mí, de pasar del champán a los destilados. La verdad es que estaba de buen humor, contento de tener la oportunidad de contemplar una locura colectiva de semejantes dimensiones. Haberlo hecho sobrio habría resultado traumático. Pero en breve iban a chafarme el estado de ánimo dicharachero.

Encontré a Dimitri en una de las barras de bar. Estaba bastante pedo. Con lengua trabajosa, farfulló:

—Ven, Pacho. Voy a presentarte a los anfitriones. Merece la pena. Vas a alucinar.

Fuimos a la única *suite* que mantenía la puerta cerrada y custodiada por centinelas. Los *byki* —literalmente «toros»— personales de los Timoshenko. Uno de ellos hizo ademán de ir a cachearnos, pero el jefe de la guardia le indicó que no lo hiciera, saludó a Dimitri con respeto y nos franqueó la entrada. Por supuesto, nos seguían los monjes etarras, que no hablan ruso ni falta que les hace.

Mientras pasábamos, Dimitri me dijo:

—Detesto a estos dos anormales hijos de puta, los siameses. Son falsos y traicioneros a más no poder. Siempre están conspirando. Pero hay que guardar las apariencias. Ya sabes, en la medida de lo posible…

Le corté.

—Que tus enemigos no sepan que lo son.

—Eso es. Tienes buena memoria, como el primo Iván.

En medio de un amplio salón estaban de pie Irina y Arkadi

Timoshenko, los gemelos siameses, rodeados de unos pocos invitados de elite.

A lo largo de mi vida, sobre todo durante estos agitados últimos siete años, he visto de todo y he conocido a especímenes humanos asombrosos. Pero nada comparable ni de lejos con aquel par de elementos. Estar en su presencia producía un desasosiego difícil de definir: una mezcla de asco físico y miedo preventivo. Como el encuentro con unos entes distintos a lo conocido; seres de una naturaleza extrahumana que irradiaran maldad.

Eran iguales. Y siameses de verdad, unidos por la cadera —la izquierda de Irina y la derecha de Arkadi—. Dimitri me contó después que podrían separarse si quisieran. El nexo no era más que a través de un cartílago elástico operable con una cirugía sencilla. Pero habían decidido pasar la vida juntos en el sentido más radical del término. Y eso que no debían de llevarse demasiado bien, pues discutían entre ellos con frecuencia y airadamente.

En opinión de Dimitri, la que no quería la separación era Irina, que dominaba a su gemelo y era el auténtico cerebro de la banda Timoshenko. Le venía bien el que su gemelo fuera un hombre. Era impensable que una mujer sola fuera un *paján* de la mafia rusa.

Que se supiera, los siameses no mantenían una relación de pareja con nadie. Ya eran ellos una pareja. Una duplicación.

Borges recoge una antigua reflexión, creo que escandinava, no recuerdo bien —también podría ser de un heresiarca de Uqbar—, según la cual los espejos y el coito son monstruosos porque multiplican a los hombres.

No era el hecho de que fueran siameses lo que resultaba más inquietante, sino su rigurosa identidad. Ver una simetría perfecta en la que el eje era ese cartílago que unía sus caderas. Pero, sobre todo, lo más perturbador eran sus rostros, o mejor dicho, ese rostro repetido.

Resultaba difícil calcularles la edad. Alrededor de los sesenta, pero trazando un amplio círculo de imprecisión. Su palidez, los ojos tan claros —de un azul acuoso— y el cabello corto y de un color rubio desvaído les hacían parecer albinos. Se me antojaban unos monstruosos peces hervidos que te miraran con total inexpresividad desde el interior de una pecera aislante formada por su extraña naturaleza y su cruel disposición hacia el mundo. El turbador rostro

duplicado adquiría carta de naturaleza por la impasibilidad; tanta que en un primer momento podías pensar que también padecían parálisis facial. Ese hieratismo se veía potenciado por las intervenciones de cirugía estética a las que sin duda se habían sometido. Los delataban, como a todos los que se han operado, los pómulos marcados, de piel lisa y brillante, sin arrugas, y la frente desprovista de surcos. Son los rasgos étnicos de esta especie de raza artificial cada vez más numerosa en el mundo.

Antes de entrar en la mafia, los siameses Timoshenko habían trabajado en un circo. Los gemelos fueron escalando posiciones entre las demás bandas hasta formar su propia organización, al igual que Dimitri. Aunque según este, él había llegado más lejos y era más poderoso.

Resultaba extraño que dos seres así, un monstruo así, hubiera conseguido convertirse en jefe mafioso en vez de seguir en el circo. Los Timoshenko triunfaron a base de crueldad radical, carente de una mínima piedad. Se rodearon de feroces torpedos —asesinos a sueldo— chechenos, que pasan por ser los más salvajes y sanguinarios, los que siempre cumplen sus amenazas. Y fue una decisiva baza a su favor el que su grotesca condición, en vez de acarrear el rechazo y la burla, infundiera el respeto que suscita el miedo.

Irina y Arkadi vestían igual, con unos amplios pijamas de seda negra, muy parecidos al del camarero del yate de Dimitri que me dio el *dry martini* con sal, confeccionados en una sola pieza. Tenía que resultar curioso y perturbador verles vestirse a la vez esa prenda diseñada para una morfología parahumana.

No se distinguía quién era el hombre y quién la mujer más que por un detalle, ya que ese rostro propio de una pesadilla lenta no era masculino ni femenino, sino el paradigma de la androginia. Irina llevaba las cortas uñas pintadas de rojo sangre, un afeite que en tal gárgola resultaba tétrico más que coqueto; la guinda del desagradable conjunto.

En las manos se notaba que eran mayores, al menos sexagenarios. La cirugía estética todavía no ha conseguido borrar las manchas y arrugas de vejez del dorso de las manos.

Dimitri me presentó a Irina y Arkadi, que no me hicieron el menor caso, al menos aparentemente. También me presentaron a

Boris, el inmundo Boris, un escuchimizado pequeñajo de metro y medio, con cara de comadreja, que a pesar de su reducido tamaño también daba miedo. Tenía mirada de predador y exudaba violencia. El inmundo Boris me dio la mano muy ceremonioso y acompañó el saludo con una exagerada inclinación de cabeza. Supe pronto, antes de que nos pusieran a competir al uno contra el otro, que el inmundo Boris era para los siameses algo parecido a lo que yo era para Dimitri: su mascota.

Nos quedamos en la *suite* de los anfitriones. Dimitri hizo un aparte para conversar con ellos sobre sus riquezas y la rentabilidad de sus respectivos negocios, lo que entre los mafiosos y millonarios rusos —valga otro pleonasmo más— se llama *brat na pont*, «fanfarronear».

Por supuesto, en la *suite* todo el mundo hablaba en ruso. Salvo cinco tipos. Tres, de inequívoco origen latino, hablaban entre sí en italiano. De ellos, dos eran de la Camorra napolitana y se dedicaban a la exportación de lo que se llama falsificaciones de autor: copias perfectas de ropa y complementos de marcas como Chanel, Louis Vuitton o Armani.

—Un negociete de segunda. Lo que les corresponde a estos dos fenómenos de feria —sentenció Dimitri.

A los camorristas se les añadió otro italiano, un tipo con gafas de sol cerúleas y aire depravado, como de pederasta. Me dijo Dimitri que era Fulvio de la Figa, el magnate de las carreras de coches de fórmula uno.

Los otros que no hablaban en ruso eran dos árabes, vestidos a la europea, que bebían té. Debido a mi pedo, empujé a uno de ellos sin querer y se le derramó algo del té. Le pedí disculpas como pude. El cetrino árabe quitó importancia al asunto dedicándome una sonrisa helada de muchos dientes. Dimitri me explicó que seguramente la pareja de árabes sería de Al Qaeda.

—La venta de armas es el negocio principal de los siameses —añadió.

Irina y Arkadi también eran amantes de los juegos poco convencionales. Les gustaba mucho un peculiar deporte cinegético que practicaban en la inmensa red de alcantarillado de Moscú, una auténtica ciudad debajo de la ciudad que consta de pasadizos, interminables galerías, criptas, búnkeres, refugios antinucleares,

laberintos y urbes enteras construidas por los soviéticos durante la guerra fría. Es un submundo peligroso. Además de las hambrientas ratas hipertrofiadas, está lleno de viejas trampas, todavía en buen uso, colocadas por la
NKVD
—la policía secreta de Stalin— en los años treinta para atrapar y hacer morir de inanición a disidentes que se ocultaban en las cloacas. También hay bolsas de metano y de un gas tóxico innominado que sueltan las antiguas líneas telefónicas, además de cables pelados de alta tensión. Sin embargo, todos estos acogedores elementos no disuadieron durante años a los millares de personas que vivían o al menos pernoctaban en las cloacas. Eran los perseguidos por la policía o el ejército y mesnadas de pobres que se resguardaban allí del gélido invierno moscovita. Las tuberías del agua caliente que suben hasta las casas brindan una suerte de eficaz calefacción.

Circulan leyendas sobre sectas satánicas que celebraban en las cloacas sus macabros rituales y acerca de una nutrida —nunca mejor dicho— banda de mendigos antropófagos que se daba sus banquetes de carne humana en un recoleto colector. Así que era el escenario pintiparado —todavía me viene de vez en cuando algún ramalazo del pijo que fui— para los siniestros siameses, que organizaban con invitados grandes cacerías de pobres por las cloacas valiéndose de rifles y ballestas con miras de rayos infrarrojos.

Dimitri me contó que en la mansión de los mórbidos siameses —situada también en Rubliovka— había una sala secreta con las paredes ornadas con las cabezas de los trofeos humanos. Aseguró que él la había visto.

En ese momento, Irina y Arkadi habían tenido que prescindir de esa caza mayor, ya que la policía había sellado las principales entradas a las cloacas y vigilaba la red para evitar la colocación de explosivos por parte precisamente de Al Qaeda y de los terroristas chechenos.

Pero había otro juego que sí seguían practicando los siameses, o mejor dicho, hacían practicar. También pertenece al tipo de juegos de mixtificación, de fingir lo que no se es, como el de Vera con las putas.

Esa noche de la fiesta, Dimitri cruzó con los siameses una fuerte apuesta a ese juego, que consiste en vestirse con andrajos y hacerse pasar por mendigo. Se apostaron el control exclusivo de algo que Dimitri no quiso decirme qué era. Me importaba un huevo qué pudiera ser. La segunda parte de la apuesta, esa sí que me importaba. Vitalmente.

Para incentivar el que los paladines, los campeones de uno y otro —es decir, el inmundo Boris y yo—, pusiésemos toda la carne en el asador durante el juego, se apostaron también nuestras respectivas vidas. Así de fácil. La prueba tendría lugar al día siguiente, entre las ocho de la tarde y las once de la noche, en la calle Novi Arbat. Ganaría el que más dinero de los dos consiguiera mendigar en ese tiempo. El hijo de la gran puta de Dimitri no me dijo que se había apostado también mi vida hasta el momento de comenzar la competición. Al perdedor le pegarían un tiro. Me juró y perjuró que los siameses le habían obligado a que apostara mi vida. No le había quedado elección, dado el monto de la apuesta principal. El colmo. Cuánta delicadeza y tacto. La apuesta principal y la accesoria, la morralla: yo.

Yo sí que juré. Me juré que si salía con vida de aquella nueva aberración huiría de Moscú y de Dimitri Urroz para siempre. Volvería a España como fuera y tan rápido como pudiera.

16

Un billete de cinco mil rublos

Volvamos al presente. A este presente con una más que probable ausencia de futuro.

Así que por esta peregrina razón, o mejor dicho, sinrazón, estoy haciendo durante tres horas de mendigo en Gotham City. Son las once menos diez de la noche y en las casi tres horas he conseguido muy poco dinero.

Al inmundo Boris hace tiempo que no lo veo en la acera de enfrente. Estará peinando otra zona de Novi Arbat y sacando rublos a la gente por las buenas o por las malas.

Estoy acabado. Voy a morir en esta asquerosa ciudad, en esta ridícula calle. El jurado —o sea Dimitri, el primo Iván y los siameses— nos espera en un casino de estos últimos —cuyo edificio tiene forma de pagoda oriental— que está también en Novi Arbat.

Me doy por vencido. Me acerco al bordillo y miro pasar los coches. Ahora no hay atasco y ruedan rápido. Permanezco como en trance, bloqueado por el miedo y la angustia. Que vengan a buscarme y me lleven cuanto antes a la sala de ejecución. Que termine todo pronto y sin dolor. La suerte está echada. Es el final.

Noto que me tocan el hombro. Me doy la vuelta y veo muy cerca de mí a un hombre con traje, con la fea corbata aflojada y el rostro desencajado. Me habla en un atropellado ruso. Suda copiosamente. Muestra una tensión extrema. Saca de un bolsillo interior de la americana la cartera y rebusca nervioso, con manos temblorosas. Me da un billete que no había visto nunca, un billete de cinco mil rublos. Me habla algo más, se encoge de hombros y me entrega la cartera. A continuación, toma aire un par de veces, como un atleta

que va a realizar un esforzado ejercicio, y echa a correr en línea recta, entre los coches, sin mirar. Le golpea un enorme todoterreno negro, que lo lanza por el aire, pero no llega a tocar el suelo porque colisiona con el capó de una gran berlina que lo catapulta de nuevo hacia delante, donde cae al asfalto antes de que le pasen por encima las cuatro ruedas de otro coche más pequeño. Ninguno de los tres vehículos ha intentado frenar.

Estoy ya en el casino con forma de pagoda de los siameses. Hemos bajado a un sótano de desnudez muy parecida al del palacio de Dimitri. Parece que es el modelo estándar, tipo interior de búnker, para discretas sesiones de tortura y ejecuciones. Sigo disfrazado de mendigo.

En el sótano estamos los siameses, su *brigadir* —lugarteniente— Vania Spásov, cuatro de sus guardaespaldas, Dimitri, el primo Iván, los monjes etarras, el inmundo Boris y yo.

El inmundo Boris se vacía los bolsillos y proceden a calcular el monto de su dinero mendigado. Algunos de los billetes están ensangrentados. El total suma dos mil trescientos catorce rublos. Los siameses sonríen satisfechos. Irina acaricia la cabeza del inmundo Boris, quien está a su lado y agradece el gesto con mirada perruna.

Dimitri me mira con preocupación. Me mandan que muestre mi dinero. Lo pongo sobre la austera mesa metálica destinada al efecto. Al verlo y antes de contarlo, la expresión de los siameses cambia, pero sobre todo muta la del inmundo Boris. Mis limosnas suman siete mil cuatrocientos noventa y tres rublos y cinco kopeks. En la cartera del suicida, además del billete de cinco mil, había bastante más dinero. Dimitri me sonríe de oreja a oreja. Continúo flotando y miro para otro lado; sigo en estado de trance.

El inmundo Boris se arroja a los pies de sus amos, como en posición de orar a La Meca. Se queda muy quieto, con la frente apoyada en el suelo. Irina hace un leve gesto de cabeza. Spásov se echa la mano a los riñones, empuña una automática Bernardelli, la monta, le quita el seguro y le pega al inmundo Boris un balazo en la nuca.

No puedo evitar mearme en los ya de por sí sucios pantalones. La orina me desciende por una pierna y forma un charquito en el suelo de cemento. Los siameses y sus hombres señalan la mancha de

humedad y se ríen. Dimitri y los monjes etarras tampoco evitan una sonrisa. Todos se ríen de mí, menos el primo Iván y el inmundo Boris. Dimitri se acerca y me pasa un brazo por el hombro.

—¡Muy bien, Pacho! Estoy orgulloso de ti.

—Si hubiera perdido, ¿de verdad habrías dejado que me mataran?

—¿Tú qué crees?

Irina y Arkadi se ponen a discutir entre sí. Van subiendo el tono de voz y el grado de cabreo en progresión geométrica. Irina llega a darle una bofetada a su gemelo, que responde escupiéndole en la cara. Esta agresión mutua marca el punto álgido y el final de la bronca entre ellos.

Los siameses vienen en tromba a donde estamos Dimitri y yo.

—A ver —me dice Dimitri—. Estos dos monstruos tienen mal perder y muy mala leche.

Me retiro unos pasos. Ahora la discusión es con Dimitri, que al principio les responde calmado, pero pronto grita como ellos. El primo Iván se pone al lado de Dimitri, pero se mantiene en silencio.

Mientras, entran al sótano dos esbirros para llevarse el cadáver del inmundo Boris.

Los monjes etarras se colocan a los flancos de Dimitri y el primo Iván, dos pasos por detrás de ellos. Ambos ocultan la mano derecha bajo el faldón de la camiseta, por delante, y se nota que empuñan la culata de sendas pistolas. De sus hombros cuelgan las perennes bolsas de cuero. Clavan los ojos en los cuatro guardaespaldas y en Spásov, que mantienen una actitud parecida y expectante.

Los siameses están fuera de sí, especialmente Irina. En un momento dado, entiendo que Dimitri la desafía o le lanza un ultimátum. Irina se sorprende y enmudece. Los dos gemelos se miran un instante. Irina clava los ojos en Dimitri con una expresión crispada de odio concentrado, caricaturesca. La perturbadora inexpresividad del rostro duplicado solo se mantenía en ausencia de conflictos.

De repente, Irina le lanza una especie de puñetazo a Dimitri. En realidad le roza de arriba abajo la mejilla izquierda con el puño. Dimitri pone cara de dolor y aparece en su piel un doble corte largo y paralelo que va desde debajo del ojo al bigote. Me fijo entonces en que Irina lleva en el dedo medio de la mano derecha una sortija

de oro, un marcaputas con forma de cabeza de macho cabrío, cuyos cuernos son los que han trazado el surco de la herida duplicada.

Todos se tensan más y hay un amago de intervención, pero finalmente nadie osa moverse.

Irina aguarda la reacción de Dimitri y habla despacio y en voz más baja. Dimitri no se toca la mejilla para comprobar si sangra. En vez de eso, sonríe, mete la mano derecha en el bolsillo inferior de su ligera chaqueta de lino —una prenda habitual en él cuando hace calor—, la vuelve a sacar sosteniendo algo y, con una rapidez de visto y no visto, la pasa por el lado izquierdo del cuello de Irina, produciéndole un tajo de unos tres centímetros.

Dimitri sostiene en la mano la concha de treinta y ocho años de antigüedad que contuvo la última ostra que se llevó a la boca el tío Vladímir. La concha de borde afilado como un cuchillo que luce ahora una pincelada de la sangre de Irina, que sorprendentemente es roja y no como la pez o el ácido sulfúrico.

Los monjes etarras y los cuatro guardaespaldas sacan las automáticas y se encañonan unos a otros, a la espera de órdenes. Spásov y el primo Iván lo hacen unos segundos después, con estudiada lentitud, y se apuntan mutuamente. El primo Iván con su Beretta y Spásov con la Bernardelli. Los monjes etarras empuñan pistolas suizas Sig-Sauer de nueve milímetros y cargador para quince cartuchos, con designador de blanco por láser. Cada monje etarra cubre a dos guardaespaldas: los puntos rojos del láser pasan de la frente de uno a otro sin cesar. Los toros de los siameses apuntan con automáticas Ruger y Smith & Wesson.

La situación es lo que se llama en el argot de Hollywood *mexican standoff*, «empate mexicano». Si disparan, tienen muchas probabilidades de caer todos en la balacera. Reparto equitativo de ostiones.

Hay un instante de paralización y silencio general, que Arkadi quiebra con un chillido de rata, débil e histérico. Muy alarmado, saca un pañuelo y tapona el corte superficial de su gemela, que se deja hacer y mira a Dimitri, impávida.

Irina pone cara de asco y da un brusco manotazo a la concha de Dimitri, que este mantenía en la mano, delante de sí, mirándola. La vieja concha cae al duro suelo y se parte en dos.

17

Balas perforadoras de calibre cincuenta Browning

Desde el sótano se puede acceder al garaje privado del casino de los siameses, ya que está cerca y al mismo nivel. Tenemos allí el Rolls-Royce blindado, con Valentina, la chófer, esperando dentro, y el Mercedes descapotable de los monjes etarras. Son las doce de la noche. Todo lo del sótano ha sucedido en menos de una hora.

Tras el intercambio de tajos, Dimitri y los siameses se han cruzado amenazas futuras y ahí ha terminado todo por el momento.

Para asegurarnos poder salir del dominio de los Timoshenko sin contratiempos, Dimitri ha exigido llevarse a Spásov, desarmado, a modo de rehén y salvoconducto. Irina ha puesto la misma condición y ha instado a que sea el primo Iván quien se quede allí hasta que Spásov llame y diga que lo hemos soltado. Así se acuerda y se hace; los demás nos vamos.

Entramos en el garaje por una puerta interior. Calma.

Descubro por fin lo que los monjes etarras portan en sus bolsas: dos pistolas ametralladoras Ratmil, rumanas, en las que encajan largos cargadores con treinta balas de nueve milímetros.

Antes de subir al Rolls-Royce, Dimitri me dice:

—Sabía que tarde o temprano sería inevitable una guerra con estos dementes. Saldrá cara —sonríe—. Y para colmo de males me han roto el amuleto de la suerte. Toda la vida con él encima.

—Creía que tu pata de conejo era yo.

—Es distinto —dice serio—. Ahora lo importante es llegar a casa cuanto antes.

Dimitri hace sentarse al rehén delante, en el asiento del copiloto, y él y yo pasamos atrás. Los monjes etarras todavía no han subido a su coche. Con un arma en cada mano —la Ratmil en la diestra y la automática en la siniestra— cubren cada ángulo del garaje para asegurarnos la maniobra.

Dimitri abre una especie de cajón secreto debajo del asiento de Valentina. Es un pequeño armero del que saca una Sig-Sauer P-226, igual que las de los monjes etarras, y una pistola ametralladora Steyr a la que coloca el cargador. Después, manda arrancar a Valentina y apoya el cañón de la pistola en la cabeza de Spásov.

Pienso que he pasado ya tanto miedo que no sé si ahora estoy aún más acojonado o la saturación me ha servido de antídoto. Arrancamos.

Uno de los monjes etarras oprime el botón interior de apertura de la puerta del garaje y se queda a la espera de que lo recoja su compañero con el coche, que viene detrás de nosotros.

El Rolls-Royce inicia el ascenso de la rampa de salida a la calle. Al llegar a la horizontal, nos encontramos con un coche cruzado que bloquea el acceso a la calzada. Parapetados tras él, cuatro tiradores comienzan a dispararnos con fusiles de asalto y con algo más, algo peor.

Al mismo tiempo, a los monjes etarras, que están subiendo la rampa, les sueltan por detrás, desde el garaje, largas ráfagas de subfusil. Me da justo tiempo de ver a Josu Aingeru, el conductor, recibir más de un impacto en la cabeza y a Kepa Mikel de espalda disparando todo el cargador de su Ratmil.

Las balas de calibre 5,45 milímetros de los AK-74 que nos disparan por delante no pueden hacer mella en el blindaje ni en los cristales antibala, pero sí el potente fusil Barrett calibre 50 que uno de los tiradores tiene apoyado sobre un bípode en el techo del coche de bloqueo.

Dimitri grita a Valentina algo que sin duda significa que acelere a fondo y cargue contra el obstáculo. A la vez, con la Sig-Sauer le vuela a Spásov la cabeza de dos tiros. Las balas rebotan en los cristales blindados y están a punto de darnos a nosotros. La sangre del lugarteniente de los siameses, quienes acaban de demostrar que

no lo tenían en gran aprecio, rocía a chorro su ventana.

Las balas perforadoras de calibre 50 Browning consiguen atravesar el parabrisas delantero practicando grandes orificios, matan a Valentina mientras cambia de marcha forzando la caja de cambios y, tras atravesar su grueso cuerpo y el asiento, no acribillan a Dimitri porque se ha tumbado en el suelo del coche, como yo. Está sobre mí. Ya no se oyen ráfagas que provengan del garaje.

El espasmo de la muerte tensa el cuerpo de Valentina y hace que apriete el acelerador a fondo. Chocamos con fuerza y el Rolls-Royce se detiene. Oigo el rápido inflado de los airbags. Dimitri y yo estamos ilesos, creo.

—¡Vámonos! ¡Por mi puerta! ¡Toma esto!

Dimitri me da la Sig-Sauer, abre su puerta y sale agachado, empuñando la Steyr. Le sigo del mismo modo y con la pistola en la mano. Si llega el momento, no sé si seré capaz de disparar. Soy una nena.

Debido al impacto del pesado Rolls-Royce blindado, el coche de bloqueo, que es un Opel Vectra, se ha desplazado hasta la calzada, derribando a los tiradores y produciendo un choque en cadena con los vehículos que venían por el carril de la derecha. Dos de los tiradores han sido atropellados, a otro no se le ve y el cuarto, de pie pero tambaleante, intenta apuntarnos con su
AK-74.
Dimitri se alza y lo tumba con una corta ráfaga. Los peatones han huido despavoridos o permanecen cuerpo a tierra con las manos sobre la cabeza. Corremos con las armas en la mano entre el tráfico parado por el choque. Me doy la vuelta un instante y veo que del garaje salen más pistoleros, los que acaban de cargarse a los monjes etarras.

Dimitri corre hasta el otro sentido del tráfico de Novi Arbat, que va fluido aunque los automovilistas han aminorado la velocidad para ver qué pasa al otro lado. Dimitri detiene el primer coche con que se topa y obliga al conductor a bajarse a punta de metralleta mientras yo doy la vuelta y entro por la otra puerta. Arrancamos a toda velocidad. Por el retrovisor veo a un pistolero que nos dispara con su Kiparis, pero la ráfaga se la llevan los inocentes del coche de detrás, que Dimitri acaba de adelantar en un ajustado zigzag. Se oyen sirenas de la policía. Salimos de Novi Arbat por la primera

bocacalle practicable.

Dimitri está callado, tiene el ceño fruncido y se le nota concentrado en la conducción y en lóbregos pensamientos. Me pasa un Montecristo del uno, su Dupont de oro, y me pide que le encienda el cigarro. Fuma con ansiedad, tragando buena parte del humo del habano. Cuando ya estamos lejos, por fin dice:

—Habrán matado también al primo Iván, seguro. Nada más irnos.

Acto seguido, llama por el móvil y habla en ruso con frases secas y en tono cortante. El monólogo es breve.

—Vera está bien. He mandado que se redoble la vigilancia del palacio. Tengo un presentimiento muy malo, Pacho. Volvamos a Navarra lo más rápidamente posible. Y en secreto.

Dimitri estaba a punto de incumplir su norma de conducta: no demorarse por nada ni por nadie cuando te persiguen y hay que huir.

Cuarta Parte

El más atroz de los asesinatos
o
La culpa indeleble

El dolor siempre es joven e inapelable, como la mirada que te reclama desde los ojos de un niño.

LORENZO SILVA, *El blog del Inquisidor*

18

El perdón imposible

Al despertar me descubro tumbado en el asiento trasero de un coche en marcha. Me incorporo y veo que es Dimitri quien conduce, a gran velocidad, por una carretera sin tráfico que surca un desierto pedregoso. Me saluda.

—¡Vaya! Ya era hora. Te has pegado un buen sueñecito.

Intenta aparentar jovialidad, pero veo por el retrovisor que mantiene la mirada grave y el ceño fruncido, como cuando huíamos de la calle Novi Arbat.

Tengo la boca pastosa y me duele mucho la cabeza. Es como si padeciera una de esas resacas venenosas debida a la ingesta de ginebra de garrafón. La resaca del narcótico, sin duda. Dimitri adivina mi estado.

—Dolor de cabeza, ¿no? Es normal. Las drogas de los militares nunca han sido finas, como todo en ellos. Espera. Paro un momento para que pases delante. En la guantera hay aspirinas y tengo una botella de agua.

Detiene bruscamente el coche en el arcén de la recta carretera de un único carril en cada sentido. Salgo. El sol está aún bajo, pero ya pega fuerte. Hace calor en este desierto que no tengo idea de dónde puede estar. No hay un alma, ni un cartel, ni una referencia.

Me doy cuenta en ese momento de que llevo ropa limpia que no es mía. Y de que me han lavado —me toco la cara— y afeitado.

—Date prisa —me ordena.

El coche es un Audi A4. En el asiento del acompañante reposa la pistola Sig-Sauer. Dimitri se la ha traído consigo; mejor dicho, no se ha separado de ella. La coge para que pueda sentarme y la deja a

mano. Arranca con la misma brusquedad con que ha parado y pone enseguida el Audi a ciento cincuenta por hora.

Dimitri lleva la misma ropa que en Novi Arbat y se le nota el cansancio.

—¿Qué hora es? ¿Qué día? —pregunto, desorientado—. ¿Y dónde estamos? ¿Qué es este desierto?

—Cuántas preguntas. Son las diez y media —señala el reloj del salpicadero—. Y es jueves, claro. El día siguiente. No has dormido tanto. Hemos hecho el viaje esta pasada noche.

—¿Estamos en España?

—Sí. Esto ya es Navarra, el sur. Estamos a punto de salir de las Bardenas Reales. Enseguida tomaremos la autovía o autopista de Pamplona, no sé qué es. La enlazamos más arriba de Tudela —me da por recordar lo de brutos, más brutos y de Tudela—. Apurando un poco, en un par de horas llegamos a Urroz.

—¿Cómo hemos venido a parar aquí?

—Cuanto menos sepas del viaje, mejor. Por eso te durmieron.

La noche del tiroteo, o sea, anoche —me da la impresión de que pasó hace días—, Dimitri y yo salimos de Moscú con el coche robado. No quiso demorarse ni un momento. Me dijo que para salir de Rusia rápida y discretamente iba a contar con un amigo militar, el coronel de una base que estaba en las afueras. Le debía a Dimitri un favor y había llegado la hora de cobrarlo.

A la entrada de la base, me hicieron quedarme en la caseta del cuerpo de guardia. Dimitri desapareció en compañía del cabo del puesto. Unos minutos después, apareció una teniente —otra belleza— con una bata blanca abierta encima del uniforme y una jeringuilla en la mano. Me dijo en inglés que me descubriera el brazo para ponerme una inyección. Me negué. Añadió que cumplía órdenes de Dimitri y que no era más que un tranquilizante. Me dejé. Pero no se trataba de un tranquilizante, sino de un fuerte narcótico. Me desvanecí al instante.

Recuerdo que en las Bardenas hay un campo de tiro del Ejército del Aire español. Tal vez haya alguna relación entre este detalle y la base militar rusa. Qué más da.

Efectivamente, llegamos a la casa de Urroz en algo menos de dos horas. Dimitri está muy preocupado. Nadie contesta al teléfono fijo y Consolación no responde a su móvil, que es el único que tiene allí

cobertura por ser vía satélite.

—No es extraño del todo. Consolación es una despistada, lo deja en cualquier parte y se olvida del teléfono. Y es posible que no haya nadie dentro de la casa desde el amanecer. Ya sabes cómo son. Pero sigo teniendo un mal presentimiento. Ojalá el primo Iván estuviera con nosotros —dice con cara de tristeza.

La verja de entrada al jardín está entreabierta. Antes de franquearla, Dimitri comprueba el cargador de la Sig-Sauer y la monta.

No vamos al garaje. Dimitri deja el coche en el sendero interior, aún lejos de la casa. Avanzamos por el jardín, despacio, Dimitri con la pistola por delante. Da unas voces llamando a Nepo y a Boni. Y a Consolación. Silencio.

Yeltsin pasta hierba por allí cerca. Nos ignora.

Al acercarnos a la casa distinguimos dos cuerpos en el suelo. Uno está sobre la hierba y el otro en el porche. Son Boni y Nepo. El primero está tendido de lado y con las piernas cruzadas en una postura extraña. No soltó al morir su automática Heckler & Koch; el dedo índice se curva sobre el gatillo. Nepo, el gigante con cara de niño, está a unos metros de su compañero, boca arriba y con las piernas separadas. Sus enormes pies inclinados hacia la izquierda y en paralelo me hacen pensar en los limpiaparabrisas de un coche. No le dio tiempo a desenfundar el revólver. A los dos guardaespaldas los han acribillado con cartuchos de postas, probablemente disparados por una o más escopetas de repetición del calibre 12.

—Espérame aquí. Voy a peinar la casa.

Dimitri entra con precaución.

En el porche, cerca del cuerpo de Boni, hay una mesa que suele servir para los desayunos. Conserva todavía el servicio del desayuno de Consolación, sin terminar. La taza de café está a medias, así como una de sus dos cotidianas tostadas de pan integral. Un signo inequívoco de que la interrumpieron a medio comer.

Mientras espero a Dimitri, les cubro la cara a Boni y Nepo con la servilleta de Consolación y otra que forra una cesta de piezas de fruta. También me como la tostada y media y me bebo el café con leche frío. No me he metido nada en el estómago desde hace veinticuatro horas.

Dimitri vuelve.

—No hay nadie. Ni el servicio.

Mira hacia el fondo del jardín y su expresión se torna aún más grave. El corte doble de su mejilla izquierda tiene mal aspecto, se ha infectado.

—Vamos a la capilla —dice con pesar.

Al igual que la verja de entrada, la puerta de la capilla está entreabierta.

Cuatro mujeres están arrodilladas en el reclinatorio, delante del pequeño altar, con las cabezas derrumbadas sobre el pasamanos. Son las dos jóvenes doncellas, la cocinera y Consolación. Las han ejecutado en esa posición y en serie. Cada una tiene un balazo de arma corta en la nuca.

Dimitri abraza el cuerpo de Consolación y lo sienta con él en el banco tras el reclinatorio, donde deja la pistola. Coge la cabeza de su mujer con ambas manos y la acuna contra su pecho. Llora con audibles sollozos y dice:

—¿Por qué a ti, cariño?

Salgo de la capilla para respetar la intimidad de su duelo. Pienso con redoblada convicción que fue a esta mujer a la que Dimitri quiso de verdad. Y a la que a su modo seguía queriendo.

Estoy horrorizado por la terrible masacre. Pero aún hay más.

Vuelvo a la puerta de la capilla. Dimitri permanece en la misma posición, con la cabeza baja. Me parece que sigue llorando, ahora en silencio.

—Dimitri, hay otro cuerpo. Está a la entrada del establo.

—¿Mi padre?

—No, creo que es el cura.

Dimitri tumba con delicadeza sobre el banco el cadáver de su mujer, la besa en los labios, coge la Sig-Sauer y me sigue.

Efectivamente, el muerto que está a la puerta del establo es Celes cabrón. También ha quedado boca arriba. Me sobresalto. No lo han asesinado a tiros. De la cuenca del ojo derecho le asoma un objeto que le han clavado hasta el cerebro: el falso Cross de oro con estilete de acero del primo Iván.

Dimitri quita el seguro de la pistola.

—Dios mío, lo que más temía —dice para sí mismo.

En el establo, sentado contra la cochiquera donde gruñen y se

empujan los cerdos, está el primo Iván: vivo. Sostiene la Beretta sobre el regazo y con la mano izquierda bebe a gollete de una botella de vodka Moskovskaya que ya está terciada. Sobre las rodillas tiene una escopeta Remington de repetición, calibre 12 magnum. El arma con la que ha acribillado a Boni y a Nepo.

Al ver entrar a Dimitri le apunta con la Beretta. Dimitri hace lo mismo con su Sig-Sauer.

—Hola, Mitia. Has tardado algo menos de lo que esperaba —dice el primo Iván—. Yo he llegado no mucho antes que vosotros, pero he tenido tiempo suficiente para hacer toda la faena. Los siameses se han encargado de que viajara rápido. Imaginaron que después de escapar de la emboscada del casino, vendrías aquí.

»Veo que no has prescindido de la compañía de tu payasito.

En fin.

—No te mataron. Estás vivo —le dice Dimitri.

—No lo creas. Ya morí una vez, hace veintidós años, al pie de aquel árbol en Moscú. Y ahora tú me has matado otra vez, la definitiva. Me has rematado. El descabello. Como el de tu abuelo.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué me apuntas?

—Por lo mismo que tú a mí. Los siameses son muy listos. Bueno, Irina lo es. Cuando hace veintidós años te encargaron aquel trabajo de torpedo, se aseguraron el disponer de una prueba por si un día tenían que activar una bomba de relojería contra ti, como ha sido el caso. Esa bomba soy yo y está explotando hoy. Lo que no sé si han previsto es que después de acabar contigo iré a por ellos. Supongo que sí. Les va esa marcha.

»¿Has entendido ya de qué estoy hablando? Creo que lo sabes perfectamente desde que me has visto aquí, entre los cerdos.

—¿A qué prueba te refieres?

El primo Iván bebe un largo trago de vodka sin dejar de mirar a Dimitri ni de apuntarle. Después, deja la botella en el sucio suelo y con la mano izquierda saca un BlackBerry del bolsillo de su camisa. Lo mira de reojo y lo manipula con dificultad con la misma mano con que lo sostiene.

—Señor Murga, dele por favor esto a su amo. Ya está preparado para ver el vídeo. Solo hay que darle.

Dimitri coge el aparato como si fuese una serpiente venenosa. Se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano con que sostiene

la pistola y deja de apuntar al primo Iván.

En la pantalla se ve una vieja grabación sin audio, tomada en plano fijo desde alguna ventana de las casas que rodean la placita interior del bulevar Novinski. La niña, la hija del primo Iván, está con la cara contra el árbol, contando porque se la queda al juego del escondite. Se le acerca un hombre. Es Dimitri con veintidós años menos, se le reconoce sin duda.

Miro la cara del Dimitri actual. Es la de alguien que estuviera viendo su propia muerte. El primo Iván estudia también ese rostro.

—He visto el vídeo demasiadas veces desde ayer; desde que me lo dieron los siameses —dice—. Es una lástima que no pueda hacerte sentir a ti lo que he sentido yo viéndolo. Hubiera sido un buen comienzo de venganza.

En la grabación, se nota que Dimitri llama a la niña, que deja de contar, se da la vuelta, le sonríe, va hacia él y le besa. Dimitri se agacha para facilitar el beso. Acto seguido se yergue y lleva a la niña de nuevo hacia el árbol. Le apoya la cabeza contra el tronco, le tapa los ojos con la mano izquierda —la niña sonríe todavía, creyendo que es parte del juego—, le pone un revólver en la frente y dispara.

—Como tú no tienes hijos para evitar que puedan hacerte lo que tú me hiciste a mí, me he tenido que conformar con cargarme a la pobre Consolación. No es lo mismo, pero algo es algo.

Dimitri, no en la grabación, sino en este terrible presente, deja caer la pistola al suelo y se queda absorto mirando la pantalla, aunque el vídeo ya ha terminado.

El primo Iván recupera la botella y se pone de pie. Deja la Remington en el suelo, pero mantiene el encañonamiento con la Beretta. Me hace señas para que le devuelva el BlackBerry. Lo cojo de la mano de Dimitri, que no se opone.

El primo Ivan termina la botella de vodka de dos tragos que abrasarían la garganta de un oso y la tira entre los cerdos. Está sobrio. Quizá en lo único en que se le notan los setenta centilitros de vodka en el cuerpo es en que tiene el rostro más abotargado. Pero puede ser de llorar.

El primo Iván sostiene delante de sí el BlackBerry con dos dedos. A muy poca distancia, lo pulveriza de un disparo.

—Mátame, primo Iván. Mátame ya —Dimitri lo dice en tono

neutro y sin dramatismo.

—Pronto. Primero, hablemos un poco. Lo necesito. Y creo que tú también.

Me doy cuenta de hasta qué punto Dimitri es un psicópata. O un esquizofrénico. Todo el número que me montó llorando en el árbol al contarme el asesinato de la niña. Y lo de su convicción de que el asesino seguía vivo y suelto por Moscú.

—¿Por qué, Mitia? ¿Por qué mataste a mi niña?

—Ya lo sabes.

—¿Solo por eso? ¿Porque tenías celos de mí? ¿Porque toda la vida has tenido celos de mí, desde chavales? ¿Asesinas a una niña de siete años por eso? ¿Me destruiste solo por eso? No puedo creerlo.

—Eras mejor que yo y habrías llegado más lejos que yo. No soportaba esa idea. Los siameses también sabían que eras peligroso. Por eso decidieron anularte de ese modo.

—Me he pasado un montón de años siendo tu consejero y tu escolta sin saber que en realidad eres un enfermo mental.

—Y yo acepté el encargo de los siameses. En mala hora. Era una bestia dominada por las drogas, el alcohol y la violencia. Y sobre todo por la envidia, o los celos, como quieras llamarlo. Incluso mi padre te prefería. Y se avergonzaba de mí. ¿Dónde está mi padre? ¿También has matado al pobre viejo?

—He sido tu amigo más íntimo. Te he sido leal.

—Nunca me he perdonado el haber matado a tu hija. Por eso quise que estuvieras siempre a mi lado. Para recordar mi culpa cada vez que te veo. Para tenerla presente todo el tiempo.

—La culpa va contigo. Esté yo o no. Demente de mierda.

—No estoy loco. Es peor.

Eso es. Se trata de un malvado aún más retorcido que un sarmiento seco. *Urod*, en ruso, significa malvado.

—Has bebido conmigo y has llorado conmigo junto a ese árbol. Año tras año.

—Daría todo lo que tengo por devolverle la vida a María.

—Eso es mentira. Siempre has sido un mentiroso —el primo Iván lo dice en voz más baja, con una pesada calma—. Me resulta curioso pensar ahora que hasta ayer habría dado mi vida por salvar la tuya, sin dudarlo. Y, sin embargo, desde ayer mi único objetivo

es lo contrario: matarte.

»Ahora que lo pienso. También tenías celos de lo bien que me llevaba con tu tío Vladímir. ¿Fuiste tú quien lo delató? ¿Lo delataste para castigarlo porque me tenía aprecio?

—No lo soporto más. Mátame de una vez. Pero antes, perdóname, si puedes. Por favor.

Dimitri se hinca de rodillas ante el primo Iván, que mantiene la distancia.

—No puedo. Es imposible.

—Lo comprendo.

—Además, aunque te perdonara, eso no te libraría de la culpa. Es imborrable. El perdón no redime. Solo es un cuento más de los cristianos.

—Ya lo sé. Pero para mí es importante que tú me perdones. Te lo ruego. Después, mátame.

—Quédate así, como estás: de rodillas. Quiero que mueras así. Como el enano que eres en realidad.

El primo Iván saca de la funda tobillera el revólver Smith & Wesson de calibre 44 y cañón corto. El mismo que le prestó a Dimitri cuando este disparó a la rodilla del tipo que maltrató en la calle a un niño.

—Como te gustan tanto los juegos, Mitia, te voy a complacer. Vas a jugar a la ruleta rusa tú solo, para mí. Hasta que te vueles la cabeza. ¿Te parece bien?

—Reconozco que yo haría algo parecido. O peor.

—Tome.

El primo Iván se dirige a mí. Me acerco y cojo el revólver que me tiende.

—Abra el tambor, saque cinco balas y deje una. Cuidado con hacer tonterías.

—¿Piensas matarme a mí también? —pregunto.

—En principio, no.

Hago lo que me ha ordenado y le doy el revólver a Dimitri, que lo mira como si no hubiera visto un arma en su vida.

—Haz girar el tambor y empieza a jugar, Mitia. Como me dijiste tú: a ver si tienes huevos. A ver si tienes más huevos que yo.

Dimitri levanta la cabeza, ensaya un gesto de dignidad y cambia la expresión de abatimiento por la de ira. Devora como un pez el

cebo pueril del reto comparativo.

—Por supuesto —se levanta—. Pero de pie. Haya hecho lo que haya hecho, soy Dimitri Leonardovich Urroz y no me arrodillo ante nadie.

—¡Arrodíllate!

—¡No me da la gana!

—Está bien. No es relevante. Yo te veo de rodillas. Juega.

Dimitri hace dar vueltas al tambor del revólver, se lo aplica a la sien, levanta el percutor, cierra los ojos y dispara sin titubear.

No estaba ahí la bala.

Suspira profundamente y pide:

—Dame algo de beber.

—No queda.

—Que vaya Pacho a por una botella a la casa.

—No hay tiempo. Juega otra vez.

Dimitri hace girar el tambor, amartilla el revólver y se lo lleva a la sien. Esta vez, antes de oprimir el gatillo, mira al primo Iván con desprecio.

Suena un disparo.

El primo Iván se mira su fea camisa a cuadros. A la altura del esternón, en el centro de un cuadro, tiene un orificio de bala que comienza a manchar la tela de sangre. Lo mira con fastidio, como quien se ha echado un lamparón mientras come en un restaurante.

A continuación es él quien no puede evitar caer de rodillas. Pero antes de morir levanta la Beretta lentamente, intentando hacer un casi póstumo disparo contra Dimitri. Este aleja el revólver de su cabeza y apunta al primo Iván. No sabe dónde está la bala. Tiene suerte. Si hubiera jugado, se habría volado la cabeza en ese turno.

La bala calibre 44 abre un tercer ojo en la frente del primo Iván, que después de recibir el nuevo impacto cae de bruces, muerto.

¿Quién ha hecho el primer disparo, el del pecho?

La respuesta entra al establo. Ha disparado desde la puerta. Es don Leonardo, que ha sustituido su Tula-Tokarev inutilizada por la automática Heckler & Koch que ha cogido de la mano yerta de Boni.

Don Leonardo está encantado con el cambio de arma. Su hijo le mira inexpresivo, un instante. Su pensativa atención está puesta en el reciente cadáver del primo Iván.

Don Leonardo va hasta el cuerpo del primo Iván y le da una patada.

—Un nazi menos. ¡Basura!

Dimitri reacciona y se aproxima a su padre.

—¡Papá! ¡Dame eso!

El viejo bolchevique lo para en seco.

—¡Quieto, que te dejo tieso a ti también! Por tumos. Ahora le toca al señorito de Bilbao, que ya sé yo que también es nazi. Un nazi camuflado.

Más problemas.

—Don Leonardo. Que soy yo, su amigo Pacho. ¿No me reconoce? Al que le cuenta historias.

Dimitri está justo a mi lado.

—Pamplinas. No me líes, señorito. *¡Bang!*

Un segundo antes de que su padre acompañe la onomatopeya del tiro con otro disparo de verdad, Dimitri se pone delante de mí y recibe la bala de calibre 45 que llevaba mi nombre.

Dimitri se lleva la mano al estómago, donde ha recibido el balazo. Intento cogerlo para que caiga al suelo más suavemente, pero con lo grande que es, no lo consigo. Cae y queda sentado, algo derrumbado, con la espalda apoyada en una de las puertas de doble batiente del establo, la que permanece cerrada.

Don Leonardo mira la pistola con sorpresa. Quizá le asombra que haya funcionado, porque ya no recuerda que hace un minuto también ha disparado de verdad a otro hombre.

A ver qué hace ahora. Me parapeto detrás de la puerta sobre la que se apoya el malherido Dimitri y asomo lo mínimo para observarlo evitando ser el próximo baleado.

Don Leonardo mira a su hijo, al que no le veo la cara. Niega con la cabeza varias veces, se tapa los ojos con la mano izquierda y dice con un tono de falsa calma:

—Me parece que le he disparado a mi hijo. A mi Mitia. No puede ser. Seguro que no. Pero, por si acaso, no quiero mirar. No vaya a ser que sí. Como estoy loco. También veo al viejo león que viene a buscarme a mi cuarto. Y a la niña. A esa, todos los días. A todas horas.

Don Leonardo sale del establo abriendo una rendija entre los dedos para ver algo. Con paso decidido avanza por el césped hasta

donde está Yeltsin. Besa al burro en las orejas, que solía rascarle, y sin interrupción le dispara a la cabeza dos veces seguidas. Antes de caer muerto, Yeltsin trastabilla con dos pasos cruzados que parecen de baile. Me hacen pensar que son los correspondientes al final de la coreografía que se inició con el coro de camareros voceando uno tras otro: «¡Ostras para Dimitri!».

Después, don Leonardo sostiene la pistola con las dos manos y con el cañón apuntando hacia él, se lo mete en la boca y dispara de nuevo.

No deja de resultar paradójico que el viejo matador de nazis y violador de mujeres berlinesas se haya suicidado con una pistola de fabricación alemana.

Vuelvo con Dimitri y me siento a su vera. Se ha derrumbado algo más y se cubre la herida con la mano derecha, pero sangra mucho. Respira con dificultad.

Formo un emplasto con paja todo lo prensada que puedo para taponar mejor el orificio de bala, pero no me deja aplicárselo.

—Es igual, déjalo. Es un tiro en el estómago. Estoy listo. Pasaporte con visa y sello, preparado para partir. El final adecuado a una vida como la mía: que me pegue un tiro mi propio padre.

—Dimitri, me has salvado la vida y te has sacrificado. Tú por mí.

—Bueno, sí. ¿Y qué?

—¿Por qué?

—Te lo debía. Tú me la salvaste a mí en Salto del Negro.

»Además, eres mi pata de conejo. No podía permitir que mi padre te matara. ¿Quién iba a darme suerte entonces? Recuerda que me rompieron la concha de ostra del tío Vladímir.

Se sobrepone al dolor y me dedica una de sus irresistibles sonrisas de manipulador.

—No digas más tonterías —le ruego.

—Me parece que ahora sí que te quedas sin ir a París, amigo mío.

—Ya contaba con eso.

—Pues te equivocabas. Nada más comenzar el otoño, dentro de unos días, pensaba enviarte a París.

—No te creo.

Sonríe de nuevo. Más brevemente.

—Haces mal. O quizá no.

Dimitri mete la mano izquierda en el correspondiente bolsillo de su americana y saca un soldadito de plomo. Es el cosaco del Don con el caballo blanco. Se queda mirándolo.

—Quiero que tengas un recuerdo de mí.

—Ya tengo muchos. Para toda la vida, te lo aseguro.

—Pero uno palpable.

Extiende el brazo izquierdo sin soltar el soldadito.

—Quédate con mi reloj. Quítamelo. Ahora. ¿A setas o a Rolex? —apenas consigue esbozar una nueva sonrisa—. Hoy toca a Rolex.

Lo hago.

—Y una última petición.

—O sea, orden.

—Eso es. Coge el revólver del primo Iván, métele una bala de las que dejaste caer por el suelo y dámelo. Me ordenó que jugara a la ruleta rusa hasta el final. Hice trampa: la bala que le he metido en la cabeza era para mí.

»Voy a seguir. Esto duele mucho. Déjame solo, por favor. Quiero jugar para él —con la cabeza señala el cadáver boca abajo del primo Iván.

»Adiós, amigo.

Mientras hablaba, le he dado el revólver con una bala en el tambor —he borrado mis huellas dactilares con el faldón de la camisa—. Lo ha cogido con la derecha y sigue sosteniendo al cosaco con la izquierda. Sin tapón alguno, la sangre mana de la profunda herida libremente. Vuelve a mirar el primer soldadito de su colección y al hacerlo pone cara de niño.

—Adiós, Dimitri.

Antes de irme de aquel lugar de muerte, libero a la madre de Consolación, la anciana en coma, a la que desenchufo de sus aparatos para que por fin cese su condena a ser un vegetal.

El disparo de revólver retumba cuando estoy a punto de salir del jardín. Descansa en paz, Dimitri.

Dejo tras de mí once cadáveres, sin contar al burro. Solo quedan vivos a mi espalda las cuatro vacas, los cerdos y las gallinas.

Miest.

Me doy cuenta de que el verde cansado del verano está siendo sustituido por los primeros rojos, ocres, naranjas y amarillos del otoño, que llega con adelanto a la tierra de los extinguidos Urroz.

19

Muerto de miedo

Estoy en el hospital de Basurto —Bilbao—, en el pabellón Candarías, el de traumatología. He perdido un brazo. El brazo izquierdo. Con la china que me tocó, podría haber sido peor.

Llevo en el hospital un mes. Estuve a punto de morir porque perdí mucha sangre. Pero ya estoy bien. Me darán de alta pronto.

Mantengo una inesperada relación amorosa —desde que volví a tener sangre suficiente en el cuerpo como para izar el cabestrante de nuevo— con Elena Garlito, una enfermera.

Una de mis fantasías sexuales de toda la vida ha sido follarme a una enfermera con el uniforme puesto. Cumplida. Es fea. Pelo morenillo como cortado a mechero, nariz más que aguileña de tucán y ojos anodinos café con leche. Pero con una boca y un cuerpo —alta, esbelta, de pecho breve, pezón erizado y culo conmovedor— de dar fiebre. Es una de esas feas con un atractivo que me vuelve loco; una mujer que posee y me transmite una temperatura sexual de ebullición.

Cuando le toca turno de noche viene a visitarme —tengo la suerte, no sé si propiciada por ella, de llevar un par de semanas solo en la habitación— y me echa unos polvos fantásticos. Es una amante excelente que, para mayor laude, forma parte de la minoría de mujeres que sabe comer bien una polla.

Tiene cuarenta y un años, un hijo de diez al que no tengo ninguna prisa por conocer y está divorciada de un urólogo.

En el plano intelectual, más que tener complicidad, nos complementamos. A Elena le deslumbra mi cultura y elocuencia y dice que le aporto todo, que soy «el alimento de su mente» —es un

poco exagerada, también al correrse—. Y ella a mí no me aporta nada.

Dentro de la desgracia de mi pérdida anatómica, estoy encantado. Elena ha hecho que esta nueva cuesta arriba de mi vida sea bastante menos pronunciada. Se ha enamorado de mí. Y quizá yo estoy a punto. Esta mujer posee variados valores que pueden equilibrar mi descalabrada vida ahora que me acerco a los cincuenta y, además, manco. Un poco de amor en esta existencia de lobo estepario no está mal, para variar. Pero, como de costumbre, al menos como intención, vamos por orden.

¿Cómo me he quedado sin brazo?

Después de la masacre en casa Urroz me fui a mi caserío de Lemona, el único techo disponible. Tras nueve meses de vida de lujo aquello me pareció más inhabitable que nunca. Pero era lo que había.

Me deshice de la tarjeta de crédito que me dio en su día Dimitri y de todo lo que me pudiera relacionar con él, menos de su último regalo, el Rolex Oyster de platino, que tenía que valer una fortuna. Pensé en venderlo, pero no me decidí y lo llevaba en la muñeca. Me gusta fardar.

Por supuesto, la matanza en la casa de Navarra tuvo gran eco en los medios de comunicación. Presentaron a Dimitri como un importante padrino de la mafia rusa con ramificaciones internacionales, sobre todo en España. La matanza se consideraba un ajuste de cuentas de su consejero, Iván Korol, por motivos desconocidos.

Al tercer día de estar en mi lóbrego búnker y en el deprimente pueblo de Lemona, me fui a Bilbao. No había vuelto a mi ciudad desde 2004, cuando me metieron en el trullo.

Visité el museo Guggenheim, en el cual no había puesto los pies desde el año 2000. La exposición principal era una mierda de un tal Murakami —nada que ver con el escritor del mismo apellido—, un vendedor de aire que firmaba una serie de pinturas, artefactos y adefesios de estética manga y *kitsch* que lo consagran como el Andy Warhol japonés —Warhol, otro ilusionista del envoltorio que supo estar en el momento preciso en el lugar adecuado—. Una de las obras del vacuo nipón es un gran globo de colores chillones, como los que compran a los niños en las barracas, con la forma de la

cabeza de Mickey Mouse y una boca de feroces dientes. Varias personas lo miraban muy serias —gozando hasta el éxtasis del síndrome de Stendhal, supongo— mientras escuchaban la profunda exégesis que respecto al grotesco objeto suspendido sobre sus cabezas les daban los aparatos audioguías. La tremebunda reproducción de Mazinger Z a la puerta de aquel casino de Novi Arbat vendría como picha al culo para presidir aquella delirante exposición. Hui de allí.

La contemplación de la estupidez, especialmente de la colectiva, me produce malestar físico.

Tomé uno de los ascensores para descender a la planta baja.

Paseé por el gran atrio acristalado que da a la terraza principal, la que queda frente a la ría. Aunque era un día de labor por la mañana había bastantes visitantes, la mayoría extranjeros. En la terraza se juntaban como una veintena, que fumaban o sacaban fotos.

Me dirigí a la sala de macroesculturas de acero oxidado de Richard Serra, que está junto al atrio y ostenta el título de ser la sala sin columnas más grande del mundo. No sería un mal lugar para exhibir *El obrero y la koljosianaˆ* de Vera Mújina.

La última vez que estuve en el Guggenheim solo había una escultura de Serra, *La serpiente*. Ahora hay un montón y ocupan en exclusiva la enorme sala. Todas están concebidas bajo el mismo patrón, con forma de pasillos o laberintos ovalados y circulares.

No sé por qué, antes de internarme en la sala de Serra me volví y miré hacia la terraza. Tres personas que estaban acodadas en la barandilla, delante de los tulipanes gigantes de Koons —otro caradura—, saltaron por los aires en pedazos mientras sonaba una seca explosión; y seguido otra y otra y otra…

Los cristales del atrio se rompían en una serie paralela a las explosiones en línea que lo barrían y provocaban una carnicería. El suelo reluciente se fue llenando de expansivas flores de sangre que parecían pintadas por chorros caídos del techo y cuyos pistilos fueran trozos de cuerpos despanzurrados.

Atiné a correr los pocos metros que me separaban de la primera escultura de Serra y ya la había rodeado en parte, buscando la entrada al refugio de acero, cuando me alcanzó una de las últimas explosiones.

Reboté contra la dura pared de metal y sentí que me desgajaban, que me arrancaban algo de raíz. No perdí el conocimiento. Entre el humo, los cascotes, los gritos de los heridos y la confusión, vi que me faltaba el brazo izquierdo desde algo más arriba del codo y que sangraba a chorro. No me dolía. Busqué el brazo a cuatro patas; no es fácil hacerlo con solo tres. Apoyé la palma de la mano —obviamente la derecha— sobre un pegajoso charco de sangre y me hice daño en una rodilla pinchándome con algo duro que resultó ser un trozo de mandíbula con dos muelas. Encontré el brazo enseguida. Lo aferré fuerte para que me encontraran con él y me lo reimplantaran; entonces me permití desmayarme, no sin antes hacerme un torniquete en el muñón sangrante con el cinturón.

Nunca habría imaginado que una escultura de Richard Serra —un artista poco apreciado por mí— un día me salvaría la vida amortiguando con su mole de acero la acción de un explosivo. Después de siete años, tuvo que ocurrírseme volver al Guggenheim precisamente el día que Al Qaeda había escogido para atentar contra el museo. Esta vez, la extrema derecha apenas especuló con que ETA hubiera sido cómplice.

Los terroristas utilizaron un sistema directo, sencillo y eficaz para el que bastaron dos hombres: un conductor y un artillero. Se valieron de un camión de reparto de cerveza San Miguel —un detalle paradójico, tratándose de musulmanes que tienen prohibido beber alcohol—. Lo pararon en el paseo del Campo Volantín, enfrente del museo, al otro lado de la ría, a menos de cien metros. Sin preocuparse de los pitidos de los coches, cuya marcha interrumpían, el conductor bajó del camión y abrió la cartola que daba a la ría. En vez de cajas de cerveza apareció otro árabe que, sentado en el suelo del camión, empuñaba con las dos manos un lanzagranadas automático norteamericano, un

 capturado en Afganistán. En quince segundos el artillero metió dentro del Guggenheim, en línea, los veinticuatro proyectiles de la cinta, que eran granadas de fragmentación con un poder destructivo semejante al de las granadas de mano. Dos cómplices en sendas motocicletas recogieron al conductor y al artillero, que abandonaron el camión y el arma y se escabulleron sin problemas.

Mataron a veintisiete personas y nos dejaron heridas de

gravedad a otras treinta, de las cuales murieron después nueve.

¿Por qué no me reimplantaron el brazo si lo llevaba en la mano cuando me evacuaron? Pues porque me equivoqué de miembro. Cogí el de un turista japonés al que le pasó lo opuesto a mí. Yo perdí un brazo. De él solo quedó ese brazo. En la muñeca del mío llevaba el Rolex de platino. Tengo la clásica costumbre de llevar el reloj en la izquierda. Salvo cuando tengo que acordarme de algo; entonces me lo pongo en la muñeca derecha. Ese día inolvidable no tuve nada que recordar. El japonés llevaba un Casio digital de cuatro cuartos. Qué aperreada es muchas veces la vida.

Elena está hoy en el turno de mañana. Viene a darme los buenos días y a traerme la prensa —*El Correo* y *El País*—, que me ha comprado para que la lea con el desayuno especial —excelente jamón y óptima tortilla— que me ha traído del cercano restaurante Rogelio.

Es difícil manejar el periódico con una sola mano.

Hay una noticia procedente de Moscú que por su peculiaridad ha llegado a la prensa española. La cuenta Rafael Mañueco, corresponsal de *El Correo* en Moscú. Dice que dos gemelos siameses, Irina y Arkadi Timoshenko, a quienes se considera jefes de la banda mafiosa Timoshenko, una de las más poderosas y crueles de Moscú, han aparecido muertos en el parque Losini Óstrov —«la isla de los alces»—, una extensísima reserva natural situada al noreste de la ciudad.

Pienso al leer cómo ha sido el tétrico final de los gemelos siameses que la mano de Dimitri es muy larga y llega más allá de la muerte. O la del primo Iván.

Irina había muerto a causa de una profunda herida en la garganta producida con un arma blanca. Arkadi lo había hecho tres días después, los que pasó perdido por el parque cargando con el cadáver de su gemela, que comenzaba a descomponerse. Dice el periodista que aunque en el parque Losini Óstrov abunda el agua, Arkadi Timoshenko presentaba signos de deshidratación. Había sufrido un infarto de miocardio. Sus facciones desencajadas sugerían que el fallo cardiaco se había producido por un insoportable estado de terror. Había muerto de miedo.

Epílogo

Comienza el otoño de 2008. Ha pasado un año desde la muerte de Dimitri y el atentado contra el Guggenheim en el que perdí un brazo.

El mundo sufre una crisis financiera que ha devenido en económica. La culpa es de los banqueros, pero el pato lo pagarán los de siempre. Dice el economista John Kenneth Galbraith que después de cada burbuja económica que estalla, la memoria sobre el desastre dura unos cuarenta años, tiempo durante el cual se actúa con prudencia. Después, la codicia lleva a la amnesia, se repiten los mismos errores e irresponsabilidades y se hincha otra burbuja hasta que, como las anteriores, estalla. La voracidad del sistema ha hecho que se engulla a sí mismo.

Me casé con Elena Garlito al poco de salir del hospital. He sentado la cabeza, y también el culo. Vivimos en el campo. ¿Quién me lo iba a decir a mí? Elena tiene un magnífico caserío en el valle vizcaíno de Atxondo, en Arrazola, al pie del Amboto, la montaña mágica de la mitología vasca. Igual aquí acabo oyendo las famosas voces ancestrales, pero lo dudo. De hecho, si algo caracteriza este valle es el silencio. Un silencio que me sosiega el espíritu y me relaja sobremanera. Y cuando acabo harto de tanto silencio, me hago una escapada a Elorrio —cuyo ambiente ultranacionalista no me gusta— o a Durango y, sobre todo, a Bilbao. Me he reconciliado con Bilbao.

Si no puedes tomar lo mejor, toma lo mejor de lo que puedas.

Vivimos en el primer piso del caserío, ya que la planta baja es un restaurante: Marrubi Etxea, o sea, «la casa fresa». Es un restaurante vegetariano. Elena resultó ser vegetariana. Lo del jamón que me traía al hospital era para engatusarme. Una de sus condiciones para que nos casáramos fue que abrazara el

vegetarianismo. Yo le dije que más que abrazarlo —semiabrazarlo, en mi caso—, sería el vegetarianismo el que me iba a acogotar. En fin; juré en falso.

La única ventaja del credo herbívoro radical que practica mi señora es que no tenemos bichos: ni vacas, ni gallinas, ni cerdos, nada. Considera que poseer a un animal es explotarlo. Elena pasa temporadas en las que no toma ni huevos ni leche. Entonces tiene que meterse vitamina
B-12
por medio de pastillas para que no se le vaya la cabeza del todo. También es un poquitín nacionalista.

Por cierto, se alberga la fundada esperanza de que las próximas elecciones autonómicas las ganen los socialistas. Ojalá.

El hijo de Elena, que se llama Igor —no voy a hacer asociaciones fáciles—, es un tarugo hiperactivo y maleducado. Me pasó con él como con Celes cabrón: nos caímos mal nada más echarnos la vista encima. Por fortuna, no tengo que aguantar al chaval más que el cincuenta por ciento de su tiempo libre, la otra mitad está con el urólogo, su progenitor. Custodia compartida.

Marrubi Etxea no da un euro. ¿A quién se le ocurre poner un restaurante vegetariano en una reserva de aldeanos adoradores de los chuletones y las manitas de ministro? Solo aparecen por aquí a pacer, como el pobre Yeltsin, los cofrades de Elena, un grupo de desorientados inofensivos. Pero a Elena no le importa que el restaurante solo dé pérdidas. Lo mantiene abierto por pura militancia. Elena es rica de cuna. Trabaja de enfermera para socorrer a los sufrientes. Mi esposa es muy buena persona.

Así que no pudo ser lo de París, pero he hecho realidad otro de los grandes sueños de mi vida: dar un braguetazo. Y además, antes de los cincuenta.

He aportado como bien ganancial mi búnker de Lemona, donde Elena está montando un centro de experimentación de nuevas técnicas de cultivo ecológico.

Y qué más. Sí, hay algo importante: Elena está embarazada de seis meses. En diciembre voy a ser padre de una niña. Me alegro mucho de que vaya a ser una niña; los niños somos muy burros. Es algo que por un lado me abruma, pero por otro me hace mucha ilusión. Creo que ser padre será bueno para mi evolución personal y

definitiva madurez.

Por supuesto, no permitiré que su madre se ocupe de la dieta de mi hija. Mi niña alimentará su cerebro tanto con Dostoievski y John Ford como con buenas proteínas animales y leche de esas vacas que se acercan y te observan cuando te tumbas en un prado. Le mostraré ese truco que me enseñó Dimitri, el monstruo que asesinó a una niña de siete años para destruir a su mejor amigo; el hombre que perdió la vida por salvar la mía.

Así es mi sencilla nueva vida. Al final del camino del exceso, el colmo del epicureísmo resulta ser lo ascético. O eso intento creer.

Todo lo que necesita un ser humano para ser feliz es la ausencia de dolor, un rayo de sol, agua, un par de sardinas, un poco de pan y un puñado de aceitunas. Y que alguien te quiera. Yo le añado alguna gollería y un poco de imaginación y buen gusto para que no me fagocite el autismo rural.

Reflexiono sobre todo esto escondido en el invernadero entre las rosas Crimson Glory, que son como las que salen en *Las joyas de la Castafiore*. Por cierto, vuelve a gustarme Tintín tanto como antes. Seré muy feliz cuando llegue el momento de descubrírselo a mi hija. Elena quiere que se llame Agurtzane, pero se llamará María, como la hija del primo Iván. María Murga.

Me estoy despachando a escondidas un bocadillo de *foie* fresco con pera caramelizada en pan de nueces. *Superbe*. Y más al regarlo con media botella de Sauternes en su punto de gelidez. No es fácil manejar un bocadillo con una sola mano. Nunca tuve mucha mano izquierda, pero no es lo mismo que no tenerla en absoluto. En breve me van a poner una prótesis con una pinza tan sensible que podré pellizcar un clítoris sin producir una ablación. Voy a parecer el marinero de *Los mejores años de nuestra vida* o, mejor, *Terminator*.

Me acuerdo de Dimitri y de los demás amigos muertos en las insensatas aventuras y barbaridades en las que tomé parte. Sé que echaré de menos esa vida y que me iré amojamando poco a poco al pie del Amboto, imperceptiblemente, hasta que ya sea tarde y el aire helado que baja desde la cumbre en invierno me diseque.

Vienen a mi memoria, de la mano de estas lúgubres evocaciones y vegetativos augurios, ciertos versos del gran Quevedo.

Retirado en la paz destos desiertos,
con pocos, pero doctos, libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos…

Supongo que está bien y es un buen destino para un manco maduro que las ha visto de todos los colores y ha disfrutado de lo mejor y lo peor del mundo. Como también me agrada que en las dos tascas de Arrazola los aldeanos de mi cuadrilla —yo en una cuadrilla, y rural, qué decadencia— me rían la mayoría de las gracias sin necesidad de pagar muchas más rondas de las que me tocan. Elena pretendió que dejara de beber alcohol. Le dije que ahí pinchaba en hueso, el de la aceituna que nunca falta en mi *dry martini* de las doce, tan seco como un buen insulto y brillante como una bala de plata.

Arrazola (Vizcaya),
23 de septiembre de 2008

Algunas recetas con ostras

Ostras crocantes sobre migas crujientes, de Daniel García (Restaurante Zortziko, Bilbao).

Ostras a la plancha con su agua en pipeta, de Daniel García (Restaurante Zortziko, Bilbao).

Ostras a la plancha con crema de bacalao y curry, de Hilario Arbelaitz (Restaurante Zuberoa, Oiartzun, Guipúzcoa).

Ostras sobre gin tonic *de cardamomo eléctrico perfumado a la lima*, de Josean Martínez Alija (Restaurante Guggenheim, Bilbao).

Ostras con crema de apio-nabo, arroz y extracto de trigo germinado, de Josean Martínez Alija (Restaurante Guggenheim, Bilbao).

Ostras crudas con sopa de coco picante, salsa de tinta y lima y cuscús de coliflor, de Jordi Vilà (Restaurante Alkimia, Barcelona).

Ostras escabechadas con careta picante y lechos de salteado de espinacas y trompetas de la muerte, de Jordi Vilà (Restaurante Alkimia, Barcelona).

Ostras tibias al hinojo y al curry, de Martín Berasategui.

Agradecimientos

Además de dedicarle esta novela, quiero expresar el mayor de los agradecimientos a Tatiana Pigariova —jefa de gestión cultural del Instituto Cervantes de Moscú—, por darme la información sobre las apuestas que cruzan algunos millonarios rusos haciéndose pasar por mendigos —esto habría encantado y repugnado a partes iguales a Buñuel, Chéjov y Dickens—, la cual me ha servido para el comienzo de novela que quería y en el tono excesivo que buscaba. Donde lo sitúo, en la calle Novi Arbat, y con ese piélago de mendigos salvajes, es irreal y muy exagerado. Servidumbres del esperpento. A diferencia de Pacho, a mí Moscú me gusta y considero muy recomendable visitarla.

Y también mi agradecimiento a Tatiana por contestar a todas mis preguntas sobre Moscú y transmitirme su pasión por esa ingente ciudad que solo se parece a sí misma. Recomiendo su magnífico libro *Autobiografía de Moscú* —Editorial Laertes, 2000—, que alberga el germen de mil historias fascinantes.

A Víctor Andresco, por invitarme a ir a Moscú cuando dirigía el Instituto Cervantes de allí y brindarme su amistad. ¡Ah! Y muy especialmente por la historia de la marca de bala en el tronco del árbol.

A José Miguel Bonilla, de nuevo, por una esmerada corrección sintáctica y por la curiosidad de las vacas.

A Fátima Amechqar, por lo mismo que a mi amigo Bonilla, pero sin la curiosidad de las vacas. Y por ser la primera persona que leyó esta novela. Y especialmente porque le pareció buena.

A mi querido colega Fernando Trías de Bes, por la cita de Machado y, sobre todo, por la perturbadora atracción que le produjeron los personajes de los siameses cuando se los describí, lo cual me decidió a incluirlos aun a sabiendas de que eran material

peligroso que se podía ir fácilmente de las manos e inflamarse en las llamas del gran guiñol.

A Isabel Monteagudo y Maru de Montserrat, mis eficientes, entusiastas y nuevas agentes literarias.

A Javier Urroz, por prestarme su apellido para Dimitri.

A Ángela Calzada, mi chica, por el rosario de dedo y la estatura de una niña de siete años.

A Manuel Leguineche, que en paz descanse, por la cita de Antonio Gamero de no contarles las penas a los amigos.

A Josetxu Fombellida, por la documentación ostrífera.

A Lucía Martínez Odriozola, por entrevistarme junto con un vegetariano drástico.

A Alberto Olaizola, por el sexo de los gemelos y la vitamina B-12 que necesitan los vegetarianos drásticos para no enloquecer.

A Arantza García Iraundegui, por el valle del silencio y la ronda de vinos con león suelto.

A Rafa Sanz Galíndez, por el armamento en general y el lanzagranadas automático en particular.

A Luis Marías, por el formato panorámico.

A Mihaela Soroiu, por la información sobre la minoría católica en la región rumana de Ardeal.

A Bosco San Martín, por el huesero. Que una cosa no tiene por qué quitar la otra.

A Óscar Bas, mi hermano, por el Mercedes 500 S.

A Nerea San Vicente, por los Rolex Oyster.

A Itziar Forundia, *Mazoski* y Fernando Toja, por Clicquot, Clicquot, Clicquot.

A Alejandro Riera, por su libro *La Organizatsja. Mafia rusa, mafia roja*, Editorial Arcopress, 2008.

A Santiago Ruiz Bombín, por la eslora en pies.

A Josean Martínez Alija, por las ostras en un mar de *gin tonic* de cardamomo electrocutado.

A Luis Alberto de Cuenca, por su artículo *La leyenda de Hipatia*.

A Txema Soria, por los ladrillos refractarios en los altos hornos.

A Jesús Morúa, por la cara bonita.

A Rafael Mañueco, por su artículo *Un mundo bajo tierra*.

A Aitor Mazo, por el mejor animal de compañía, aunque él prefiere el percebe.

A Joaquín Andújar, por la grasa que aporta Berlusconi y el salchichón de Paul Claudel.

A Elena Sierra, por su artículo *Matar de hambre*, referido al libro de Michael Jones *El sitio de Leningrado*
1941-1944
.

A Andreu Martín, por la cola de mono.

A Manuel Rodríguez Rivero, por el concepto del empate mexicano y por Charles Simic y la dama que se masturbaba en falso.

A Ignacio Jáuregui, por el mapa del hospital de Basurto y el plazo de internamiento de un amputado.

A Fernando Marías, por un cuervo salesiano y el rabo levantado de una vaca.

A Lorenzo Silva, por los gimnasios de Novi Arbat.

A Pere Sureda, por descubrirme los versos de Quevedo que incluyo en el epílogo.

A Pablo Martínez Zarracina, por una lectura crítica y esclarecedora y por las puntadas siempre con hilo.

A María Bas, mi hija, por los colores del otoño.

Y al asador Altxunea, de Ituren, por dar tan bien de comer.